DIA FELIZ

CONSAGRADO Á LOS CULTOS

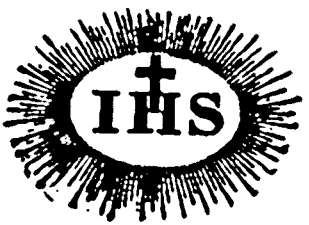
DEL CORAZON DE JESUS

POR EL PADRE

José Angel de Toledo.

DE LA COMPAÑIA DE JESUS, NATURAL
DE GUATEMALA.

El Illmo. Rmo. Sr. D. Fr. José María de Jesus Belaunzarán, Dignísimo Obispo de Monterey, concedió 200 dias de indulgencias por cada palabra contenida en este Dia Feliz.



MEXICO.
ANTIGUA LIBRERIA DE ABADIANO.
17.—ESCALERILLAS—17.

1886.

LICENCIAS.

El Illmo. y Rmo. Sr. Mtro. y Dr. D. Fr. Ramon Casaus y Torres, dignisimo Arzobispo de esta metrópoli, por decreto de 25 de octubre de 1816, concedió licencia para esta impresion, en vista del dictámen que sigue.

»En cumplimiento del decreto del Illmo. y Rmo. Sr. Mtro. y Dr. D. Fr. Ramon Casaus y Torres, dignisimo Arzobispo de esta metrópoli, del consejo de S. M. &c., he leido con todo cuidado un libro cuyo título es: *Dia feliz, consagrado á los cultos del amabilisimo divino Corazon de Jesus*, dispuesto por el presbítero D. José Angel de Toledo, natural de la antigua Guatemala, y no he encontrado cosa alguna opuesta á la religion ó al estado; ántes bien he reconocido una uncion tan prodigiosa, que tengo por cierto é indudable, conseguirán incomparables provechos y utilidades, no

solo las religiosas á quienes directamente se ordena, sino todas las almas que lograren la dicha y felicidad de servirse alguna vez de sus lecciones, meditaciones y demás ejercicios espirituales, para fervorizarse en la devocion del divino Corazon de Jesus. Este es mi dictámen; salvo &c. Colegio de Cristo crucificado de Guatemala y octubre 23 de 1816.—*Fr. Felix Castro.*

Y el exmo. sr. capitan general de este reino D. José de Bustamante, por decreto de 28 del mismo mes, concedió su permiso por lo respectivo al superior gobierno y vice-patronato, en atencion á la licencia que antecede.

A LAS M. RR. MM. CAPUCHINAS.

Tiempo hace, RR. MM. y carisimas hermanas en el Señor, que andaba yo pensando emplear útilmente algunos ratos de aquella penosa ociosidad, en que el Señor por sus altos juicios me ha puesto, en componer alguna obrita espiritual que os fuera igualmente agradable que útil. Dos cosas retardaban la ejecucion de mis designios: la una, no saber cual de tantas como se me ofrecian al pensamiento, seria la mas apta para satisfacer vuestro gusto y llenar mis deseos: la otra, considerar mi total insuficiencia, mis cortos talentos y ninguna práctica en semejantes obras, en las cuales, á mas de la ciencia, se requiere una cierta dulce insinuacion, que los místicos llaman *uncion*, la que no se aprende en los libros, sino que se recibe graciosamente del Padre de las luces.

Creciendo mas mis deseos, al paso que con vuestros favores crecian mis obligaciones, me sacó de dudas una carta que recibí de mi querida hermana, en que me decia: *deseaban* (de mi inutilidad) *una práctica tierna y afectuosa, con que consagraros un dia cada mes á los cultos y amor*

del amabilisimo Corazon de Jesus con el título de DIA FELIZ &c. Ningun otro precepto podia serme tan agradable como este, pues en él veo vuestros deseos tan conformes á los mios. Vencida así la primera dificultad, no dudé empeñarme en la obra, confiado en que vosotras me ayudaréis á vencer la segunda, alcanzándome del Señor con vuestras oraciones, las luces que me faltan, los talentos que no tengo, y las gracias que mas necesito, para que la obra salga á mayor gloria suya, bien vuestro y provecho espiritual de todos, que es cuanto deseo y pido.

Nunca dudé del sugeto á quien habia de dedicar mi obra, pues cualquiera que esta fuese, érais siempre vosotras las acreedoras; mas para la presente que escribo y dirijo á todas las religiosas de todas las reglas, porque todas deseo se enciendan en el amor del mas amable de los corazones, y que todos participen de los inmensos bienes que de la eterna verdad están prometidos á los que practicaren tan dulce y útil devocion, he tenido un nuevo motivo, cual es la mayor obligacion que sobre las otras teneis de dedicaros con mas esmero á los cultos de este adorable Corazon. Mas cuál sea esta, vosotras no la ignorais, pues bien sabeis que arranca-

do de sus siervos, privados estos por sus altos juicios, de tributarle sus públicos cultos, en el mismo dia que con mayor empeño lo hacian, se fué á refugiar entre vosotras, escogiendo vuestra iglesia para su templo, dándoos con esto á entender, que queria que sus pobres Capuchinas fueran en adelante sus amantes adoradoras, y que ellas con sus particulares cultos y finezas le quitaran los enojos y le resarcieran las injurias que la ingratitud de los hombres le hace continuamente en el Augustísimo Sacramento del Altar.

Veis, pues, RR. MM. cuan grande es el empeño en que os han puesto las finezas de este amabilísimo Corazon. El quiere (no lo dudeis) que le pagueis amor con amor, finezas con finezas, y que á él solo consagreis todos vuestros corazones; de manera que Jesus solo sea el objeto y centro de todos vuestros pensamientos, amores y cuidados. A esto se reduce, carísimas hermanas, la presente obrita; si he tardado en mandárosla, atribuidlo parte á mi insuficiencia, y parte á la distancia y tristes circunstancias en que me hallo: si no ha salido de vuestro agrado, perdonad sus defectos, y agradeced al ménos la voluntad, que es grande en serviros; y pedidle al Señor que para que os sirva mejor

otra vez se digne comunicarme mayores luces: y sobre todo, si algo os merece esta mi corta fatiga, yo os suplico le pidais encienda mi tibio corazon en su divino amor, para que yo emplée lo que me resta de vida, no solo en conocerlo, amarlo y servirlo, sino tambien en procurar que todos lo conozcan, amen y sirvan. La gracia y misericordia de vuestro celestial Esposo Jesus visite vuestras almas, inflame vuestros corazones, é ilumine vuestros entendimientos para que mejor le conozcais y mas le ameis.

Bolonia y enero 5 de 1790—Soy, M. RR. MM., vuestro afectisimo hermano, rendido siervo y humilde capellan

José Angel de Toledo.

PROLOGO

A TODAS LAS RELIGIOSAS.

Entre todos los piadosos ejercicios de nuestra santa religion, ninguno, esposas carísimas de Jesucristo, mas propio para alcanzar en breve la perfeccion á que aspirais, que el que en la presente obrita os propongo. La infinita caridad con que Jesucristo nos ama, es su objeto principal: el Corazon cárneo de Jesus, símbolo el mas espresivo del divino amor, unido hipostáticamente al Verbo, es el objeto material y sensible: amar tiernamente á Jesus, imitar sus virtudes, resarcirle en cuanto podamos las injurias que recibe de los hombres en el augustísimo Sacramento del Altar, es el fin y fruto principal de esta devocion. ¿Qué cosa mas grande á los ojos de un cristiano, que el Corazon del Unigénito del Padre, del Salvador del mundo, del Redentor de los hombres? ¿Qué prenda mas digna, qué objeto mas tierno, qué ejemplo mas poderoso, y qué incentivo mas eficáz para una esposa, que el amabilísimo Corazon, fiel depósito, é instrumento sensible del infinito amor de su celestial Esposo? ¿Podrá una alma religiosa ver con indiferencia el exceso del mayor amor, las finezas mas constantes de su mas fino amante, sin agradecerlas, sin corresponderlas y sin imitarlas? ¿A qué mas podemos aspirar que á amar á Jesus con todo nuestro corazon, imitar sus virtudes y estrecharnos mas con él? ¿No es esta nuestra primera y máxima obligacion? ¿Para quó fuimos criados? ¿Para qué dejasteis el mundo y os hicísteis religiosas? ¿Podrémos ser perfectos, felices y bienaventurados sin amar á Jesus? No, que no hay ni puede haber perfeccion ni bienaventuranza sin Jesus. Ahora, pues, para conseguir esta, á que todos debemos aspirar, ¿puedo yo acaso proponeros maestro mas sábio, modelo mas perfecto, guia mas segura, que la que en este divino Corazon os propongo? No ciertamente.

Pues si ni yo puedo proponeros, ni vosotras podeis desear cosa mejor, acerquémonos con respeto, hermanas carísimas, á este divino Corazon, fragua del amor divino, escuela de per-

feccion; entremos con solicitud en este santuario de la divina sabiduria: patente lo tenemos en el Sacramento del Altar: levantemos con humilde fé el velo que á nuestra vista lo esconde: véamos como arde en un incendio de caridad para con nosotros: contemplemos con ternura aquella amorosa llaga, puerta del cielo, que le abrió el amor para con nosotros: entremos por ella con confianza, y sin querer curiosos penetrar los divinos misterios que en si oculta, contentémonos con venerarlos, admiremos sus riquezas, gustemos sus dulzuras, y recojamos sus frutos.

Para mas animaros, oid de su misma boca las justas quejas y dulce convite que desde ese trono de amor os hace vuestro celestial Esposo; vedlo como lo vió ya la venerable Margarita Alacoque, que mostrandoos su amante Corazon herido, y abrasado en un incendio de amor, os dice lo que ya otra vez dijo á su sierva: „Mira, esposa mia, el Corazon que tanto ha „amado á los hombres, y que nada ha perdonado por ellos, „hasta consumirse por amarlos. Ven, esposa mia, y considera el estado á que me ha reducido este amor. Compadeciendo de sus males y miserias, resolví librarlos sin pensar en „mis intereses, despojándome de la gloria debida á mi grandeza. Dejé el cielo, y tanto me humillé, hasta tomar la librea de esclavo: me hice semejante á ellos, tomando un „cuerpo sujeto á todas las miserias, y viviendo una vida penosisima en medio de los trabajos: padecí cuanto pueden hacer padecer la pobreza, la hambre, la sed, el frio, el calor y „el ódio todo de los hombres. Aun es poco; mucho mas exigia de ellos la divina justicia. Derramé toda mi sangre, y „perdí la vida á fuerza de cruelisimos tormentos y dolores. „Nada contuvo mi amor: expuse mi cuerpo á las cadenas, á „los golpes, á los azotes, á las afrentas, á las espinas, á los „clavos; y bien que inocente y Dios, fuí clavado en una cruz, „y morí en ella por los esclavos, por los pecadores, por mis „criaturas. Podia haberlos salvado á menor precio, ya que „bastaba una lagrima sola, una sola gota de mi sangre. Pero „no estaba mi amor contento con esto solo; quise darles á „conocer la grandeza de mi amor, con los males grandes que „por ellos padecia."

„Poco antes de morir, para no separarme de ellos, instituí el Sacramento del Altar, dejándoles en él mi mismo Cuerpo para que fuera su sustento, y mi Sangre para „que fuese su bebida, con la mira de unirme mas estrechamente con ellos, participándoles en cierto modo mi divinidad. ¿Pude hacer mas para obligarlos? Con todo, mis finezas han sido despreciadas, mis demostraciones supérfluas, é

„inútiles mis diseños. Los hombres á quienes tanto he amado, „por quienes tanto he padecido, en vez de mostrarse agrade- „cidos, me corresponden con ofensas, con ingratitudes, con „desprecios: y lo que mas me llega al Corazon es, que almas „á mi consagradas, y que he escogido entre millares para es- „posas mias, se muestren tan insensibles á mis finezas, y vean „con indiferencia lo mucho que he padecido, y lo que sufro „de la ingratitud de los mundanos en el Sacramento del Al- „tar, en donde noche y dia estoy por ellas espuesto á las irre- „verencias, á las injurias y á los sacrilegios, no solo de aque- „llos que no me conocen, sino lo que mas es, de aquellos que „me creen y confiesan. Espero á ver si hay alguno que de mí „se compadezca, y no lo hallo: busco quien en tanta pena me „consuele, y no lo encuentro."

„Ven tú, esposa mia, paloma mia, y éntrate por esta „abertura que el amor que te tengo abrió en mi pecho, y en „él verás lo mucho que sufro, las penas que padezco, y el in- „cendio de amor en que me abraso: consuélate tú, que yo en „recompensa te llenaré de celestiales bienes: consagrame al „mes un dia siquiera, que para mí será glorioso, y para tí fe- „liz, en que retirándote á solas conmigo, sea todo tu cuidado „quitarme los enojos, y resarcirme las injurias que de los „mundanos sufro continuamente en este Sacramento de amor. „Destierra de tu corazon todo afecto terreno, para que yo „pueda enteramente ocuparlo, y tú libremente puedas gustar „las dulzuras de mi amor."

Esta es, vírgenes sagradas, la embajada que yo en nom- bre de nuestro divino Redentor y Esposo vuestro os hago. ¿Qué respondeis á convite tan amoroso? ¿Podeis negaros á pe- ticion tan justa? Me tendria por un temerario si tal creyera.

En la certidumbre, pues, de que todas unánimemente me respondeis: Que estais prontas, no solo á consagrar un dia ca- da mes á los cultos del Corazon santisimo de Jesus, sino tam- bien toda vuestra vida; yo para concurrir en cuanto puedo, y para facilitaros esta práctica tan útil á vosotras, como glorio- sa á Jesucristo, os presento esta obrita, en la que he procura- do recoger aquellos sentimientos de los santos padres y maes- tros de espiritu, que me han parecido los mas conformes á vuestro estado, y mas aptos á encender en vuestros corazones el fuego del amor divino, y avivar en ellos los deseos de imi- tar las virtudes del Corazon santisimo de Jesus. A este fin os propongo, por materia de leccion espiritual, alguno de los mo- tivos mas eficaces que tenemos para amar sobre todas las co- sas á nuestro divino Redentor: y por puntos de meditacion, los principales y mas tiernos pasos de su pasion, capaces de

mover á ternura y contricion, no solo vuestros tiernos corazones, sino tambien las fieras y los mármoles, si capaces fueran de sentimiento.

Recibidla, pues, hermanas carisimas, y perdonad los muchos defectos que lleva: supla vuestro fervor lo que ha puesto mi tibieza; practicad con aquel lo que con esta os sugiero, que en breve esperimentareis en vosotras y en vuestras comunidades, el mar de gracias y multitud de bienes que el Señor tantas veces ha prometido á cuantos practicaren esta devocion. Dichosas una y mil veces vosotras, si una vez entrais en esta escuela de caridad, en este fuego de amor divino, en este templo de la divinidad, en este manantial de gracias y de delicias, en dónde si una vez gustais sus inefables dulzuras, no habrá quien pueda arrancaros de este imán soberano de nuestras almas: en él vivireis contentas, morireis alegres, y reinareis gloriosas por toda una eternidad: tanto espero, tanto os deseo, y tanto pido al Señor que os conceda.

TIEMPO Y MODO

DE HACER CON FRUTO ESTE DIA DE RETIRO.

El primer viernes de cada mes, es el singularmente destinado á los cultos del sagrado Corazon de Jesus; pero no pudiendo las religiosas retirarse todas un mismo dia, porque mientras unas con María se recogen á los pies del Salvador, las otras, es necesario que atiendan con Marta á los ministerios de casa, me ha parecido conveniente no determinar dia, sino dejarlo á la eleccion de cada una ó de la superiora; y seria mas acertado que la eleccion saliera toda de esta, porque es evidente que las obras, aun las mas indiferentes que se hacen por obediencia, son sin comparacion mas agradables á Dios, y mas meritorias que las que se hacen, aunque sean espirituales, por seguir la propia voluntad.

1.° *Debe, pues, la religiosa, lo primero: manifestar á su superiora los deseos que tiene de retirarse el tal dia, y estar indiferente para hacerlo ó no hacerlo, segun la obediencia determinare.*

2.° *Obtenida la licencia, y dispuestas todas sus cosas, de manera que no pueda ser distraida, comenzará desde la tarde antes, despues de vísperas, con una visita al santísimo Sacramento, en la que le pedirá con fervor la admita en su presencia, la introduzca en su santísimo Corazon, y la asista con su gracia para emplear todo aquel dia á mayor gloria suya. Ponderará brevemente y con atencion estas tres importantes verdades, las que procurará tener presentes todo el dia.*

XIV.

PRIMERA VERDAD.

Jesus, mi Dios y mi Esposo, me ama infinitamente: y otra cosa no desea de mí, sino que lo ame. Si yo no lo amo, seré una ingrata.

SEGUNDA.

Jesus, por mi amor, y por hacerme todo bien, se ha quedado en este Sacramento, en el que está real y verdaderamente presente. Si yo no recibo todos estos bienes, no es porque no quiera dármelos, sino, ó porque tengo el corazon lleno de deseos terrenos, ó porque no se los pido y solicito como debo.

TERCERA.

Yo lo recibo en mi pecho, y él viene á mí deseoso de santificarme. Si yo no soy una santa despues de haberlo recibido tantas veces, la culpa toda és mia.

3° *Penetrada la religiosa de los sentimientos de humanidad y confusion que producirá en ella el conocimiento de estas verdades, se dispondrá con el mayor fervor que le fuere posible para comulgar el dia siguiente, procurando resarcir en esta comunion la tibieza y defectos cometidos en las pasadas. Hará un diligente exámen de todas las faltas é irreverencias cometidas, particularmente en la presencia del Divinisimo Sacramento, y de todas se confesará, concibiendo un gran dolor, y haciendo un firme propósito de la enmienda.*

4.º *Luego que se levante, postrada á los pies de Jesucristo, despues de haberle dado afectuosas gracias por los beneficios recibidos, le ofrecerá todas las obras de aquel dia, en union de todas las que Jesucristo obró en esta vida; para lo que podrá servirle la fórmula que abajo se pondrá, ú otra si mejor le pareciere.*

5.º *Seguirá puntualmente todas las distribuciones de comunidad, como oracion, misa, coro, &c., procurando en todas el mayor recogimiento y pureza de intencion: Al principio de cada obra diga de corazon:* Sea mi Dios bendito y glorificado en todas mis acciones; y hágase en mí siempre su santísima voluntad.

6.º *En el tiempo de la misa, antes ó inmediatamente despues de la comunion, podrá hacer la protesta de desagravios al Corazon Santísimo de Jesus, el ofrecimiento de este al Eterno Padre, la consagracion de sí misma al divino Corazon, con los otros actos de amor, que á este fin se pondrán despues.*

7.º *Entre dia, en la hora que le fuere mas cómoda, leerá despacio y con atencion la leccion espiritual que se pone en cada mes, con el capítulo de Kempis que se señala.*

8.º *Sobrándole algun tiempo, podrá emplearlo en la leccion de algun libro espiritual que trate de Jesucristo, de que hay muchos muy buenos. En la vida de algun santo ó santa, principalmente en aquellos capítulos en que se trata del amor y devocion que han tenido á la adorable persona de nuestro divino Redentor.*

9.º *Por la mañana, ó á la tarde, ó á la noche, destinará una hora, ó á lo ménos media, para la meditacion que se pone aquel dia, la cual si le*

parece podrá dividirla, tomando el primer punto para la mañana, y dejando el segundo para la tarde. Que si su salud no le pirmitiere meditar, podrá leerla despacio y con atencion, deteniéndose en los afectos de la voluntad, y sobre todo, procurando mover esta al amor á Jesus, y aborrecimiento al pecado.

10. *La que todas las religiosas por lo comun tienen la dicha de tener en sus casas á Jesucristo Sacramentado, deben ser solícitas y puntuales en visitarlo frecuentemente. Las visitas en este dia deben ser por lo ménos cinco. La primera, para darle gracias por el infinito amor que nos ha mostrado, y bienes que nos ha hecho en la institucion de este Sacramento. La segunda, en accion de gracias por las veces que lo hemos recibido en nuestros pechos. La tercera, para resarcirle todas las injurias, desprecios y malos tratamientos que ha recibido, y aun recibe en este Sacramento, de los hereges y de los infieles. La cuarta, para repararle las injurias que los malos católicos le hacen con sus irreverencias y sacrilegios. La quinta finalmente, para adorarlo en espiritu en todas aquellas iglesias de los pueblos, villas y aldeas en donde está tan abandonado, que se pasan muchos dias sin que haya una alma que lo visite.*

11. *Despues de la visita al Santisimo Sacramento, se hará otra breve á Maria Santisima, poniéndose bajo su amparo y proteccion, pidiéndole nos alcance de su Divino Hijo las gracias que mas necesitamos para ardientemente amarlo y fielmente servirlo.*

12. *Se harán tambien al Corazon Santisimo de Jesus los dos obsequios prácticos que van puestos despues de la meditacion, los que deberán continuarse por todo el mes.*

13. *Amas de esto, podrá la religiosa, si sus fuerzas y salud se lo permiten, usar en este dia alguna mortificacion corporal, como ayuno, cilicio &c., advirtiendo, que la religiosa perfecta no debe hacer alguna mortificacion corporal sin la oprobacion de su padre espiritual, y sin licencia de su superiora. Por medio de los votos religiosos, ella se despojó del dominio de su cuerpo, y asi no puede disponer de él á su arbitrio. Semejantes mortificaciones hechas por capricho, y por seguir la propia voluntad, son por lo comun mas dañosas al cuerpo que útiles al alma. Las mejores, mas seguras, mas agradables á Dios, y mas provechosas á nuestras almas, son las internas, que consisten en quebrantar nuestras voluntades, refrenar nuestras pasiones y vencer nuestras malas inclinaciones; y y vále mas una sola de estas por pequeña que sea que ciento de las otras.*

Esto es cuanto me ha parecido podrá practicar la religiosa devota del Corazon santisimo de Jesus, para pasar un dia feliz santamente entretenida en tratar y obsequiar á su celestial Esposo. No por esto se escluyen otros ejercicios de meditacion, leccion, oraciones &c., que cada na podrá hacer segun le inspire su devocion. Sí aconsejo que no se carguen de muchas prácticas esteriores que no pueden hacerse, sino de prisa. La prisa cansa el cuerpo, y disipa el espíritu: mas vale poco y bien hecho, que mucho hecho atropelladamente. No está la perfeccion en hacer muchas cosas, sino en hacer bien las que se hacen. Sea puntual en la observancia de las prácticas que se propone hacer en este dia, y á la noche haga un exámen de las que ha hecho, y de cómo las ha hecho;

pida perdon al Corazon santisimo de Jesus de las faltas que hubiere cometido, y proponga firmemente enmendarlas otra vez: renueve todos los propósitos que hubiere hecho, y procure practicarlos en lo restante del mes. En esta manera este dia de retiro será sumamente útil y provechoso á cualquiera que lo practicase.

EJERCICIOS DEVOTOS

PARA EL

DIA FELIZ.

ACTO DE ADORACION

Y OFRECIMIENTO DE LAS OBRAS.

Luego que se levanta.

Adorabilísimo Jesus y Dios mio: yo os adoro, alabo y bendigo en compañia de todos los espíritus celestiales, y os doy infinitas gracias por todos los beneficios que me habeis hecho, y particularmente por los sentimientos de amor que vuestro amable Corazon tiene para conmigo. Yo,

Señor; para corresponderos en algo, os amo con todo el amor con que una miserable criatura puede amaros, y quisiera que mi corazon os amara tanto cuanto el vuestro me ha amado á mí. En testimonio de estos mis deseos, yo os ofrezco toda mi alma con sus potencias, todo mi cuerpo con sus sentidos, y todo mi corazon con sus afectos. Todo, Dios mio, me lo habeis dado para que con todo os ame y sirva, y con todo protesto que quiero amaros y serviros. Os ofrezco, unidas á los méritos infinitos de vuestro Corazon Santisimo, todas las obras, palabras y pensamientos que en este dia hiciere, dijere y tuviere, que todas deseo y propongo hacer, ayudado de vuestra divina gracia, á mayor honra y gloria vuestra, con el fin solo de amaros, adoraros y glorificaros en todas ellas. Recibidlas, misericordiosisimo Redentor, no como cosa mia, sino como cosa vuestra, y bendecidme con vuestra divina gracia, para que con ella pueda emplear todo este dia en amaros y serviros como vos mereceis, y de mí deseais. Meted-me en vuestro Corazon, para que él sea mi refugio contra todos mis enemigos, y la escuela de amor en donde yo aprenda á hacer en todo y por todo vuestra santisima voluntad. Amén.

A MARIA SANTISIMA.

Maria, virgen purisima concebida sin pecado original, Madre, Reina y Señora mia: yo os adoro, alabo y bendigo como Madre de mi Dios y Salvador, y humildemente os suplico me recibais bajo vuestro amparo y patrocinio, y no permitais que yo en este dia haga la mas mínima accion

que sea del desagrado de vuestro divino Hijo Jesus; y ya que vuestra intercesion es tan poderosa para con Dios, libradme, Madre mia, de todas las tentaciones de pecar, ó á lo menos alcanzadme la gracia de vencerlas hasta la muerte. De vos, Madre misericordiosisima, espero obtener una buena muerte: no me desampareis hasta que no me veais ya segura bendiciendo vuestras misericordias, y amandoos eternamente en la gloria. Amén.

Se reza la Salve y la siguiente

ANTIFONA.

Bajo tu amparo nos acogemos, Santa Madre de Dios: no desprecies nuestras súplicas en las necesidades, ántes bien libranos de todos los peligros, Virgen gloriosa y bendita.

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.

R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo.

ORACION.

Suplicámoste Señor, que infundas tu gracia en nosotros, que hemos conocido el misterio de la Encarnacion de tu Hijo, por ministerio de tu ángel, que se lo anuncio á Maria, para que podamos, por el mérito de su pasion y amor, ser conducidos a la gloria de su resurreccion. Te lo pedimos por el mismo Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

PARA EL TIEMPO DE LA MISA.

Ofrecimiento al Eterno Padre, del Corazon Santisimo de Jesus.

Eterno Dios y Señor, permitidme que yo, indigna criatura vuestra, os ofrezca el Corazon purisimo de vuestro divino Hijo y mi Redentor Jesus, así como él se ofrece á si mismo en satisfaccion por mis pecados. Recibid, Señor, por mí, y como mios, todos los actos, afectos y sentimientos de este adorable Corazon: como mios, porque mios son, pues él todo se me ha dado, y por mí se ha sacrificado: mios, porque no quiero tener en adelante otros afectos ni otros sentimientos que los suyos: y pues tan mios son, ni yo puedo ofreceros cosa mas agradable á vos, ni mas digna de vuestra divina grandeza: como tales os los ofrezco, Dios mio, en accion de gracias por vuestros beneficios, en satisfaccion de mis pecados, como otros tantos actos de amor, de adoracion y de alabanza, supuesto que solo por él, en él y con él sois dignamente honrado, amado y glorificado. Amén.

A MARIA SANTISIMA.

Purisima Virgen Maria, que como la mas pura y mas digna entre todas las criaturas, fuisteis la primera que dignamente ofreció en el templo al Eterno Padre este preciosisimo fruto de

vuestro virginal vientre: ofrecedlo, Señora, ahora por mí, para que por vuestras manos lo reciba, y por él y por vuestra intercesion me perdone mis pecados. Amén.

AL ALZAR LA HOSTIA.

Oracion de Santa Gertrudis.

Yo os adoro y saludo, Corazon sagrado de Jesus vivo, y vivificante manantial de la vida eterna, tesoro infinito de la Divinidad, ardiente fragua del amor divino. Vos sois, amabilísimo Salvador mio, el lugar de mi descanso y de mi asilo. Abrazad mi corazon con el ardiente amor en que arde continuamente el vuestro; esparcid en él las grandes gracias que del vuestro como de propia fuente manán; y haced que mi corazon esté de tal suerte unido al vuestro, que vuestra voluntad sea la mia, y la mia esté siempre conforme á la vuestra; deseando que en adelante vuestra voluntad santísima sea la regla de todos mis deseos y todas mis acciones. Amén.

Afectos para ántes de la comunion.

Amabilísimo Jesus, dulce Esposo, dueño y señor de mi alma, ¡cuanto crecen nuestras obligaciones al paso que crecen vuestros favores y finezas! No solo quisisteis quedaros en este adorable Sacramento para estar en nuestra compañía hasta el fin del mundo, sino lo que mas es, por un exceso de amor quereis que nuestros indignos pechos sean vuestra morada, haciendoos man-

jar, sustento y vida de nuestras almas. ¡O bondad infinita! ¡O amor incomparable! Los ángeles no os merecieron tanto favor; los cielos no son dignos de ser vuestra habitacion, ¿y lo ha de ser esta pobre y miserable alma? ¿Quién sois vos, y quién soy yo? Vos, Señor, Unigénito del Padre, Dios tan grande y tan inmenso como él: Santo de los santos, Rey de los reyes, gloria de los bienaventurados, infinitamente bueno, infinitamente amable; y yo, la mas vil y despreciable de vuestras criaturas, concebida en pecado, nacida en pecado, y esclava tantas veces del pecado. ¡Ah! Jesus mio, apartaos de mí, porque no soy digna de recibiros. Pero no, no hagais tal, bien mio, que sin vos seré peor de lo que he sido. Venid, venid, Redentor mio, Salvador de mi alma, y vos, que de indignos haceis dignos, y de pecadores justos, hacedme digna por el amor que á tanto estremo os obligó. Hechura y esclava vuestra soy, nada tengo de bueno, ni puedo tener sino lo que vos me diéreis. ¿Por qué no soy toda entendimiento para conoceros, toda voluntad para amaros? A lo ménos ¿por qué no soy toda pura, toda santa para recibiros dignamente? ¡Ah! Dios mio, á vos toca hacerlo todo, porque sin vos nada puedo.

Venid pues, Dios de mi corazon, autor de mi bien, médico de mi salud: venid, gloria de los santos, pan de los ángeles, vida de los justos, por mi amor encarnado, por mi amor sacramentado: venid, sol de justicia, y con vuestras luces desterrad las tinieblas de mi entendimiento: venid, fuego abrasador, incendio de caridad, y con vuestras llamas purificad mi alma de todo afecto terreno, y encended mi corazon en el amor divino.

Afectos para despues de la comunion.

Adorabilísimo Jesus mio, Redentor de mi alma, Dios hombre verdadero, que presente dentro de mi pecho os creo, y como tal os adoro, alabo y bendigo. ¿Cómo siendo vos pureza infinita, santidad y bondad inmensa, habeis querido venir á habitar en una alma que tantas veces ha sido habitacion del pecado, vuestro mayor enemigo? ¿Cómo estais gustoso en mi pobre corazon, mas indigno que el pesebre en que nacisteis, lleno de amor propio, de afectos terrenos y de malas inclinaciones? ¿Y con todo no lo rehusais, me lo pedis, y vos mismo venis en persona á santificarlo y purificarlo? ¡O bondad inmensa! ¡O caridad infinita! ¡O amor incomprensible! Seais por todo enteramente bendito y alabado de todas las criaturas.

¿Cómo podré, bien mio, corresponderos á tanto amor, y qué podré daros siendo tan miserable, por una fineza tan grande como lo que me haceis de venir á visitarme? Los cielos nó son dignos de teneros; ¿y podrá serlo esta pobre y miserable alma? Alma mia, ¿en qué piensas, y qué es lo que haces? Tu Dios y Señor está ahora contigo, ¿y tus potencias á dónde están? ¿A donde está tu memoria, á dónde tu entendimiento, á donde tu voluntad? ¿Por qué las dejas andar vagando por todas partes? Potencias todas de mi alma, sentidos de mi cuerpo, pensamientos y afectos todos de mi corazon, venid, bendecid y alabad á mi Dios y á mi Señor, que está ahora conmigo: Angeles del cielo, santos bienaventurados, cria-

turas todas de la tierra, venid todas á mi pecho, y ved las misericordias que el Todopoderoso hace hoy á esta pobre alma. Reina purísima de los ángeles y Madre mia santísima; ángel mio de mi custodia, santos protectores y abogados mios, prestadme por este rato vuestras virtudes para que con ellas pueda obsequiar al divino huésped que tengo en mi pecho. Venid y decidme, ¿qué podré dar á mi Dios por este beneficio que me ha hecho en darse todo á mí? Mi amado se ha dado todo á mí, razon es que yo me dé todo á mi amado: él es todo mio, y yo seré toda suya. Sí, Jesus mio, ya que os habeis dignado venir en persona á visitar esta mi pobre alma, yo, Señor, toda os la ofrezco y consagro con todo cuanto tengo y cuanto soy. No quiero ser ya mas mia, quiero solo ser toda vuestra. Vuestro será mi cuerpo con todos sus sentidos; ni para otra cosa los quiero sino para veros, oíros y gustaros con ellos. Vuestra mi alma con todas sus potencias: mi memoria no me servirá de otra cosa, sino de acordarme de vos, que sois mi único bien por los muchos beneficios que me habeis hecho y grande amor con que me amais: mi entendimiento no quiero que se emplée en otra cosa sino en pensar en vos, que tanto habeis pensado en mí: mi voluntad no se ejercitará en otra cosa sino en amaros sobre todas las cosas, y querer únicamente lo que vos quereis. Recibid, Magestad infinita y Dios misericordiosísimo, el sacrificio que de sí misma os hace la mas indigna de vuestras esclavas: disponed de mí y de todas mis cosas como mas os agrade, y hágase en mí siempre vuestra voluntad santísima.

He encontrado finalmente á mi amado, lo tengo dentro de mí, y no lo dejaré mas. Criaturas todas de la tierra, afectos terrenos de mi corazon, partícs de mí, y dejadme sola con mi amado: os amé en otro tiempo, porque ciega no conocia vuestra vanidad: os creia capaces de contentarme y llenar mi corazon; pero me he engañado: ya no os amo ni quiero amaros mas, porque he encontrado el único y verdadero bien, infinitamente mas digno y mas amable que todas vosotras. Tengo conmigo, y dentro de mí misma á Jesus Sacramentado, único objeto de todos mis amores; él es todo mio, y yo soy ya toda suya: ios pues, y no me impidais mas amar á quien tanto merece ser amado: nada os debo á vosotras, y á él lo debo todo; nada tengo que esperar de vosotras, y en él lo espero todo.

Y vos, soberano Señor y dueño mio, que bien veis la injusticia y tiranía de estas criaturas en quererme separar de vos, robarme los afectos de mi corazon, que son todos vuestros: desterradlas de mí con vuestro divino poder, y mandadles que no me inquieten mas; decidles: *Conjuroos que no levanteis, ni hagais despertar á mi amada, hasta que ella quiera.*

Pero, ¡ah Jesus mio! que mas que ellas soy yo la culpada: yo soy quien las busco y quien las solicita; si yo no quisiéra, ellas no pudieran apartarme de vos; si no les abriera con tanta franqueza las puertas de mi corazon, ellas no entrarian jamás. Compadeceos, Señor, de mí, y fortaleced mi voluntad, para que contra todos los asaltos de mis enemigos se mantenga firme y constante en amaros. Ellos son fuertes, yo soy débil, y por mí

nada puedo; si vos, mí bien, no me amparais, yo soy perdida. Unid mi corazon al vuestro, para que así unida no tenga temor de perderos.

Permitidme, Jesus mio, ya que con tanto amor venis á mi alma para hacerle gracias, que yo os presente mis necesidades, y que con las hermanas de Lázaro os diga: Ved, Señor, esta alma que tanto amais, y que tanto os ha costado, como está enferma y llena de miserias: vos, médico divino, que tanto prodigio habeis obrado para redimirla, obrad ahora este nuevo: sanad esta alma redimida con vuestra preciosa sangre. Yo no os pido, mi Dios, bienes de la tierra, no riquezas, no honores, no placeres, no comodidades: todas estas cosas por vuestro amor las renuncio y sacrifico: solo os pido vuestro amor, que vale mas que todo bien: os pido un gran dolor de los disgustos que os he dado, una gran luz, que me haga conocer la vanidad de las cosas de este mundo para despreciarlas, mi miseria para humillarme, y vuestra grandeza y perfecciones para amaros. Os pido, Salvador mio, que me mudeis este corazon tibio é imperfecto, en un corazon puro y fervoroso, en un corazon humilde y paciente, en un corazon semejante al vuestro, y en todo conforme á vuestra divina voluntad. Yo no lo merezco, pero sí lo mereceis vos; y ya que por vuestra misericordia infinita venis á habitar en él, purificadlo de todos sus defectos, para que de aquí en adelante sea digna habitacion vuestra. Yo os lo pido por vuestros méritos, por los de vuestra purísima Madre, por el amor que teneis á vuestro Eterno Padre. Tambien os pido N. N. [*aquí pedirá á Jesus las gracias particu-*

lares que desea, como tambien por la Santa Iglesia, conversion de pecadores &c., y por este miserable, que desea tener parte en todas estas súplicas y peticiones.]

Eterno Dios y Señor, Criador de todas las cosas, acordaos que vuestro divino Hijo Jesus, verdad eterna, nos ha prometido que todo lo que os pidiéremos en su nombre, nos lo concederéis: por amor pues, y por los méritos de este Hijo vuestro, que yo ahora tengo en mi pecho, concededme las gracias que en su nombre os pido, si han de ser para mayor gloria vuestra y bien de las almas. Amén.

ORACION.

Alma de Cristo, santificame; cuerpo de Cristo, sálvame; sangre de Cristo, embriágame; agua del costado de Cristo, lávame; pasion de Cristo, confórtame. ¡O buen Jesus! óyeme, y entre tus llagas escóndeme. No permitas que yo me aparte de tí. Del mal enemigo defiéndeme; en la hora de mi muerte, llámame, y mándame ir á tí, para que con tus santos te alabe por los siglos de los siglos. Amén.

ACTO DE DESAGRAVIOS

AL CORAZON SANTISIMO DE JESUS.

Amabilísimo Jesus mio, siempre lleno de amor para con nosotros, siempre compadecido de nuestras miserias, deseoso siempre de comunicarnos vuestros tesoros, y de daros todo vos mismo en este Sacramento de amor: Dios de mi corazon,

que por un exceso del mas ardiente y prodigioso amor os pusisteis en estado de víctima en la adorable Eucaristía, en la que millares de veces os ofreceis todos los dias en sacrificio por nosotros: ¿cuáles serán los sentimientos de vuestro amabilísimo Corazon, no encontrando en la mayor parte de los hombres sino olvido, ingratitud y desprecio de tanto amor? ¿No bastaba, Dios mio, haber escogido la manera mas penosa y costosa para salvarnos? ¿No bastaban aquella mortal agonía y aquella profunda tristeza que os causaron nuestros pecados, de que voluntariamente os habiais cargado? ¿Por qué, pues, quisísteis exponeros en este Sacramento á todas las indignidades de que es capaz la enorme malicia de los hombres y la rabia de los demonios?

Con un corazon humillado y penetrado del mas vivo dolor, postrada á los pies de vuestros altares, os pido en presencia de todo el cielo y de la tierra, mil perdones por las continuas irreverencias y ultrajes que de los hombres habeis recibido en este Sacramento. ¡Oh si pudiera, Dios mio, bañar con mis lágrimas y lavar con mi sangre los lugares todos en que vuestro Sagrado Corazon ha sido ultrajado y vuestras finezas despreciadas! Ojalá y pudiera con un nuevo género de humillaciones, obsequios y sacrificios, reparar tantos sacrilegios y profanaciones. ¿Quién fuera, Señor, dueño, aunque fuese por un instante, de todos los corazones de los hombres, para haceros de todos un sacrificio, y amaros y glorificaros con todos? Pero si no soy dueña de todos, lo soy de uno que me habeis dado, y este gustosa de nuevo os lo sacrifico y consagro.

Mas ¡ay! Redentor mio amabilísimo: el haber sido yo una del número de los ingratos que tan mal os han correspondido, me llena de confusion y de amargura. Vos que penetrais el fondo de los corazones, bien conoceis el dolor y la pena que el mio siente por mis ingratitudes, y por veros tan poco amado de los hombres: bien conoceis los deseos que tengo y las disposiciones en que me hallo de hacer y padecer cuanto gustareis, para satisfaceros por ellas. Vedme aqui, Señor, á vuestros pies postrada: conozco mis culpas, las confieso, las detesto, y humildemente os pido perdon de todas; pronta estoy á recibir de vuestra amorosa mano el castigo que fuere de vuestro mayor agrado. Castigadme, Señor, atormentadme en esta vida; pero no me desampareis, que yo besaré y bendeciré mil veces la mano que de mí tomare tan justa venganza.

Dichosa yo si pudiera, á costa de mi vida y mi sangre, repararos tantas injurias. Pero si de tanta gracia no soy digna, recibid, Jesus mio, mis deseos; haced con vuestra gracia, que estos con mis propósitos sean tan eficaces, que jamás me olvide de vuestro amor ni de vuestras finezas, sino que de aquí adelante, agradecida os corresponda, fielmente os sirva y ardientemente os ame. Amén.

A MARIA SANTISIMA.

ORACION.

O Maria, Virgen la mas pura, Hija querida del Eterno Padre, Madre gloriosa del Divino Verbo, y Esposa fidelísima del Espíritu Santo: ya que tanto, Señor, os interesais en que amemos á vuestro divino Hijo Jesus, y esto es lo que mas de nosotros deseais, yo humildemente os presento este mi pobre corazon, no como cosa digna de presentaros, sí porque vos sola podeis mudarlo y hacerlo digno de vuestro divino Hijo. Comunicadle, Madre misericordiosísima, vuestras virtudes; desterrad de él los vicios y defectos de que está lleno, y haced con vuestra poderosa intercesion que en este momento mi corazon se haga semejante al vuestro, y ame á mi Dios, como vos lo amasteis por todos los siglos. Amén.

CINCO VISITAS

AL SANTISIMO SACRAMENTO.

PRIMERA.

En acción de gracias por el infinito amor que Jesucristo nos muestra en este Sacramento, y por los sumos bienes que en él nos hace.

Salúdote, verdadero cuerpo nacido de Maria virgen, que verdaderamente padeció y fué inmolado en la cruz por el hombre, y de cuyo costado abierto manó agua y sangre. Sednos gustoso en el trance de la muerte. ¡O dulce! O piadoso, ó Jesus, Hijo de Maria, ten piedad de nosotros.

¡Hasta donde, Jesus mio amantisimo, llega lo excesivo de vuestro ámor! ¿Y cuál será el termino de vuestras misericordias y finezas? Vos, Maestro divino, verdad eterna, dijísteis que la mayor prueba del amor es dar la vida por el amado: mas vos, mi Dios, habeis excedido el mayor de los amores, pues no contento con haber dado la vida por nosotros, vida la mas preciosa, la mas importante de todas las vidas, quisísteis quedaros en este Sacramento de amor, espuesto a tantas irreverencias, á tantos ultrajes y desprecios para ofreceros diariamente á vuestro Eterno Padre, víctima de amor por nosotros.

¡O amor infinito! ¡O fineza incomprensible!

¡Quién, Jesus mio, pudo sugeriros excesos tan grandes, maneras tan estrañas, sino vuestro Corazon Santísimo, centro de tanto amor, manantial de tanta fineza! Sea eternamente bendito y alabado. ¿Cómo podremos, Redentor amabilísimo, corresponderos y agradeceros beneficio cuya grandeza no pueden los mas altos querubines comprender? Yo, Señor, postrada á vuestros pies, os doy infinitas gracias por tanto amor. Y vosotros, ángeles santos, que estais continuamente adorándolo y alabándolo, ayudadme, os ruego, á bendecirlo por todos los siglos.

ORACION

que debe decirse en todas las visitas, permitiéndolo el tiempo.

A vos, amorosísimo Jesus, que por amor nuestro os estais dia y noche en este adorable Sacramento lleno todo de piedad y de amor, esperándonos y llamándonos, para que á vos recurramos; á vos, Señor, recurro como á fuente de toda gracia, y como á autor de todo bien, y humildemente os expongo todas mis miserias y necesidades, tanto espirituales como corporales. Vos, mi Dios, las sabeis, y esto solo me basta para esperar que las remediaréis. Os pido, Jesus mio, por vuestro Corazon Santísimo, y en él os encomiendo la exaltacion de vuestro Santísimo Nombre, la dilatacion de la fé, la santa Iglesia católica, al Romano Pontífice, la paz y concordia entre los príncipes cristianos, la conversion de los pecadores, la reduccion de los in-

fieles, la extirpacion de las heregías. Tambien os pido y os encomiendo á toda esta nacion, á esta ciudad, á esta santa comunidad, á mis padres, parientes, amigos y bienhechores, á todas aquellas personas que á mí se han encomendado, particularmente á N. N. Y porque vos asi lo quereis, os pido tambien por todos mis enemigos. A todos os suplico concedais aquellas gracias que mas necesitan para conoceros, amaros y serviros, y aquellas particulares que ellos os piden, si estas han de ser para mayor gloria vuestra y bien de sus almas.

Os encomiendo finalmente, Jesus mio, las almas santas del purgatorio, principalmente aquellas por quienes tengo alguna obligacion, y por las cuales quereis vos que yo os pida y ruegue. Por todas y por cada una en particular os ofrezco los méritos de vuestra vida, pasion y muerte, y aquellas indulgencias, que ayudada de vuestra gracia yo ganare en este dia; deseosa de que todas se unan en el cielo, y con sus ruegos me alcancen aquellas gracias que yo mas necesito y deseo para amaros constantemente, y eternamente en su compañia gozaros. Amén.

Dirá tres veces el Padre nuestro, Ave Maria, Gloria Patri, *y despues lo siguiente.*

Postrados, pues, veneremos
un Sacramento tan grande;
sigamos los nuevos ritos,
y los antiguos se acaben;
supla la fé, pues no bastan
los sentidos corporales.

℣. Pan del cielo nos has dado.
℟. En que todo delete está encerrado.

ORACION.

¡O Dios, que nos dejaste la memoria de tu pasion en un Sacramento tan admirable! concédenos que de tal suerte vencremos los sagrados misterios de tu Cuerpo y Sangre, que sintamos continuamente en nuestras almas el fruto de tu redencion. Que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

A MARIA SANTISIMA.

Bajo tu amparo, &c. *como en la pág.* 23.

Despues dirá tres Ave Marias, &c. *en esta forma.*

Primera. Dios te salve, Maria, Hija del Eterno Padre, Virgen ántes del parto. Ave Maria &c.

Segunda. Dios te salve, Maria, Madre del divino Hijo, Virgen en el parto. Ave Maria &c.

Tercera. Dios te salve, Maria, Esposa del Espíritu Santo, Virgen despues del parto. Ave Maria &c.

ORACION.

Dios te salve, Maria, Virgen purísima concebida sin pecado original. Yo me alegro, Señora, te doy mil plácemes, y doy mil gracias al Altísimo, por el singularísimo privilegio con que te exaltó sobre todos los hombres, preservándote del pecado

original, y concediéndote tanta gracia en el primer instante de tu purísimo ser, que excediste desde entónces en perfeccion y santidad á todos los justos. Por esta singular prerrogativa, te suplico, Madre misericordiosísima, me alcances de tu divino Hijo una pureza de alma y cuerpo, en cuanto fuere posible, semejante á la tuya, para que así pura merezca recibirlo en mi pecho, principalmente en la hora de mi muerte, y contigo bendecirlo, y alabarlo por toda la eternidad. Amén. *La Salve.*

VISITA II.

En accion de gracias por las veces que lo hemos recibido en la Eucaristía.

Salúdote, verdadero Cuerpo, &c., *como en la primera Visita.*

Dulcísimo Jesus, amor mio Sacramentado, vida, salud, tesoro y todo bien nuestro, que por un exceso de amor, por un desahogo de vuestro amante Corazon, os habeis quedado bajo las especies de pan y vino, para ser sustento de nuestras almas; y escogido para vuestra morada, no solo nuestros altares, sino lo que mas es, nuestros indignos pechos, para uniros mas estrechamente con nosotros. ¡O bondad incomprensible! ¡O caridad infinita! Yo, Señor, por tanto favor, y por todas las veces que os habeis dignado venir á mí, os doy infinitas gracias, y os las repito mil veces por las que espero recibiros, particularmente por viático en la hora de mi muerte; y ya que me reconozco incapáz de daros las gra-

cias que mereceis, y yo deseo; vos que tanto podeis, suplid este defecto, y hacedme, bien mio, digna de recibiros, para que yo pueda en compañia de los santos y de los ángeles, alabaros y bendeciros eternamente por tan singular beneficio.

A vos, amorosísimo Jesus, &c. *Padre nuestro, Ave Maria &c. como en la primera.*

A MARIA SANTISIMA.

Bajo tu amparo &c. *con lo demas, como arriba.*

ORACION.

Dios te salve, Virgen Maria, Hija primogénita del Eterno Padre, en quien el Todopoderoso derramó los tesoros de su omnipotencia, para mayor gloria suya y bien de los hombres. Yo, Señora, doy por esto infinitas gracias á Dios, y á tí mil plácemes; y te suplico, que así como el Eterno Padre te hizo poderosa contra todos nuestros enemigos para bien de nuestras almas, me defiendas de todos ellos, y me libres de todas las tentaciones de pecar, ó me des fuerzas para vencerlas ahora y en la hora de mi muerte. Amén.

Salve &c.

VISITA III.

Para resarcirle las injurias que recibe de los infieles y hereges.

Salúdote, verdadero Cuerpo &c.

Amabilísimo Jesus Sacramentado, que para dar mayor realce á vuestras finezas, y para familiarizaros mas con nosotros, ocultais vuestra magestad y grandeza bajo las especies de pan y vino: Yo, Señor, bien que oculto á nuestros ojos, como si presente os viera, os adoro y reverencio como á mi Dios y Redentor, y ansiosa vengo á postrarme a vuestros pies, para resarciros en cuanto yo puedo aquellas adoraciones, respetos y honores que tan injustamente os niegan los infieles y hereges, los cuales, ó no os conocen, ó voluntariamente ciegos no quieren conoceros. Bien sabiais, Jesus mio, á cuántas ingratitudes, á cuántos insultos y desprecios os exponia esta vuestra amorosa presencia; con todo, mas quisisteis exponeros á estas nuevas ofensas, que dejarnos huérfanos y abandonados. ¡O amor verdaderamente grande é incomprensible! ¡Cuánto me confundo, Sacramentado bien mio, al verme de vos tan amada, y de mí tan mal correspondido. ¿Qué haré para corresponderos? ¿Qué haré para resarciros en alguna manera las injurias, ultrajes y desprecios que de los infieles y hereges recibis en este adorable Sacramento? ¿Qué haré para que todos los mortales os conozcan, os amen. y ninguno os ofenda? ¡Ah! si conseguirlo pudie-

ra á costa de mi sangre y de mi vida, ¡con cuánto gusto la sacrificaría aquí á vuestros pies! Pero ya que de tanto no soy digna, os sacrifico estos mis deseos, y detesto con todo mi corazon tanta ceguedad, ingratitud y malicia: siento infinitamente el veros tan maltratado y ofendido por mi amor. Vos, Jesus mio, que con solo quererlo, todo lo podeis, ya que tanto habeis hecho por los hombres, haced para bien de ellos y gloria vuestra, que todos os conozcan, todos os amen, y todos fielmente os corsespondan, para que todos os gocemos en la gloria. Amén.

A vos, amorosísimo Jesus &c. Pater &c. *como en la primera.*

A MARIA SANTISIMA.

Bajo tu amparo &c.

Dios te salve, Virgen Maria, Madre amantísima del divino Hijo y Madre misericordiosísima de los pecadores, en quien el Unigénito del Padre infundió las celestiales luces de su increada sabiduría, para que fueras maestra de su Iglesia militante, gloria y esplendor de la triunfante. Infinitas gracias, Madre mia santísima, doy al Altísimo, por las que con tanta liberalidad te enriqueció, y por ellas te pido, que así como la eterna Sabiduría te comunicó tantas luces para que fueses nuestra maestra y guia, así con ellas destierres de mi entendimiento todo error é ignorancia, para que firmemente conozca, constantemente siga, y ardientemente ame á la eterna ver-

dad, que es tu divino Hijo Jesus, ahora y en la hora de mi muerte. Amén.

Salve &c.

VISITA IV.

Para reparar á Jesus las irreverencias y sacrilegios de los católicos.

Salúdote, verdadero Cuerpo &c.

Amabilísimo Jesus Sacramentado, que por prenda de lo mucho que nos amais, nos habeis dejado en este Sacramento de amor vuestro Corazon, tesoro de inagotables riquezas, manantial de celestiales gracias, fragua del amor divino, y centro de todas las virtudes. Si cuando preveias la ciega ignorancia de los infieles, y la temeraria perversidad de los hereges, que no habian de conoceros ni confesaros, hubierais á lo menos previsto un fiel agradecimiento, y una gratitud sincera en los católicos, incomparable hubiera con todo sido vuestra caridad en habernos dejado un don tan apreciable, exponiéndolo al desprecio de tantos, para que á lo menos fuera apreciado de vuestros escogidos. Pero que sabiendo las irreverencias, el abandono y sacrilegios con que os habian de ofender los mismos católicos, no háyais con todo querido privarnos de este bien, y á todo por nuestro amor os háyais expuesto: ¡cuán grande debía ser el amor que tanto os obligó! ¿Cuáles serán, Jesus mio, los sentimientos de vuestro pacientísimo Corazon al ver vuestro amor tan mal correspondido, vuestras finezas tan des-

preciadas, aun de aquellos que se precian de ser hijos vuestros? Yo ciertamente, así como siento un dolor sumo de tanta ingratitud, y un gran arrepentimiento de haber sido en un tiempo del número de estos ingratos, así no tengo como expresaros los vivos deseos de mostraros mi agradecimiento, y de recompensaros cuanto por mi amor sufris. ¿Quién me concediera, Jesus mio, conoceros por todos los que no os conocen, amaros por todos los que no os aman, y honraros por todos los que no os honran! ¡Ah! Jesus mio, no permitais que vuelva yo á entrar en el número de estos ingratos; haced con vuestra gracia que de aquí adelante sea del número de los que ardientemente os aman, reverentes os adoran y eternamente os alaban.

A vos, amorosísimo Jesus, &c. *Padre nuestro &c., como arriba.*

A MARIA SANTISIMA.

Bajo tu amparo, &c.

Dios te salve, Virgen Maria, Esposa fidelisima del Espíritu Santo, ardiente fragua de amor divino, que con tantas gracias, y con la mas fiel correspondencia supiste merecerte tanto amor; yo, Señora, te suplico me alcances de tu divino Esposo un rayo de este divino fuego, para que purifique mi corazon de todo terreno afecto; y así como este Espíritu consolador de las almas infundió en tu Corazon purísimo sus celestiales dones, así tú, Madre mia amantísima, infundas en el mio las dulzuras del amor divino, con las cua-

les se me hagan dulces las amarguras todas de mi muerte. Amén. *Salve, &c.*

VISITA V.

Para adorarlo en espíritu en todos aquellos lugares en donde está mas abandonado de los hombres.

Salúdote, verdadero Cuerpo, &c. &c.

Amabilísimo Redentor de mi alma y dueño mio Sacramentado, que á todas horas os oigo clamar: *Hija, dame tu corazon*, ¿por qué, Señor, me lo pedis, y para qué quereis un corazon vilísimo é ingrato como el mio? ¿Por qué me lo pedis, si por tantos títulos es ya vuestro? Vuestro, porque lo criasteis; vuestro, porque con vuestra Sangre lo redimisteis; vuestro, porque con tantos beneficios me lo habeis cautivado; vuestro, en fin, porque tantas veces os le he dado. Y ¿para qué, mi bien, lo quereis? ¿Para crucificarlo con vos en la cruz, y para que en ella sienta vuestras penas y tormentos; para consumarlo y abrasarlo en este incendio de amor divino, en que el vuestro se abrasa y consume? Tomadlo, Jesus mio, que con todo gusto os lo doy, y de nuevo os lo cedo: mas quiero, y mas cuenta le tiene á mi corazon estar con vos crucificado, que gozar las delicias todas de la tierra; mejor le está ser esclavo vuestro, que señor de todo el mundo. Yo os lo cedo con cuanto tengo y poseo, y os lo cedo para que continuamente os adore en todos los lugares de la tierra donde estais Sacramentado, principal-

mente en donde estais mas olvidado y abandonado de los hombres, y en todos quiero y deseo estaros continuamente adorando y amando. ¡O dulcísimo Corazon de mi amado Jesus! yo os amo y adoro con todas las potencias de mi alma, con todos los sentidos de mi cuerpo, con todos los afectos de mi corazon, los cuales todos os consagro; y deseo daros con ellos tanto honor y tanta gloria, cuanta vos Sacramentado dais á vuestro Eterno Padre. Recibid, Jesus mio, por vuestro Corazon santísimo esta oferta que os hago; herid mi corazon con vuestras llagas; encendedlo hasta consumirlo en vuestro amor, y haced de tal manera sea vuestro, que no vuelva á ser mas mio: en vos y con vos viva, y en vos y por vos muera. Amén.

A vos, amorosísimo Jesus, &c. *Padre nuestro*, &c.

A MARIA SANTISIMA.

Bajo tu amparo, &c. *Ave Maria*, &c.

Dios te salve, Virgen Maria, augusto Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad, Reina de los ángeles y de los hombres, de los cielos y de la tierra: cuanto, Madre mia, me alegro al verte tan privilegiada y exaltada sobre todas las criaturas. Yo adoro, alabo y bendigo al Todopoderoso por esta alta dignidad á que te ha elevado sobre todo lo criado para gloria tuya, honor suyo, y bien nuestro. ¿Que mas podiamos desear, que tener por Reina y Señora á la que siempre ha sido Madre nuestra amantísima? ¡Cuánto animo y con-

fianza nos dá á todos este alto dominio y poder que como Reina tienes sobre todo! A tí te veneran y respetan como á su Reina todos los ángeles; á tí te adoran como á Madre de su Dios todos los santos; á tí te alaban y bendicen todas las gentes; á tí obedecen todas las criaturas, y de tí tiemblan todas las potencias infernales. Reina eres nuestra, y como á tal á tí recurrimos; tu proteccion imploramos, para que nos libres de todos nuestros enemigos. Oye, pues, Reina misericordiosísima, nuestros ruegos, escucha nuestras súplicas, compadécete de nuestras miserias, y ampáranos á todos ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Solve, &c.

DIA FELIZ DE ENERO.

LECCION ESPIRITUAL.

Cuánto debemos amar á Jesucristo por ser nuestro Dios, y cuánto para esto sea conducente la devocion á su sagrado Corazon.

Amantísima hermana (te dice S. Bernardo), *es cosa muy digna y necesaria el que amemos á Dios sobre todas las cosas como á nuestro sumo bien.*

Es Jesucristo nuestro Dios: así lo creemos, porque así nos lo enseña la fé; pero de nada nos servirá creerlo tal, si como tal no lo amamos. La fé es una gran virtud; pero sin la caridad no va-

le nada. Los condenados creen la divinidad de Jesucristo; ¿pero de qué les sirve si no pueden amarlo? *Al Dios que invocas con la fé, no lo niegues con las obras,* dice S. Bernardo. Amemos, pues, con la voluntad al que creemos con el entendimiento, y no neguemos con las obras al que confesamos con la boca.

Ello es cierto, que no hay obligacion ni mas estrecha, ni mas dulce para un cristiano, cuanto mas para una esposa, que amar sobre todas las cosas y con todo el corazon á Jesucristo. Por cualquiera parte que lo consideremos, encontraremos en él los mas eficaces motivos, y en nosotros las mayores obligaciones de amarlo con preferencia á todo bien criado. Es Jesucristo el Unigenito del Padre, la segunda persona de la Santisima Trinidad, es el Verbo Eterno, y la increada sabiduría, y como tal es nuestro Dios, nuestro Criador, nuestro Santificador y nuestro Glorificador. Es tambien hijo de Maria Virgen, habiéndose hecho hombre por obra del Espíritu Santo en su purísimo seno, y como tal es nuestro Redentor, nuestro Maestro, nuestra Guia, nuestro Abogado, nuestro Hermano y nuestro Amigo. En Jesucristo consiste toda nuestra salud; ningun bien nos viene, ni podemos esperarlo, sino en él y por él; pues reune en su adorable persona todos los motivos divinos y humanos para ser amado sobre todas las cosas.

En Jesucristo, dice San Pablo, reside corporalmente toda la plenitud de la divinidad; y de tal modo, y con tanta propiedad reside, que no es una usurpacion, ni menos un atentado contra la unidad de Dios, que es su Unigénito hijo Jesus,

bien que hombre se haga igual á él: porque aunque el Verbo divino se anonadó tomando la figura de esclavo, no por eso perdió su ser divino: se hizo hombre pasible y mortal como nosotros; pero se quedó Dios impasible é inmortal como su Eterno Padre. Tomó en sí la naturaleza humana, esto es, se unió hipostáticamente á una alma espiritual, y á un cuerpo material, no para hacerla igual á la divina, sí para unirse tan estrechamente con ella, que de esta prodigiosa union resultase que Jesucristo es tan verdadero Dios como verdadero hombre, Hijo al mismo tiempo de la Virgen Maria, é hijo consubstancial de Dios vivo: Eterno, inmenso, inmutable, todopoderoso, infinitamente santo, bueno, perfecto; es el resplandor de la gloria, y la imágen consubstancial de su Eterno Padre, el objeto de sus delicias, la virtud, el consejo y la sabiduría de Dios, la gloria de los ángeles, la bienaventuranza de los justos; principio, fundamento y fin de todas las cosas: para él, y por él fueron todas criadas, visibles é invisibles, ángeles y hombres, cielo y tierra: es finalmente la vida, el ser y el sumo bien de todo lo criado, porque no hay salud sino en nuestro Señor Jesucristo.

Un personage de este carácter, un objeto de esta naturaleza, ¿con cuánto amor debe ser amado de los hombres? ¿Un esposo de tantas y tales prendas, ¿con qué ternura debe quererse, con qué aprecio estimarse de su esposa? Quién duda que si todos los hombres estamos obligados á amar á Jesucristo por tantos títulos, lo esté aun mas una religiosa por la tierna relacion de esposa? Dios (dice S. Bernardo) como Soberano,

exige temor de sus criaturas; como Padre, respeto y reverencia de sus hijos, mas como Esposo exige amor de sus esposas. Toda virgen desde el momento en que se consagra á Jesucristo, debe ser toda del Esposo, y nada suya, ni ménos de otro: debe decir con la Esposa de los Cantares: Mi amado para mí, y yo toda para mi amado; y para memoria de esta obligacion, el ministro al esposarla en nombre de Jesucristo, le pone el sagrado velo diciendole: *Recibe este velo, para que de hoy en adelante no pongas los ojos en otro amante, ni admitas en tu corazon otro amor que el de tu Esposo.* Debe la esposa amar á Jesucristo por gratitud á los muchos beneficios que le ha hecho, y porque entre millares la escogió para esposa, por correspondencia á lo mucho que la ama, por conveniencia propia á los infinitos bienes, dulzuras y contentos que en este amor se encierran. ¡Cuántos titulos, Jesus mio, para amaros, y cuán poco sois amado!

Esta es la mayor y mas importante obligacion con que todos nacemos; este el único ejercicio en que habiamos de ocuparnos toda nuestra vida; y este amor deberia ser al alma que vivificara todas nuestras acciones, y animara todos nuestros pensamientos, porque sin él todo es perdido, todo inútil y todo amargo. El hombre, dice S. Francisco de Sales, es la perfeccion del universo, el alma, la perfeccion del hombre, y la perfeccion del alma, el amor de Dios. De suerte, que una alma sin este amor, será lo mismo que un mundo sin hombre, y un hombre sin alma, que no es otra cosa que un cuerpo muerto, digno solo de que lo cubra la tierra, y lo esconda por horrendo á los ojos de los mortales.

¿Para qué fuimos criados? ¿Para qué nacimos? Para qué nos dió Dios vida, ser, alma, potencias, sentidos y corazon, sino para que con todos lo amemos? La naturaleza toda cuanta es en sí, no fué criada para otro fin, que para amar ó hacer amar á su Criador. Todas cuantas criaturas hay en el cielo y en la tierra no hacen otra cosa, sino gritarnos continuamente que amemos á Dios, decia San Agustin.

El Eterno Padre no nos comunica sus gracias, sino para moveruos con ellas á este amor: el Espiritu Santo no tiene otro fin en todas las operaciones que produce en nuestras almas sino hacernos conocer y amar á Jesucristo como á nuestro sumo bien. El mismo Jesucristo no vino al mundo sino para hacerse amar de los hombres y abrazar sus corazones en el fuego del amor divino. Para esto padeció y murió, para esto se quedó con nosotros en el sacramento de la Eucaristía, y para esto, finalmente, nos descubre los infinitos tesoros de su amante Corazon, fragua de este divino amor.

Favorecida un dia Santa Gertrudis con la presencia del amado discipulo San Juan Evangelista, se quejaba con él respetuosamente, diciéndole: „¿Por qué, Santo mio, ya que *testimonio* fuísteis de los movimientos y amorosos impulsos del „divino Corazon de mi amado Jesus, no nos los „dejasteis escritos?„ El Santo le respondió: „No „lo hice, porque el Señor se reservó manifestarlos en los últimos tiempos en que el mundo ya „*envejecido* y *entibiado* en el amor divino con „la vista de estos dulces y amorosos movimientos, „*vuelva á encenderse en el amor*."

El suceso ha verificado la verdad de esta revelacion: estamos ya en aquellos fatales tiempos de que hablaba á esta gran Señora el amado discípulo: el fuego de la caridad se va ya apagando en los corazones de la mayor parte de los hombres. El divino Redentor para avivarlo, á fines del siglo pasado, descubrió estos tesoros y enseñó esta devocion á su venerable sierva Margarita de Alacoque, mandándole que la publicase é hiciese conocer á todos.

No es mi intencion referir aquí los grandes progresos que en tan poco tiempo ha hecho esta devocion en todo el mundo, á pesar del infierno y de tantas contradicciones: basta á mi intento decir lo que el Ilmo. Sr. Languet dejó de ella escrito en el libro 6 de la vida de la venerable Margarita. „Devocion (dice este no ménos „docto que virtuoso prelado) que tiene por mira „inspirar el amor de Jesucristo, y con el amor la „imitacion de sus virtudes, de sus máximas y de „sus inclinaciones. Devocion apreciable que con„duce al mas perfecto amor y á la práctica de las „mas sublimes virtudes del cristianismo; que no „tiene otra mira que esta, y que no se puede sepa„rar de este objeto, el mas á propósito para santifi„carse que un hombre se puede proponer. Porque „en efecto, todos, de cualquier estado y condicion „que sean, pueden sacar de esta devocion las gra„cias particulares que convienen á sus necesidades y „las lecciones proporcionadas á sus obligaciones.” Y para confirmar que este era el juicio de la sierva de Dios, traslada una carta suya que yo aquí copio á la letra, para prueba de cuanto he dicho, y para consuelo de los devotos del Corazon Santísimo de Jesus.

„Yo no sé (dice la venerable madre á la per-
„sona á quien escribe) que haya en la vida espi-
„ritual otra práctica de devocion mas propia pa-
„ra elevar en poco tiempo una alma á la mas al-
„ta santidad, y para darle á gustar las verdade-
„ras dulzuras que se prueban en el servicio de
„Dios. Sí, lo digo con seguridad: si se supiera lo
„agradable que es esta devocion á Jesucristo, no
„hubiera cristiano, por poco amor que tenga á es-
„te amable Salvador, que no la abrazase luego.
„Introducidla entre las personas religiosas; que
„luego recibirán tantos auxilios, que no serán
„necesarios otros medios para restablecer el pri-
„mer fervor y la mas exacta regularidad aun en
„las comunidades mas relajadas, y para perfeccio-
„nar las que viven en exacta regularidad.

„Mi divino Salvador me ha dado á conocer
„que los que trabajan en la salud de las almas
„encontrarán el arte de mover los corazones mas
„obstinados, y cogerán un abundante fruto, si pro-
„fesaren una tierna devocion á su Corazon sagra-
„do. En cuanto á las personas seculares, ellas en-
„contrarán por este medio todos los socorros ne-
„cesarios á su estado, como la paz en sus fami-
„lias, el consuelo en sus trabajos y la bendicion
„del cielo en todos sus designios. En este Cora-
„zon adorable encontrarán un lugar de asilo en
„la vida y mucho mas en la hora de la muerte."
Tal es, y tales son los afectos que produce en to-
das aquellas personas que fielmente practican tan
útil como amable devocion.

Vosotras, almas religiosas y esposas escogi-
das de Jesucristo, que con santa industria y pia-
doso zelo vais buscando y practicando nuevas de-

vociones, todas buenas, todas santas para animar y mantener en vosotras la piedad cristiana; conservadlas, sí, y practicadlas con todo el fervor posible; pero advertid que ninguna de ellas, sea la que fuere, puede seros útil y provechosa, sino en cuanto en alguna manera os conduce á Jesucristo, que es la piedra fundamental, y el fin á donde deben ir á terminar todos nuestros cultos: y aquella será la mejor y mas útil, que mas os mueva á amarlo, á imitarlo, y á fielmente servirlo. Las otras devociones son por lo comun de supererogacion, la que se tiene á Jesucristo es de obligacion. Las otras suelen tal vez agravarnos, imponiéndonos nuevas cargas; esta nos alivia y nos hace suaves las que tenemos: las otras nos ayudan á caminar á la perfeccion, y esta nos pone en el fin de ella, uniéndonos por este amor estrechamente con Dios.

„Tal vez envidiamos, dice un piadoso escri„tor, la dicha de San Juan, que reposó la noche „de la cena sobre el amoroso pecho del Salva„dor, y decimos que con razon fué llamado el „discípulo amado de Jesus. Esta devocion nos „hace en cierto modo participantes de esta mis„ma felicidad: porque aunque no nos consiga re„posar sobre el pecho del Salvador, nos enseña „la manera de penetrar en espíritu en su Cora„zon santísimo, para unirnos con él á meditar los „sentimientos que tiene hácia nosotros, para re„tornarle un amor recíproco, y para fijarnos una „mansion dentro de su mismo Corazon, donde re„posar suavemente en medio de las mas deshe„chas tempestades." Bien se puede decir que esta devocion une mas estrechamente la esposa

con el Esposo, y con su fiel práctica cumple aquella las obligaciones que con este tiene. ¿A qué se reducen las obligaciones de una esposa para con su esposo? A una perfecta union de voluntades, en que la esposa no quiera sino lo que el esposo quiere, á obedecerlo en todo, á procurar siempre agradarlo, á alegrarse de todas sus felicidades, y sentir como propias todas sus penas y aflicciones. ¿Y no es este el fin de los ejercicios interiores y exteriores que se practican en esta devocion? Por medio de estos ejercicios, y con la práctica de esta devocion llegaron á aquella alta perfeccion en que hoy las veneramos, una Matilde, una Gertrudis, tantas Catalinas de Sena, de Génova, de Bolonia, una Teresa de Jesus, una Magdalena de Paziz y otra infinidad de almas santas; y por esta misma no dudo que llegarán tambien al mismo grado de santidad todas las que la abrazaren y practicaren con la misma fidelidad.

Lecion de Kempis, lib. 2, cap. 7.

MEDITACION PARA ENERO.

Sobre el grande amor del Corazon Santisimo de Jesus, con que se ofreció á satisfacer por nosotros á la divina Justicia.

Nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre. Apoc. 1, 5.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, qué seria de tí si el Corazon de tu divino Esposo no te hubiera ama-

do tanto como te amó. ¿Cual sería tu desesperacion, viéndote irremisiblemente condenada á padecer eternamente las penas del infierno? La deuda contraida por el pecado era infinita; se requeria una satisfaccion igualmente infinita, de la cual era incapaz la criatura: sin esta no habia que esperar el perdon, y tú con todos los hombres serias eternamente infeliz. ¡Qué desesperacion vivir solo para padecer eternamenie sin esperanzas de remedio! Maldecirias con mas razon que Job el dia en que habias sido concebida; tendrias por mejor haberte quedado sepultda en el abismo de la nada!

Pero no: consuélate, alma mia, que hubo quien te amara tanto, que no solo satisfizo toda tu deuda á la divina Justicia, no solo te ha librado de las penas eternas que tus pecados merecian; sino que tambien te ha merecido los bienes de la gloria, y todo á costa de inmensos trabajos, penas, dolores, y con el derramamiento de su preciosa sangre. Mas ¿quien es este que tanto me ama y á quien tanto debo? Quien ha de ser sino el Verbo Divino, el Unigénito del Padre, el Hijo de Maria Vírgen. Levanta los ojos, míralo clavado en ésa cruz por tu amor: observa aquella llaga de su divino costado; éntrate por ella, y mira como aquel Corazon divino arde de amor para contigo. Esas llagas, esa sangre que por ella sale, son otras tantas pruebas de lo mucho que te ama; son tantas bocas que te gritan: *Amor, amor:* ¡y tú te haces sorda, y no la oyes! ¿por qué, alma mia, por qué?

Considera que aunque lo ves muerto en una cruz como un malhechor, es con todo tu Dios y tu Señor, que siendo inmortal quiso hacerse mortal

solo por darte la vida con su muerte. El espontáneamente sin que ninguno lo obligue, si no es el amor que te tiene, se ofrece á satisfacer por tus pecados, y á pagar con su sangre la deuda que tú habias contraido, y que no podias pagar. Y su Eterno Padre acepta la oferta. ¡O obra sin ejemplo! ¡O gracia sin mérito! ¡O amor sin recompensa! Almas cristianas, corazones insensibles, ¿cómo no amamos á un Dios que tanto nos ha amado y tanto bien *nos ha hecho?*

Dulcísimo Redentor mio, ¿cuánto, Señor, os debo; y cómo podré corresponderos? Si mil veces por vuestra gloria derramara toda mi sangre, si mil vidas diera por vuestro amor, todo seria poco. ¿Quien será capaz de amaros como mereceis? ¡A qué extremos, Jesus mio, os ha obligado el ardiente amor de vuestro Corazon para conmigo! ¿Por qué siendo yo la culpa, habeis de ser vos el castigado? ¿En qué ley ó justicia cabe que el esclavo cometa la culpa, y el Señor haya de pagar la pena? ¿Que el ofendido sea condenado, para que el ofensor sea absuelto? ¿Qué extremos de amor son estos, Jesus mio? ¿Tanto os importaba que yo no me perdiera, que á tanto costo quisiste redimirme? ¿Qué habeis visto en mí sino pecados é ingratitudes? ¿Cómo, pues, Redentor mio dulcísimo, os habeis tanto enamorado de mí? ¿Quién soy yo para que háyais padecido tanto por mí? ¡Ah! que todo ha sido obra y prodigio de vuestro amante Corazon! No se pierda, Jesus mio, en mí tanta pena y tanta sangre por mi amor derramada; haced con vuestra divina gracia que mi salvacion sea el *fruto* de vuestra pasion. Mas *no me* contento, Salvador mio, con solo salvarme; quie-

ro primero amaros, y amaros tanto, que de vos nunca pueda separarme.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, que la caridad del Corazon Santísimo de Jesus fué tan ardiente para contigo, que por tí sola se hubiera ofrecido victima al Eterno Padre con el mismo amor con que se ofreció por todos, si tú sola hubieras sido la necesitada de este remedio. ¡Qué beneficio tan singular hubiera sido este! ¿Qué amor, qué servicios y qué obsequios serian bastantes para corresponderlo? ¿Cómo no te harias esclava de tan insigne bienhechor? ¿Cómo te apreciarias viendo que tú sola habias costado tanto al Unigénito de Dios? Y si despues de este beneficio en haber por tí sola dado su vida y derramado su sangre tú siguieras ofendiéndolo y amando mas que á el á las criaturas: ¿qué infiernos serian bastantes para castigar tu ingratitud? ¿Qué dirian los ángeles al ver que su Dios hacia por tí sola lo que no habia hecho por ellos? ¿Cuál seria su horror al ver tanto amor y tanta fineza, tan mal correspondida de tan vil esclava?

¿Qué dices, alma mia, no seria la tuya una ingratitud la mas monstruosa en tal caso? Pues no lo es ménos al presente. El beneficio es el mismo; y el haberse hecho á otros, tan no lo disminuye, que ántes en cierto modo lo hace mayor para contigo. El sol no te alumbra ménos porque alumbra tambien á los otros; y no estarias contenta si dejando á las otras criaturas en tinieblas, á tí sola te alumbrara. Si Jesucristo, dejando en su

perdicion al resto todo de los hombres, á ti sola te hubiera redimido, ¿cúal seria tu pena al ver á tus padres, á tus hermanos, á tus parientes, á tus amigos, á tus bienhechores condenados sin remedio por una eternidad? Entónces agradecerias mas que este beneficio se comunicase á los otros. ¡Por qué, pues, no lo agradeces ahora! Si estando tú cautiva con toda tu familia, en una dura esclavitud de moros, fuera un rico señor á rescatarte á ti sola sin que se cuidara de los otros, ¿cuánto le rogarias que juntamente contigo rescatase tambien á tus padres y á tus hermanos? Señor, le dirias, ya que tanto haces por mi, rescata tambien á los mios, porque ¿cómo podré vivir contenta dejándolos á ellos padecer? ¿Y cuánto mas le quedarias obligada, si él por darte gusto los rescataba á todos? Esto es lo que Jesus ha hecho contigo: y sin que tú se lo rogaras, no solo te ha librado á tí de la esclavitud del demonio, sino que tambien ha librado á todos los tuyos para mostrarte con esto cuánto te ama, y cuánta mayor es tu obligacion en amarlo.

Si Jesucristo redimió con su preciosa sangre á todos los hombres, te redimió á tí en particular, y tú sola no le has costado ménos de lo que le costó todo el mundo. Esta consideracion encendia en amor á San Pablo, y exclamaba: Me amó tanto mi Jesus, que por salvarme se entregó á la muerte. Con la misma verdad puedes tú decir lo mismo, porque San Pablo no costó mas á Jesucristo que lo que tú le has costado. Mas San Pablo, apénas, conoció esta verdad y la grandeza de este beneficio, que se dió todo al amor de Jesus. Tanta impresion hizo esta fineza en el cora-

zon de un Saulo, que de enemigo mortal, lo convirtió en fino amante y fiel apóstol. ¿Y no hará la mas mínima en el corazon de una esposa?

Mas si no basta el considerarla, vuelve, alma mia, á levantar los ojos, y mira á tu celestial Esposo clavado en esa cruz, que te dice: Vé, esposa mia, cuanto me cuestas y cuanto padezco por salvarte: mira mi cabeza traspasada toda de espinas, mi cuerpo todo llagado, mis piés y manos clavados, mi pecho rasgado, y herido mi corazon que tanto te ha amado: atiende y mira si puedo padecer mas de lo que por tí padezco, y si hay dolor que pueda compararse al mio. ¡Ah! Bien mio crucificado, lo veo, lo conozco y lo confieso, que no hay padecer ni dolor como el vuestro. Pero, Señor, lo que mas me confunde y pasma, es ver el amor con que padeceis por mí. ¿Y con todo, seguiré siéndoos ingrató? ¿Y aun no me muevo á amaros? ¿Qué corazon es el mio? Una tígre, una leona se rindiera con ménos finezas. !Ah Jesus mio! y ¿qué será de mí si yo no os amo? Mas si tanto como por mí habeis padecido no me mueve á amaros, ¿qué podrá moverme? No, misericordiosísimo Dios, no permitais que siga yo siendoos ingrata; os lo pido por estas llagas, por esa sangre, por ese Corazon traspasado por mi amor. Acordaos, bien mio, que aunque ingrata y pecadora, soy esclava vuestra redimida con vuestra preciosa sangre. Amen.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon santísimo de Jesus arde continuamente en amor de Dios, y lo ama por todos los hombres que no lo aman. No desea otra cosa de tí sino que lo imites en este amar: procura pues, contenerlo, que bien se lo merece, advirtiendo que cuanto tú mas lo amares, tanto serás mas amada de él. No te se pase por lo ménos dia en este mes en que no hagas algun acto fervoroso de amor de Dios; ámalo por todos aquellos que no lo aman; y ofrece á la Santísima Trinidad todos los dias en la misa el amor de este divino Corazon en recompensa del que le falta al tuyo.

2. El Corazon santísimo de Jesus es ofendido en el Sacramento del Altar, con el olvido que de él tienen la mayor parte de los hombres. Consuelalo tú con renovar frecuentemente la memoria de este singular beneficio: acuérdate que lo tienes realmente dentro de tu misma casa, y encerrado por tu amor en un sagrario. Luego que despiertes adóralo desde tu cama, visítalo todas las veces que pudieres, y siempre que de él te apartes, déjale tu corazon para que lo adore, alabe y bendiga.

ORACION AL ETERNO PADRE

PARA PEDIRLE EL AMOR A SU DIVINO HIJO.

Eterno Dios y Señor, Padre amantísimo de mi divino Redentor, humildemente postrada ante vuestra divina presencia con los mas vivos sentimientos de mi corazon, os doy infinitas gracias por habernos dado con tanto amor á vuestro Unigénito Hijo, para que en él todos nos salváramos, y por él pudiéramos unirnos con vos. Yo, Señor, os suplico por sus méritos que se cumplan vuestras promesas de darle por herencia todas las naciones, y de pagarle el sacrificio que por vuestra gloria os hizo de su vida y sangre con una numerosa posteridad, para que todas las gentes lo conozcan, amen y adoren como á su Dios, su Señor y su Redentor. Glorificadlo en todos los hombres, así como él os glorificó en sí mismo: haced, Dios mio, que este divino Salvador reine en todos nuestros corazones por medio de una fe viva con que lo conozcamos, de una ardiente caridad con que lo amemos, y de una perfecta conformidad con que á él nos unamos, para que con él vivamos, en él y con él os amemos y glorifiquemos por todos los siglos. Amen.

FEBRERO.

LECCION ESPIRITUAL.

Cuánto debemos amar á Jesucristo por lo mucho que su Corazon Santísimo nos ha amado.

Carísima hermana, amemos á Jesucristo, ya que él nos amó primero. San Juan IV. 19.

Es el amor de tan noble naturaleza, que no puede ser perfectamente correspondido sino con amor: por lo que se dice comunmente que *amor* con amor se paga; ni hay medio mas eficaz para hacerse uno amar como amar. Jesucristo vida nuestra, que no deseaba otra cosa que ser amado de nosotros, para ganarse este amor, nos amó con un amor infinito aun muchos siglos ántes que existiéramos. La grandeza de este amor, y el haber sido Jesus el primero en amarnos, sin que pudiéramos habérselo merecido, exigen de nosotros que lo amemos con todas nuestras fuerzas, con todas nuestras potencias y sentidos: Y a la verdad si Jesus nos ha amado con todo el amor de que es capaz su corazon divino, ¿por qué no lo hemos de amar nosotros con todo el amor de que es capaz el nuestro? Si aun cuando así lo amemos no le correspondemos ni en la mas ínfima parte de su amor, ¿cómo pensamos corresponderle dividiendo un corazon tan pequeño, dando parte á Dios y parte á la criatura?

El amor del Cornzon santísimo de Jesus para con nosotros es tan grande y excesivo, que no

hay entendimiento criado que pueda concebirlo. Siendo nuestro amor propio tan grande, Jesus nos ha amado infinitamente mas de lo que nos amamos á nosotros mismos, consiguientemente mas de lo que nos aman y pueden amarnos las criaturas todas. Ello es cosa que pasma y que excede toda comprension, ver á un Dios tan apasionado y amante de sus criaturas; pero que no puede dudarse, teniendo las pruebas que tenemos de su inmensa bondad. ¿Quien sino un amor infinito podia obligar á Jesucristo á hacer los excesos que ha hecho por el bien de los hombres?

Al oir tan continuamente hablar de Encarnacion, de Redencion, de Eucaristía, parece que ha hecho callos en nuestros corazones, y no hacen en ellos la mella que debieran, porque no consideramos ni ponderamos la grandeza y el amor que en sí encierran estos divinos misterios obrados con tanta caridad y tan á costa del divino Redentor. Bien lo conoció el amado discípulo, cuando nos dejó escrito que Jesus amó á los hombres hasta el extremo: esto es, que los amó tanto é hizo tantos extremos por ellos, que con ser Dios infinitamente poderoso, ni puede amarnos mas de lo que nos amó, ni hacer por nosotros mas de lo que ha hecho.

¿Y cómo puede haber extremos mayores de amor que los que ha obrado Jesucristo con nosotros? Porque si lo consideramos como á Dios absoluto é independiente Señor de todo, ¿no es un amor extremado el haber estado por toda una eternidad pensando en nosotros, ocupado siempre en amarnos con un amor activo y eficaz que habia de obrar en tiempo efectos tan grandes co-

mo maravillosos? Si lo contemplamos como hombre, ¿no es un extremo de amor haber consagrado á nuestro bien desde el instante en que encarnó, todos los pensamientos y afectos de su corazon? ¿Que hizo Jesucristo, y en qué se ocupó todo el tiempo de su vida santísima, sino en amar y hacer bien á los hombres? ¿No es un extremo de amor haber sacrificado por nuestro bien su gloria, sus delicias, sus bienes, su honor y su vida? ¿No es un extremo de amor estar pronto, como el mismo aseguró á Santa Matilde, á renovar todos estos sacrificios por cada uno de los hombres en particular, si fuera necesario, para asegurarle su salvacion y ganarse su amor? Si estos no son extremos amorosos, yo no sé cuales puedan serlo.

Somos por una fatal herencia naturalmente soberbios, apetecemos la preferencia, y parece que no hay cosa que mas cautive nuestros corazones que vernos á otros preferidos. Véamos si la preferencia que hizo de nosotros Jesucristo á sus mas nobles criaturas nos persuade lo excesivo de su amor y mueve nuestros corazones a preferirlo á todo bien criado. Los ángeles y los hombres eran igualmente criaturas suyas, y aquellos mucho mas nobles y excelentes que estos. Entrambos ingratos á su Criador, lo ofendieron. Pecó el ángel.y en aquel mismo instante fué de la divina Justicia arrojado del cielo á padecer eternamente en el infierno. Pecó el hombre, y por su pecado debia ser condenado á la misma pena; y lo hubiera sido infaliblemente, si el Verbo Divino, lleno de amor para con los hombres, no hubiera tomado á su cargo satisfacer por ellos.

Bien podia haber salvado á los ángeles de su ruina; podia haberse hecho ángel como se hizo hombre; con todo, parece que se olvida de aquellos, y solo piensa en salvar á estos. El pecado del ángel fué uno solo; los pecados de los hombres son innumerables. Con todo, Jesucristo pacientemente los espera, les da tiempo, los convida, los llama, y cuántas veces casi los fuerza para que se conviertan y no se pierdan. Jesucristo se nos da todo á sí mismo en la Eucaristía para vida y sustento de nuestras almas, y tanto no les ha dado á los ángeles, siendo así que en sus pechos estaria mas honrado, mas glorificado y mas amado que en los nuestros. La mayor parte de los ángeles se mantuvo fiel á su Criador, y á estos, bien que espíritus nobilísimos y bienaventurados, Dios los destina á la guardia y custodia de los hombres.

De todo esto qué puedo inferir, sino que Jesucristo ha hecho infinitamente mas por los nombres, que no hizo por los ángeles. ¿Mas esta predileccion á quién debemos, sino á la bondad infinita de aquel Corazon Santísimo que con tanto exceso nos ha amado? Claro está que este, y no otro, ha sido el orígen de todos los bienes que hasta aquí hemos recibido, como lo es tambien de todos los que esperamos.

A vista de tanto amor yo no puedo hacer otra cosa, que volver á suplicaros con S. Juan: Amemos, hermanas carísimas, amemos con todo nuestro corazon á Jesus, puesto que él ha sido el primero en amarnos con todo el suyo. Con todo el corazon; digo, porque, como bien dice S. José Calazancio, quien no ama á Jesus con

todo su corazon, ó muy poco lo ama, ó no lo ama nada. Si tenemos un corazon tan pequeño, ¿para qué lo hemos de dividir? La religiosa debe ser toda sin reserva alguna de Jesucristo, y no lo será miéntras que conservare en su corazon algun afecto, que no sea á él ó por él. Santa Teresa no pudo ser de Jesus, hasta que no desterró de su corazon cierto afecto que tenia á un pariente suyo. Conoció la Santa que aquel amor terreno era el que le impedia el unirse estrechamente á su celestial Esposo, que queria ser solo el dueño de su corazon, y apénas lo dejó, cuando mereció oir de la boca del Redentor aquellas tiernas palabras: *Ahora sí, Teresa, que eres toda mia, y yo soy todo tuyo.*

¿Un ejemplo tan doméstico como este, no te enseña claramente lo que te impide ser toda de Jesus? ¿No te anima á hacer con valor y constancia un pequeño sacrificio á un Dios que tantos y tan grandes los ha hecho por tí? ¿Y qué perderás en dejar una amistad mundana, en desterrar un afecto terreno, en privarte de un gusto pasagero? Nada ciertamente. ¿Y de qué te privarás en conservarlos? De ser toda de Jesus, y de que Jesus sea todo tuyo. *¿Qué mayor pérdida?* Mas valiera perder todo el mundo. Animo, pues, y resuelvete á darle enteramente á Jesus lo que con tanta ansia te pide: *Dame*, te dice, *hija mia, tu corazon.* ¿Será posible que puedas negar un don tan miserable como este á un Dios que tanto te ha dado? ¿á un esposo que tanto te ama? Ese corazon que tan pródigamente lo das á las criaturas, ¿solo á Jesus lo negarás, que es el único que lo merece? ¿Qué mayor ruindad

que esta? dice S. Juan Crisóstomo. Si un hombre nos hubiera amado así, si hubiera hecho la mitad de lo que Jesucristo ha hecho por nosotros, ¿cómo lo amaríamos, y nos sacrificaríamos á servirlo? ¿Y con un Dios hombre que nos ha amado con tanto extremo, que se ha aniquilado por exaltarnos, hemos de ser tan avaros y tan ingratos?

Es necesario (sigue diciendo el mismo santo) que Dios para hacerse amar de nosotros, nos prometa el cielo y nos amenace con el infierno, y con todo, ni con el precepto, ni con la amenaza, ni con la promesa, ni con tantos beneficios puede conseguirlo; y apénas consigue que algunos pocos lo amen y sirvan cuanto apénas basta para no condenarse. Tan escasos y avaros somos los hombres para con quien es tan liberal con nosotros. Y si las almas religiosas se adelantan algun poco en el amor de su celestial Esposo, á cuántas de ellas les parece que con unos cortos sacrificios, como haber dejado el mundo, le han ya no solamente correspondido, sino tambien obligado; y no creyendose suficientemente remuneradas con los bienes eternos, pretenden tambien los temporales: sirven á la Magestad divina mas por interes temporal que por amor, y van indagando qué premio les deberá dar Dios por sus servicios.

Aun no es esto lo peor (son tòdos sentimientos del mismo santo Doctor.) Cuántas veces damos palabra á Dios de serle fieles, cuántas veces con dulces palabras, al parecer sincéras y afectuosas, le protestamos que lo amamos con todo nuestro corazon, sobre todas las cosas; y des-

pues á la primera ocasion que se nos presenta lo ofendemos, y no dudamos posponerlo á una vanidad, á un capricho, á una persona de genio, á un gusto, á un placer y á cualquiera desahogo de nuestras pasiones. Esta fatalidad de nuestra humana miseria, no solo la experimentamos todos los dias en los mundanos, se experimenta tambien en las personas religiosas, las cuales despues de haber generosamente abandonado padres, parientes, honores y riquezas por desposarse con Jesus crucificado en la religion, parece que en vez de crecer en el amor, han perdido el que le tuvieron en el siglo, pues no quieren resolverse á desterrar de sus corazones ciertos afectos á cosas de nada, que las tienen atadas á la tierra, sin dejarlas alzarse á la perfeccion á que son llamadas. Cuántas veces estas almas *conocen en la oracion*, y oyen la voz de su celestial Esposo, que interiormente les dice que el tal afecto, la tal amistad, la tal conversacion no son de su agrado, y ellas entónces prometen por su amor dejarlas; pero apénas se les presenta la ocasion, se olvidan de lo prometido, y les falta valor para cumplirlo. ¡Ah! si amáramos á Jesus con un amor tierno, firme y constante, no tendriamos la dificultad en hacerle los mayores sacrificios.

Pero si aun no lo amamos y deseamos, como no dudo, *amarlo*, recurramos, hermanas carísimas, á la fuente de este divino amor, que es el Corazon Santísimo de Jesus, y en esta fragua encendamos nuestros tibios corazones. La devocion al Sagrado Corazon de Jesus, dice el devotísimo Lanspergio, es un medio el mas eficáz pa-

ra encendernos presto en el amor de Dios. No puedo ménos que concluir esta leccion exhortándoos á la práctica de esta devocion con las mismas palabras de este gran maestro de la vida espiritual. „Tened, nos dice, un grandísimo cuidado en ejercitaros continuamente en actos frecuentes de una constante devocion al amable „Corazon de Jesus, todo lleno de amor y de misericordia para con nosotros; por medio de él „pedid cuanto deseais conseguir; por él y en él „ofreced al Eterno Padre todo cuanto hiciereis: „porque este Sagrado Corazon es el tesoro de todos los dones sobrenaturales y de todas las gracias. Es, por decirlo así, el camino por el cual „llegamos mas presto á Dios, y por el cual el mismo Dios se comunica mas libremente á nosotros. „Por lo que yo os aconsejo á colocar en aquellos lugares que mas frecuentais, alguna devota „imágen de este adorable Corazon, cuya vista „os recuerde vuestras santas prácticas de devocion, y os mueva á amarlo siempre mas. Cuando os sintiereis movido de una mas tierna devocion, podréis besar la dicha imágen con los „mismos sentimientos con que besarais el mismo Corazon Sagrado de Jesucristo nuestro „Señor. A este Sagrado Corazon debeis continuamente esforzaros para unir el vuestro, no „queriendo tener otros movimientos ni otros deseos que los suyos, persuadiéndoos que el Espíritu y el Corazon de Jesus pasan, para decirlo „así, al vuestro, y de estos dos corazones se hace uno solo.... Este solo Corazon debe ser vuestro asilo, en el cual debeis refugiaros en todas „vuestras necesidades para sacar de él el reme-

dio y consuelo que necesitáreis. Porque aun cuando todos los hombres os abandonaran y de vos se olvidasen, Jesucristo es el único amigo fiel; él os conservará siempre en su Corazon. Huid de él, descansad en él: los otros pueden engañaros, y de hecho os engañan. El Corazon Santísimo de Jesus es el unico que sinceramente os ama, y el único que jamas os engañará. [*Lansp Phuret, divin. amor.*]"

Leccion de Kempis Lib. 2. c. 8.

MEDITACION PARA FEBRERO.

Sobre la fuerza del amor del Corazon Santísimo de Jesus en la institucion del Sacramento del Altar.

El Señor que es misericordioso, y está lleno de clemencia, eternizó la memoria de sus maravillas, cuando en el desierto *dió* el *alimento* necesario *á los que le temian.* Salmo cx. 4.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, los prodigios que al último de su vida obró tu divino Redentor para mostrarte la grandeza de su amor. Este amor lo obligaba á morir por tí; pero este mismo amor no le permitia separarse de tí y dejarte sola en este valle de lágrimas. Pero ¿cómo ha de ser? La hora habia ya llegado, su muerte estaba ya decretada, y el tiempo se habia ya cumplido: el amor y obediencia á su Eterno Padre lo llamaba al cielo, y el amor á los hombres lo detenia en la

tierra: quisiera irse por obedecer; pero no quisiera separarse de nosotros. El amor es ingenioso, y cuando es grande sabe vencer imposibles. En este conflicto de su amante Corazon, su sabiduría infinita encontró la manera de partirse y quedarse al mismo tiempo; su amor venció todas las dificultades, y su poder obró el mayor de los prodigios.

Contémplalo, alma mia, y pondera los sentimientos que tendria este amante Corazon en aquella noche triste, última de su vida santísima, en que habia de ser entregado en manos de sus enemigos para la muerte. Miralo como cansado despues de haber lavado los piés con tanta humildad y caridad á sus dicipulos, vuelve á sentarse con ellos á la mesa; suspira, viendo que ya era la última vez que con ellos cenaba: los mira á todos con una vista tan tierna y penetrante, que bien conocieron que meditaba hacerles algun favor extraordinario: toma en sus manos un pan de los que habian sobrado: levanta los ojos al cielo, da gracias á su Eterno Padre por todos los beneficios que habia hecho á su humanidad santisima, y particularmente por el que iba á hacer entonces á todo el mundo: lo bendice, y dividiéndolo en tantas partes cuantos eran los presentes, *Tomad*, les dice lleno de amor, *y comed, que este es mi Cuerpo:* convirtiendo al mismo tiempo con su infinito poder la sustancia de aquel pan en su propio Cuerpo.

Los Apóstoles no dudaron que en aquel bocado de pan recibian al mismo Cuerpo de su divino Maestro, porque el que se los aseguraba era la eterna verdad, ¿Con cuánta fé lo recibiria San

Pedro? ¿Con cuánto amor San Juan? ¿Con cuánta reverencia todos los otros? ¿Tú, alma mia, crees cuando comulgas, que bajo las especies de pan recibes el adorable Cuerpo de tu divino Redentor, aquel mismo que por tu amor fué clavado en la cruz? Si así lo crees, ¿con qué disposiciones, con qué reverencia, con qué amor lo recibes? Tanto prodigio obrado con tanto amor para tu bien, ¿aun no te mueve á apreciar un don que es sobre todo don?

¡O Sacramento admirable! ¡O prodigio de amor divino! ¡O Corazon santisimo verdaderamente tan amante como sábio y poderoso! ¿Hasta dónde, Jesus mio, llegan las invenciones y prodigios de vuestro amante Corazon para haceros amar de los hombres? Razon tenia vuestro Profeta cuando convidaba á todas las criaturas para que publicaran en todas las naciones los prodigiosos efectos de vuestro amor. ¿Quién podrá, Señor, resistir á tanta fineza? ¿Cómo yo conociéndolo, no me deshago en amor vuestro? ¿Por qué no os amo, mi Dios, cuando por este beneficio solo mereceis ser amado? Unica y solo bien de mi alma, ya que tanto hicisteis para no separaros de mí, no permitais, Senor, (por vuestro Corazon os lo pido) que yo me separe un instante de vos. He encontrado á mi amado, lo poseo ya en la Eucaristia, y no lo dejaré mas.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia los grandes prodigios y las inmensas finezas que tu celestial Esposo obra en este Sacramento para mostrarte la grandeza

de su amor. Ellos y ellas son tales y tantas, que con ser Dios infinitamente poderoso y liberal, parece que ha agotado en solo este Sacramento los tesoros de su liberalidad y potencia; y con razon, porque si en él se nos dá Dios todo á sí mismo, ¿qué cosa mejor ó mayor puede ya darnos? Me atrevo á decir, dice san Agustin, que siendo Dios poderosísimo, no nos puede dar mas de lo que nos dá en la Eucaristía.

En este solo misterio renueva Jesucristo todas las finezas que en los otros nos habia hecho, ¿Qué amor tan estupendo no nos mostró en la Encarnacion, qué ternura en su nacimiento, qué bondad en todo el tiempo de su vida mortal, y qué exceso de caridad sacrificándose por nuestro amor en la cruz? Mas todas estas finezas, todas estas pruebas del amor y ternuras de su Corazon santísimo, ¿no las tenemos unidas en la Eucaristía? Jesucristo en la Encarnacion tomó la figura de siervo para redimirnos: aquí toma la de pan para sustentarnos. Nació pobre en un pesebre; aquí se puede decir que renace todos los dias en nuestras almas, tal vez mas indignas que un pesebre por el pecado: vivió por treinta años oculto y retirado: siglos ha que está en la Eucaristía oculto y encerrado en pobres sagrarios: se sacrificó una vez sola en el Calvario por redimir á los hombres; y aquí se sacrifica millares de veces al dia por nuestro amor. La Redencion del género humano estaba ya perfectamente concluida, la divina Justicia enteramente satisfecha, y su Eterno Padre infinitamente glorificado. ¿Qué otro fin, pues, pudo tener Jesucristo para quedarse Sacramentado, sino satisfacer al

amor inmenso de su Corazon santísimo para con nosotros? ¿Y qué otro fruto puede recoger de estas finezas, sino el gusto y complacencia que tiene en sacrificarse continuamente por nuestro bien á su Eterno Padre? ¿En unirse á nuestras almas, en santificarnos, vivificarnos y comunicarnos todos sus bienes?

¡O Dios grande, Dios infinitamente misericordioso! ¿y qué os queda ya que darme para ganaros mi amor, cuando en este Sacramento me habeis dado vuestro Cuerpo, vuestra Sangre, vuestra alma y vuestra divinidad? Si un don tan grande no apaga mi avaricia, ¿qué cosa podrá apagarla? Si una fineza tan singular no rinde mi corazon, ¿qué podrá rendirlo? Si un amor tan excesivo no me mueve á amaros, ¿qué podrá moverme? ¿Cómo es posible, Redentor mio amantísimo, que habiéndome vos dado tanto, yo hasta ahora no os haya dado nada? ¿Que habiéndome amado con tanta ternura, yo os haya amado tan poco? ¡Cómo he sido tan insensible á los amorosos sentimientos de vuestro Corazon? Yo, que á la menor fineza, al menor cariño que me muestra una criatura, me prendo y me deshago para corresponderle, ¿solo con vos he de ser la ingrata y desconocida? Vos pensasteis sin cesar en hacerme bien, hasta haberos hecho mi manjar y sustento: sin cesar me habeis amado. Todos los sentimientos de vuestro Corazon han sido y son para conmigo sentimientos de amor y de ternura. ¿Y yo no pensaré en vos? ¿Os podré olvidar? ¿Podré dar á otro mi corazon? ¿No tendré para con vos mas que tibieza, frialdad é indiferencia? ¡Ay Jesus mio! no permitais en mí tanta ingratitud. Muera yo

una y mil veces: vuélvase á la nada este mi corazon, si ha de estar mas tiempo insensible á vuestras finezas. Para qué lo quiero y para qué me sirve, si con él no os he de amar. Me habeis hecho, Señor, en este Sacramento de amor el presente mas precioso y el favor mas señalado que cabia en vuestro infinito poder.

Pues, Señor, ya que tanto me habeis dado, y tanto por mi bien habeis hecho, completad, Jesus mio, las obras de vuestra misericordia, y dadme lo que me falta para ser eternamente feliz, que es vuestro amor. Amor, Redentor mio, amor os pido; pero un amor grande, constante y tierno: un amor que me haga olvidar y aborrecer todo lo que no sois vos; un amor que me haga toda vuestra, como vos sois todo mio; un amor que recompense el que hasta aquí no os he tenido. La mayor parte de mis años se han malogrado por no haberos amado: no será así de los que me faltan; pues quiero y propongo amaros de aquí adelante. Yo os amaré, adorable Corazon de mi amado Jesus, herido en la cruz por mis pecados, y herido en la Eucaristía por mi amor. Vos solo sereis en lo que me resta de vida, la escuela en que aprenderé á amar á mi Dios, el refugio en que buscaré el consuelo en todas mis aflicciones, y el descanso en todos mis trabajos. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon santísimo de Jesus amó tanto á los hombres, que por bien de ellos ha obra-

do tantos prodigios en este Sacramento, y diariamente se sacrifica á su Eterno Padre por ellos; toda su vida santísima la empleó en servirlos y hacerles bien. Antes de instituir este Sacramento, lavó los pies no solo á S. Pedro, á S. Juan y á los otros discípulos que le eran fieles, sino lo que mas es, al traidor Judas. ¡Qué ejemplos tan lindos para imitarlos! Imítalo tú, y ejercítate este mes en obsequiar y servir por su amor a tus hermanas, no solo á las que te estiman y hacen pien, sino tambien á las que en alguna manera te hubieren ofendido. No lo haces por ellas, sino por dar gusto é imitar á tu celestial Esposo que te lo manda, y que te ha dado el ejemplo de como debes hacerlo.

2. El Corazon santísimo de Jesus se ve ofendido y despreciado en el Sacramento del Altar, de los hereges, y de todos aquellos que voluntariamente ciegos no quieren conocerlo y adorarlo presente en la Eucaristía. Llora tú con amargas lágrimas esta ceguedad, y los desprecios hechos á tu divino Esposo. Desea lavar con ellas tanta iniquidad. Confiésalo, y adóralo repetidas veces en el Sacramento del Altar; y en recompensa de estas injurias, ofrécele las adoraciones todas de los angeles y de los santos, deseando tú adorarlo con todas ellas. Pídele ardientemente por la conversion de los hereges, para que todos unidos en espíritu de caridad, lo amen y confiesen.

ORACION AL DIVINO HIJO

PARA PEDIRLE SU AMOR.

Amantísimo Jesus, Dios y hombre verdadero, Señor y Redentor mio, fuente de todos los bienes que poseo y espero: luz del mundo, único y seguro camino que nos conduce al Eterno Padre: verdad infalible que nos desengaña y libra de todo error: puerta de la vida eterna por el que cualquiera que entra será salvo y bienaventurado: origen del divino amor, que por tantos siglos escondido en el seno del Eterno Padre, lo descubristeis al mundo, haciendo resplandecer en vuestro Corazon todas las riquezas de la bondad y de la misericordia de un Dios no conocido hasta entonces de los hombres; haced, Salvador mio, que se cumplan en todos vuestras divinas promesas, que todos os glorifiquemos, sirvamos y amemos como vos mereceis: encended en nuestros corazones aquel divino fuego que trajisteis al mundo, para que purificados de todos terrenos afectos, otra cosa no reine en ellos que vuestro amor: y que este amor sea tan ardiente, que nos haga perfectamente morir al mundo, á la carne, á nosotros mismos y á todo lo que no sois vos, para que solo á vos amemos, para solo vos vivamos, y en solo vos muramos. Que vives con el Padre y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén.

MARZO.

LECCION ESPIRITUAL.

Los ardientes deseos que tiene el Corazon santísimo de Jesus, son un poderoso motivo para amarlo.

Me has herido el Corazon, hermana y esposa mia. Abreme el tuyo, amiga mia, paloma mia. (Cantic. IV. 9 et V. 2).

Yo no sé si á tan dulce y suave convite del Esposo mas amable, pueda una religiosa resistir, y no abrirle las puertas de su corazon; pero sí sé, que si pensaramos bien quien es el que nos convida, y los inmensos bienes á que nos convida, no digo un corazon miserable, millares de corazones que tuvieramos, todos se los franquearíamos, aunque no fuese mas que por satisfacer á nuestro amor propio. Verdaderamente es cosa que pasma, ver á un Dios infinitamente grande tan solícito y empeñado en que lo amemos, cuando para nada nos necesita, y ver una criatura miserable resistirse tanto á amar un bien, que la hará eternamente feliz, y que es por sí solo infinitamente amable.

Cuatro son los motivos que pueden hacernos desear ser amados de los hombres, y que nos empeñan á solicitar su amistad; ó el placer y complacencia que en esto encontramos, ó la utilidad que de

ellos esperamos, ó el honor que nos resulta, ó la estimacion y aprecio del mundo en que semejantes amistades nos ponen. Ninguna de estas razones pueden obligar á Dios á desear la amistad de los hombres, y todas ellas obligan al hombre á solicitar la de Dios. Prescindamos por un momento de la bondad esencial del Corazon santísimo de Jesus, que es de todo este amor el origen; ¿qué placer, qué utilidad, qué honor y qué conveniencia puede encontrar Jesucristo en que lo amemos? Cuando ningun hombre lo amara ¿sería por esto ménos feliz, ménos grande y ménos glorioso de lo que ahora lo es? No ciertamente; que para ser Dios quien es, no necesita de otro que de sí mismo. Pregunto, ¿y el hombre qué será sin la amistad de Dios? la criatura mas desdichada, el ente mas infeliz de todo lo criado, y que mejor le estuviera haberse quedado en el abismo de la nada. Con todo, este no desea, ó á lo ménos no solicita la amistad de Jesus, y Jesus desea y solicita la del hombre con tanto ardor, que no parece (segun dice Santo Tomas) sino que en esta amistad consiste toda la felicidad de Jesus, y que el hombre es el Dios de Jesus.

Cuando Dios no hubiera hecho otra cosa á favor nuestro, que concedernos que lo amásemos, esta sola condescendencia seria para nosotros de una suma dicha y digna de un eterno reconocimiento. Porque en realidad, ¿quiénes somos nosotros para podernos merecer un bien, que es el mayor de todos los bienes, cual es el de amar á Dios? Con todo, Jesucristo no solo nos concede que lo amemos, lo desea, lo quiere, nos lo manda, nos amenaza si no lo amamos, y nos prome-

to eternos bienes si lo amamos; no solo quiere que lo amemos, quiere que se lo mostremos, y que se lo digamos.

La magestad y grandeza de los soberanos de la tierra imprime tal respeto y veneracion en los súbditos, que si no les prohibe el amarlo, les impide á lo ménos manifestárselo; y un pobre vasallo que se atreviera á decirle á su rey: *Señor, te amo*, seria tenido por un temerario y descortés. Solo Jesucristo, Rey de reyes, en cuya comparacion todas las potencias y magestades de la tierra son como la nada respecto del todo, no solo no se ofende, sino que lo solicita, se complace, y positivamente quiere que le digamos: *Dios mio, te amo;* y con cuanta mayor confianza se lo dijéremos, tanto mayor será su agrado y regocijo.

Tanta es la grandeza de Dios, y tanta la bajeza dél hombre, que el real Profeta se maravillaba de que una magestad tan grande se dignase de acordarse de una criatura tan vil. ¿Quién es el hombre, Señor, para que os acordeis de él? El Santo Job se pasmaba al ver que la bondad de Dios se bajara tanto, hasta amar con todo su corazon una criatura tan despreciable como el hombre. ¿Qué diremos pues, al ver que Dios no solo ama á esta criatura hasta darle su Corazon, sino que quiere y con tanta ansia solicita ser amado de ella? ¿Qué otra cosa significan aquellas amorosas inquietudes y tiernas espresiones con que en los sagrados Cantares, el Esposo que es figura de Jesucristo, convida á su esposa á amarlo y á abrirle las puertas de su Corazon?

¿En cuantas maneras el divino Redentor nos muestra en su Evangelio, ya con palabras, ya con

hechos, sus amorosos transportes para con los hombres, y sus ardientes deseos de ser de estos amado? Esto nos significa aquella solicitud con que este divino Pastor dejando las noventa y nueve ovejas, vino del cielo á la tierra en busca de la que se le habia perdido: esto el gran sentimiento y dolor que muestra por su pérdida, y esta la suma alegría que muestra en haberla encontrado. Esto tambien nos significó cuando muriendo en la cruz exclamó diciendo: *Sed tengo*, no tanto para demostrar la *sed* corporal que lo atormentaba, cuanto para manifestarnos los ardientes deseos en que su Corazon santísimo se consumia de ser amado de los hombres. Y con todo, Redentor divino, amante el mas fino de los hombres, ¿no habrá quien os consuele, y con su amor os refrigere los ardores de tanta sed?

Gusta y desea tanto Jesucristo ser amado de los hombres, que parece no se contenta con saberlo, quiere tambien oirlo de la boca de ellos. Bien sabia cuanto lo amaba San Pedro, y con todo, por tres veces se lo pregunta: Simon, hijo de Juan, ¿me amas? Si á cada uno de nosotros en particular hiciera el Divino Redentor semejante pregunta, podriamos responderle con la misma verdad y franqueza con que le respondió San Pedro: Vos bien sabeis, Señor, cuanto os *amo*. ¿Los secretos efectos de nuestros corazones, nuestras obras todas no desmentirian semejante protesta? Porque, si verdaderamente lo amáramos, como tantas veces se lo decimos, ¿pensarianos tan poco en él, en su honor, en sus intereses? ¿Seriamos tan negligentes en su servicio, tan poco zelosos de su gloria, tan

descuidados en darle gusto y hacer su voluntad? ¿Veriamos con tanta indiferencia los ultrajes é injurias que por nuestro amor sufre en el augustísimo Sacramento del Altar? ¿Sentiriamos tan poco haberlo ofendido tantas y tan repetidas veces? ¿Tendriamos tan pocos deseos y tanta negligencia en recibirlo en nuestros pechos? ¿Se nos haria tan pesado el obedecer sus preceptos, imitar sus virtudes, seguir sus ejemplos y abrazarnos con su cruz? No, responde S. Juan; porque el verdadero amor á Dios consiste todo en la fiel observancia de sus preceptos, y al verdadero amante nunca le es pesado odedecer al amado y hacer su voluntad.

¿Qué no ha hecho, y qué no ha dicho Jesucristo para mostrarnos sus ardientes deseos de que lo amemos? Nos obliga con infinitos beneficios, nos convida con sus riquezas, nos solicita continuamente con sus inspiraciones, finalmente nos manda que lo amemos con todo nuestro corazon. y nos amenaza con la muerte si no lo hacemos. ¿Cómo (exclama aquí S. Agustin) cómo, Señor, me mandais que yo os ame, y si no os amo me amenazais con la muerte? ¿Qué necesidad hay de este precepto, cuando sois por vos mismo infinitamente amable? ¿Qué cosa mas dulce y mas suave que vuestro amor? Qué mayor felicidad puede haber, que amaros? ¿Por qué me amenazais con el infierno si no os amo? Puede haber mayor infierno que no amaros? Si los condenados en medio de sus tormentos os amaran, el infierno seria para ellos un celestial paraiso; y si los bienaventurados en medio de sus delicias no os amaran (si delicias puede haber sin amaros), el cielo seria para ellos un infierno. Yo, Señor, os

amo, y no por temor del castigo con que me amenazais; os amo, porque sois infinitamente amable; os amo, porque para mí el no amaros seria un tormento mayor que mil infiernos. Tales eran los sentimientos de esta gran antorcha de la iglesia; ojalá y tales fueran los nuestros.

Yo no dudo que no haya cristiano, mucho menos persona religiosa, que no desee amar ardientemente á Jesus; pero tampoco entiendo cómo deseando nosotros este amor, y deseandole mas que nosotros Jesucristo, con todo no lo amamos como deseamos. Yo pienso que no sea otra la razon sino que nuestros deseos no son eficaces, como lo son los de Jesucristo. Jesus ha hecho todo lo posible por grangearse nuestro amor, y nosotros no hacemos nada para conseguirlo, aun cuando él mismo nos lo está ofreciendo. Sucede muchas veces hallarse una madre con los pechos cargados de leche deseando encontrar á un niño que mamándole le alivie de aquel peso. Cuántos niños hay al mismo tiempo que otra cosa no desean que alimentarse de esta leche; pero no lo consiguen, porque resisten echarse en los brazos de una madre que no conocen, y faltos de razon no comprenden á qué los convida, y así uno y otro se quedan con sus deseos sin poderlos efectuar. No de otra suerte sucede en nuestro caso. Está Jesucristo, como lo vió S Juan, con una faja de oro que sostenia sus pechos llenos de leche, y convidándonos á todos parece que nos dice: *Venid á mí, que yo como tierna madre os recibiré en mi seno, os abriré mi pecho, y en él os consolaré.*

Si deseamos pues amar á nuestro Dios, acer-

quémonos al pecho de nuestro divino Redentor como un niño se tira á los de su madre, como lo hacia Santa Catalina de Sena; y en él encontrarémos este amor que andamos buscando. El mismo Señor nos convida, y abriéndonos su pecho, nos muestra su abrasado Corazon, para que con la vista sola de este amoroso incendio, se enciendan en el mismo fuego los nuestros. Y á la verdad, ¿cómo podrá un hidrópico acercarse á una fuente con que se le convida, y no beber de sus aguas? ¿Cómo un hambriento sentarse á una mesa, en que se le sirven los manjares que mas desea y no saciarse? ¿Cómo un friolento llegarse á un incendio, y no calentarse? ¿Y cómo podrá una alma deseosa de amar á Jesus, internarse en su adorable Corazon por medio de una tierna devocion, sin encenderse en su amor?

Ah! que al contemplarlo no podrá ménos que decirse á sí misma: He aquí el Corazon de mi Esposo y de mi Redentor todo abrasado en aquel amor que el mismo Dios me tiene, y siempre lleno de aquellos sentimientos de misericordia, á los cuales yo debo mi redencion y cuanto bien tengo. Este es aquel Corazon á quien mis iniquidades causaron dolores tan acerbos, que por expiarlas, sufrió en el huerto una mortal agonía; que estando para morir en la cruz deseaba tanto mi salvacion y mi amor, que exclamó diciendo que de esto tenia sed. Dándome con esto á entender que si este Dios amante hubiera tenido cosa mas preciosa que su sangre y su vida, la hubiera dado para abrirme el cielo y grangearse mi amor. Este es aquel Corazon, cuyo amor empeñó a Jesus á instituir antes de su pasion un sacramento

que lo tendria siempre presente entre nosotros para ser nuestro sustento, nuestro confortativo y nuestra consolacion: un sacramento en que se nos da, y comunica todo á *sí mismo*, y nos une estrechamente con Dios: un sacramento en que diariamente se ofreciese en sacrificio á su Eterno Padre en satisfaccion de nuestros pecados.

¿Y una esposa podrá renovar tan tiernas memorias de su esposo, sin sacar por consecuencia que está obligada á la correspondencia de un recíproco amor? ¿Cómo podrá negarse á un Dios que enteramente se sacrificó por ella? ¿Un corazon tan sensible á las criaturas, tan reconocido á los menores beneficios, solo será duro para con el Corazon de tan fino Esposo, de tan amable Redentor? Esposas ingratas, ¿qué amor, qué perfecciones, qué cualidades, qué finezas, qué correspondencia podeis desear en un amante, que no las tengais en este? ¿Qué le falta para ser infinitamente amable, infinitamente digno de vuestro amor? *No, Redentor mio amantísimo*, que no es posible: vos solo sois el objeto mas amable que puede haber en el cielo y en la tierra: á vos solo quiero amar, y vos solo sereis de aquí adelante el objeto de mis amores, el Dios de mi corazon, el dueño de mi voluntad y el único bien de la alma mia.

Leccion de Kempis, Lib. 4. cap. 14.

MEDITACION PARA MARZO.

Sobre los ardientes deseos del Corazon santísimo de Jesus, en estar continuamente con los hombres en el Sacramento del Altar, y unirse estrechamente con ellos.

Mis delicias son estar con los hijos de los hombres, (Prov. cap. VIII); *y estad ciertos que yo permaneceré siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos.* (S. Mateo, cap. XXVIII.)

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, que treinta y tres años que vivió tu divino Redentor con los hombres, no le parecieron bastantes para apagar los deseos que tenia de estar en su compañia. Jesucristo nos ama mucho; y como quien mucho ama desea estar continuamente con el amado, para conseguir esta compañia aun acá en la tierra. Jesucristo obró el mayor de los milagros en la institucion de la Eucaristía. No pudo sufrir este abrasado Corazon término en el exceso de su amor. *No os aflijais, hijos mios*, dijo una vez á sus apóstoles, y en ellos á todos nosotros, *que yo me parta de vosotros para ir á mi Padre: mi Corazon desea con mucho mas ardor estar con vosotros, que lo que deseais vosotros estar conmigo: yo os hago saber que mientras hubiere hombres en la tierra, estaré siempre con ellos, porque estas son mis delicias.* ¡O Corazon verdaderamente amante! ¡O amor incomprensible! Si Jesucristo cuando vino la primera vez al mun-

do, hubiera sido recibido de los hombres mejor de lo que fué: si mientras vivió en la tierra hubiera sido de los hombres amado, respetado y servido como merecia, grande fuera aun con todo la fineza de quedarse con ellos, porque al fin era fineza de un Dios hecha á una criatura. Pero que habiendo sido tan mal recibido, y tan maltratado de los hombres como sabemos que lo fué, con toda esa experiencia Jesucristo desée con tanto ardor estar siempre con los hombres, y que proteste que en esto tiene sus delicias: este sí que es un amor tan grande, que excediendo todo lo criado, solo cabe en un corazon divino!

No es Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía mejor tratado de los malos cristianos, que lo fué de los judios; con todo, permanece constante dia y noche sobre nuestros altares, esperando y llamando á los hombres para hacerles bien; todos los dias se sacrifica por ellos millares de veces. ¿Mas cuál es la correspondencia, cuál la fidelidad, cuál el amor de los hombres para con Jesus Sacramentado? Ya la vemos; desprecios, frialdad, indiferencia, tibieza, irreverencias y sacrilegios, son los frutos que este amabilisimo Salvador recoge de los hombres con sus finezas. ¿Son estos los que recoge tambien de tí?

Que Jesucristo sin tener necesidad alguna de los hombres los ame tanto, que por su amor quiera estarse con ellos hasta el fin del mundo: que siendo tan mal correspondido proteste que en ellos tiene sus delicias, es cosa que admira y que sorprende! Pero que los hombres que no pueden tener algun bien sin Jesucristo, lo amen tan poco que ni siquiera media hora pueden estar en su

presencia sin fastidiarse, es cosa que espanta y que no se entiende. ¿No me sucede á mí tambien esto? Cuando se ama á una persona, se siente gusto y complacencia de estar y tratar con ella. ¿La siento yo cuando estoy en la presencia de Jesus? ¿Podré decir con verdad, que todas mis delicias las tengo en este divino Sacramento, en visitarlo, en adorarlo, en recibirlo? Mas si esto digo con verdad, ¿por qué lo visito tan pocas veces? ¿por qué me canso tan presto en su presencia? ¿por qué una Misa de media hora se hace tan larga? ¿por qué lo recibo tan pocas veces y con tanta tibieza? ¿y por qué ando buscando tanta escusá y pretesto para exceptuarme aun de las pocas de regla?

¡Ah! Bien mio Sacramentado, qué consecuencia puedo sacar de esto sino que no os amo ni aun como yo creia que os amaba. ¿Es esta la correspondencia que se debe á vuestro amor? ¿así pago vuestras finezas? No hay persona á quien por poco amor que me tenga no me le haya mostrado mas agradecida; ¿y solo con vos he de ser la ingrata? Perdonadme. Redentor mio, esta ingratitud, y por vuestro Corazon santisimo, dadme gracia para seros de aquí adelante mas agradecida,

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como tu divino Redentor no solo instituyó este Sacramento para estar siempre en tu compañia, sino lo que mas es, para unirse mas estrechamente contigo. La union de los corazones es el último efecto, y se pue-

de decir el fin principal de todo amor. El que Jesucristo te tiene y te muestra en este Sacramento no aspira á otra cosa, sino á poseer enteramente tu corázon; para esto te dá todo el suyo en la Eucaristía, para que tú en correspondencia le des todo el tuyo. El corazon es indivisible, no puede ser de dos señores, porque se verá necesitado á dejar el uno por el otro; y así, ó lo has de dar todo á Jesus, ó no le das nada. Puedes darle tus potencias, tus sentidos, tu cuerpo y todos tus bienes; pero para nada los quiere sin tu corazon. De todas las otras cosas es dueño absoluto, y puede hacer de ellas lo que gustare sin esperar nuestro consentimiento; solo el corazon podemos decir que sea únicamente nuestro. Dios nos lo dió para que dispongamos de él á nuestro albedrio, y no quiere forzar nuestra voluntad: se contenta con solicitarlo, con atraerselo con finezas, con gracias, con favores y con amor: nos lo pide porque lo quiere; pero no lo toma si libremente no se lo damos. Qué dices, alma mia, ¿quieres ó no quieres dárselo? ¿Y por qué no?

El negárselo seria la mas abominable ingratitud. Jesucristo para ganarse este miserable corazon se me dá todo á sí mismo en la Eucaristía, el deseo de que yo sea toda suya lo ha obligado á este extremo. Si he podido resistir á todos los otros beneficios que me ha hecho, ?podré resistir á este? ¿Y si á este resisto, ¿qué esperanzas me quedan de ser de Jesus? Jesus con ser Dios infinitamente poderoso, no tiene ya cosa mejor que darme cuando se me ha dado á sí mismo. ¿Qué mejor don puedo yo esperar? ¿A qué mayor bien puedo aspirar que á posser y ser poseida de un

bien infinitamente grande, infinitamente bueno, infinitamente amado? Todo esto consigo en el instante que yo sacrifique á Dios todo mi corazon: ¿y me privaré de todo esto por conservar en mi corazon un vil afecto, un inmundo placer, un pasagero gusto? ¿No seria yo una loca, una insensata, si por tan poco perdiera tanto? ¿Qué dices, alma mia, damos todo el corazon á Jesus? Sí, Redentor mio amabilísimo, vuestro es ya desde este instante todo mi corazon, y vos solo sois su Dios y su único dueño.

Piensa, alma mia, que la donacion está ya hecha y aceptada. Ya no soy nada mia; el corazon que era únicamente de lo que podia disponer, es ya todo de mi Dios; yo libre y espontaneamente se lo he dado: quitárselo ahora, seria á mas de ingratitud, una nueva infidelidad é injusticia, seria un nuevo ultraje á quien no merece sino mi amor, mi gratitud y mis respetos. Mas ¡ay! ¡cuántas veces se lo he dado y se lo he vuelto á quitar para dárselo á las criaturas! ¡Cuantas veces le he prometido ser toda suya, no amar otra cosa que á él, no tener otra voluntad que la suya! Mas todos estos propósitos, que entónces me parecian tan fervorosos y eficaces, ¿á dónde se han ido, alma mia? ¿á dónde aquellas promesas de vivir mas retirada de las cosas del mundo, de ser mas observante, mas humilde, mas paciente? ¿De abandonar aquella amistad que tanto me distrae, aquel rencor que tanto me inquieta? ¿De ser mas modesta y devota en el coro, mas atenta en la oracion y mas solícita en las cosas espirituales? ¿Cómo las he cumplido? Apenas las hice, cuando de ellas no me volví á

acordar. ¡Ah corazon infiel é inconstante! ¿y será esta vez así? ¿Esta donacion que ahora hago á mi Esposo, será tan inconstante como las pasadas?

¡Ah! no, Jesus mio, tal en mí no permitais, Si vos no me ayudais, ó Corazon santísimo de mi amado Esposo, yo soy perdida; sin vuestra gracia nada puedo, y con esta todo lo espero. De mi miseria no teneis que esperar sino ingratitudes é infidelidades. Pero si vos quereis (como no dudo) ayudar mi flaqueza con vuestra divina gracia, espero seros de aquí adelante mas fiel y mas constante de lo que hasta aquí he sido. Por ahora, Jesus mio, os doy todo mi corazon sin reserva alguna, y os lo doy para siempre. Si alguna vez quisiere ciega volver á quitároslo, no me lo volvais, ni permitais que de vos se aparte un instante: haced que en todo os dé gusto, y en todo cumpla vuestra voluntad santísima.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon santísimo de Jesus está continuamente ardiendo en vivos deseos de unirse á nuestras almas. Tú, á imitacion suya, y para corresponderle, ejercítate este mes en deseos de unirte estrechamente con él: pero que sean deseos eficaces, haciendo cuanto está de tu parte para conseguirlo. Examina desapasionadamente tu corazon, que te costará poco, porque él luego te dirá cual es el afecto que en él reina, y que te impide esta union: luego que lo conozcas, declarale la guerra como á tu mayor enemigo, que lo es en

realidad, por inocente que tu amor-propio te lo pinte, pues te priva del mayor bien á que puedes aspirar. Por ardua y dificil que te parezca la victoria, no tengas miedo, recurre al Corazon santísimo de Jesus, que él te ayudará á desterrar ese enemigo del puesto que él desea ocupar. Te parecera tal vez imposible vivir sin el tal afecto; pero no lo creas: apénas te desharás de él, que sentirás un inexplicable consuelo, señas de que ya Jesucristo está en tu corazon.

2. El Corazon santísimo de Jesus en el sacramento se ve ofendido de la poca frecuencia y del corto número de los que lo reciben: Consuélalo tú con comulgar las mas veces que pudieres y con las mejores disposiciones, siempre con la aprobacion de tu padre espiritual y licencia de tus superiores. Con esto corresponderás á los amorosos designios que tuvo Jesucristo en la institucion de este adorable sacramento, que por medio de él quiso unir nuestros corazones al suyo; y cuanto mas y mas fervorosas fueren nuestras comuniones, tanto mas crecerá y se estrechará esta union. Llégate, pues, con la mayor frecuencia que fuere posible á esta divina mesa á recibir en tu pecho al amado de tu Corazon, para corresponder al ardiente deseo que tiene de unirse contigo, para ofrecerle su misma persona en accion de gracias por este beneficio, para reparar en cuanto se pueda con vuestros actos de virtud y vuestro fervor la frialdad de tantos cristianos en recibirlo, y sobre todo, para crecer siempre mas en el amor de Jesucristo. Esta práctica enseñó el mismo Redentor á su sierva la venerable Margarita Alacoque, á quien despues de haberle mandado que comulga-

se todas las veces que le fuese permitido, le añadió: *Y todos los viernes primeros de cada mes.*

ORACION AL ESPIRITU SANTO

Para pedirle el amor a Jesus.

Espíritu Divino, fuego ardiente de nuestras almas, amor eterno de la Santísima Trinidad, sagrado nudo que unis al Padre con el Hijo, y que procediendo de los dos, fuisteis de los dos mandado al mundo sobre los apóstoles para ser testimonio auténtico de la divinidad de mi amado Jesus, y para encender los tibios corazones de los hombres en su amor y caridad: á vos, Espíritu Santo vivificante, sin cuya ayuda ninguno puede, no solo conocer, pero ni invocar dignamente el sacrosanto nombre de Jesus, á vos recurro, y humildemente os suplico infundais en nuestros entendimientos las verdades eternas que infundisteis ya en todos los apóstoles, haciéndonos conocer claramente que Jesucristo es nuestro Dios, nuestro Salvador, nuestro Redentor y nuestro Maestro: que es el camino, la verdad, la luz y la vida de todos los hombres; que con él tenemos todos los bienes, y sin él no tenemos alguno.

Esparcid sobre todos nosotros aquella divina uncion de que sois fuente y origen, para que ella nos haga suaves los aparentes rigores de su santa ley, nos haga gustar sus divinas máximas, penetrar sus misterios, abrazar su cruz é imitar sus virtudes; y sobre todo, inflamad nuestros corazones de vuestro fuego divino, para que constantemente lo amemos sobre todas las cosas. Haced

que así como por vos el Padre se une con el Hijo, por vos tambien el Padre y el Hijo se unan con nosotros, y nosotros vivamos siempre unidos con Jesus.

Ven, Espíritu Creador é increado,
Visita de tus siervos las potencias,
Llena de tus divinas influencias,
Y de gracia las almas que has criado.
Concédenos que al Padre conozcamos
Por tí, y al Hijo amado confesemos,
Y á tí, Espíritu de ambos, veneremos,
Y en todo tiempo firmes te amemos. Amén.

ABRIL.

LECCION ESPIRITUAL.

Las relaciones que tiene Jesucristo con nosotros, son poderosos motivos para amarlo sobre todas las cosas.

Te aviso, hermana carísima, que debemos amar á Dios mas que á nuestros padres. ¿Por ventura no es él nuestro Padre que nos posee, que nos hizo y que nos crió? S. Bernardo c. XII. Deut. 32.

Parece ser ley de naturaleza amar á todas aquellas personas con quienes tenemos algunas relaciones, y tanto mas crece este amor, cuanto estas son mayores y mas estrechas. Aman los padres naturalmente á sus hijos, los hijos á sus padres, los maridos á sus mugeres, los hermanos á sus hermanas, los amigos á sus amigos, y así de todos los otros. ¿Mas qué digo á las personas? aun á un vil animalito: basta que este en algun modo sea nuestro, que luego lo preferimos á todas las otras cosas que no nos pertenecen. Son estas relaciones como ciertos atractivos ó cadenas ocultas, que casi sin conocerlo nos ligan unos con otros. Si buscamos la razon, yo no encuentro otra sino nuestro amor propio; pues como nos amamos naturalmente á nosotros mismos, amamos por consecuencia todo aquello que es nuestro, y en algun modo nos pertenece. Mas si esto es así, ¿como siendo Jesucristo tan nuestro, y teniendo con nosotros tantas relaciones, no le amamos? ¿Es

posible que este solo infinitamente amable objeto ha de ser la excepcion de esta ley tan universal?

Jesucristo, cuyo amante Corazon ardientemente desea ser amado de los hombres, no ha dejado (como suele decirse) piedra por mover para conseguirlo. Sabiendo bien el atractivo que tienen estas relaciones para cautivarse nuestro amor, como si no bastaran las que tenia ya como nuestro Dios, quiso á costa de inmensos sacrificios tener con nosotros las mas tiernas y obligantes relaciones de Padre, Hermano, Amigo, Maestro, Pastor, Manjar, &c.; todo con el fin de que no hubiera ni en el cielo, ni en la tierra, ni en ángel ni en criatura alguna, motivo alguno de ser amado, que no lo tengamos en él con infinitas ventajas.

Tú amas al hombre, (dice admirablemente Santo Tomás), porque tiene tu naturaleza, y por este título tienes razon de amarlo; y Dios para que el hombre no tuviera este motivo de ser amado de tí, que él no tenia, se hizo hombre como tú. Si amas, pues, al hombre como tú, ama mucho mas al que siendo todo divino, se hizo humano como tú: siendo impasible é inmortal, se hizo pasible y mortal como tú, para enseñarte con sus ejemplos, redimirte con su muérte, sustentarte con su Cuerpo y Sangre, y hacer á tu alma eternamente bienaventurada con el goce de sus dos naturalezas. Dios habia criado al hombre á imágen y semejanza suya; pero no bastando esta semejanza por espiritual é invisible para que el hombre material amase á su Criador, quiso (dice San Agustin) para ser del hombre mas facilmente amado, hacerse semejante al hombre.

Aun cuando en Jesucristo no hubiera otro motivo para amarlo, que el haberse hecho de nuestra naturaleza, este solo bastaba para amarlo y apreciarlo sobre todo. ¿Qué honra y qué gloria no nos ha dado con esto? ¿Podremos ver con indiferencia y no amar á uno de nuestra misma carne y sangre en tanta gloria y honor como está en el cielo sentado á la diestra de su Padre? Aborrecian inicuámente los hijos de Jacob á su hermano José; pero apénas lo vieron exaltado en Egipto; y que era la honra y el amparo de su familia, toda la embidia se convirtió en amor y reverencia: ¿por qué, pues, no hemos de amar y reverenciar al que es el honor, la gloria y el amparo de toda nuestra naturaleza?

Aman los hijos tiernamente á sus padres porque son de su misma sangre, por lo que los quieren y por lo mucho que les deben. ¿Debemos por ventura más á nuestros padres que á Jesucristo? El amor con que Jesus nos ama es infinitamente mayor que aquel con que nos aman nuestros padres: lo que estos han hecho y obrado por darnos y conservarnos una vida temporal, no puede tener comparacion alguna con lo que Jesucristo ha hecho por darnos la vida eterna ¿Qué padre ha habido hasta ahora en el mundo tan amante de sus hijos, que haya dado por ellos su vida y derramado su sangre? Mucho debemos amar á nuestras madres, por las grandes penas que les costamos, y porque con la leche de sus pechos nos alimentaron. ¿Quien podrá ponderar los acerbos dolores y tormentos que costamos á Jesucristo cuando nos concibió en la cruz en medio de los ardores de su caridad? ¿Qué madre

ha derramado toda su sangre para salvar á sus hijos, como Jesucristo derramó la suya por salvarnos? Que haya habido madres que maten á sus hijos para sustentarse con sus carnes lo leemos en la sagrada Escritura; pero que á la contra, haya habido padres que se sacrifiquen por sustentar con sus propias carnes á sus hijos, no se ha leido, ni se leerá jamas. Fineza de esta naturaleza, exceso semejante de amor, solo es capaz de hacerlo un corazon tan apasionado por nosotros como el de Jesus. Este amorosísimo Padre, despues de haber dado su vida por salvarnos, se sacrifica millares de veces sobre nuestros altares, para alimentarnos con su Cuerpo y Sangre: y si mas tuviera que sacrificar por nosotros, ¿quien duda que lo sacrificaria?

Nuestros padres nos engendraron sin conocernos; y si ellos hubieran podido escogerse sus hijos, no hubiéramos sido nosotros los electos. No así Jesucristo que bien nos conocia, y con todo nos eligió entre millares que dejó en el ser de la nada, y que ciertamente le hubieran sido mas fieles ó ménos ingratos. Con qué providencia tan amorosa nos asiste y nos gobierna, dándonos cuanto necesitamos, no solo para nuestro bien espiritual, sino tambien para el corporal. Déseme, pues, un padre mas amante, y a quien mas debamos que á Jesucristo, y entónces convendré en que lo amémos mas: pero si no lo hay, ni lo puede haber, ¿por qué no lo hemos de amar con mas aprecio, con mas ternura que á nuestros padres?

No solamente es Jesucristo nuestro padre, es tambien nuestro hermano, habiendo tomado por eleccion nuestra misma naturaleza, esto es, nues-

tra misma carne y sangre; de manera, que siendo de una naturaleza divina, y como tal Unigénito del Padre y Dios como el, todopoderoso, inmenso, infinitamente grande, Rey de reyes, independiente y absoluto Señor de todo lo criado, no se avergüenza, dice San Pablo, de llamarnos hermanos suyos, y como hermano mayor nos ama con un amor admirable y desinteresado. Hijo único y natural de Dios vivo, era el único heredero de todos los bienes celestiales: la ternura y ardiente caridad de su Corazon para con nosotros, lo ha obligado á comunicarnos todos sus bienes, haciéndonos coherederos de su misma gloria. Cuantas veces hemos ofendido gravemente á su Eterno Padre, otras tantas hemos perdido su gracia, y con ella toda la inmensa herencia que Jesucristo con su sangre nos habia comprado. No obstante tanta ingratitud y rebeldía, Jesucristo, lleno de amor y compasion, vuelve á interceder por nosotros, nos aplica sus méritos por medio de los sacramentos, y por ellos nos vuelve á la gracia de su Padre celestial, y al derecho de la herencia que por infieles habiamos perdido. ¡Cuántas obligaciones debemos á Jesus, y con todo no las conocemos! Y si las conocemos, ¿por qué no lo amamos!

¡Es Jesucristo Esposo fidelísimo de nuestras almas; ni hay union mas estrecha entre los mas amantes esposos, que la que hay entre una alma en gracia y Jesucristo. ¿A qué mayor dicha puede aspirar una criatura que á tener por esposo, no á un príncipe de sangre real, ni á un rey, ni á un emperador, sino al Rey de todo lo criado, al supremo Monarca de cielo y tierra! Tú, alma re-

ligiosa, eres la que con particular título gozas de esta dicha; tú lo eligiste por Esposo: dije mal; no, no fuiste tú lo que la elegiste, él fué el que te eligió; él, aun ántes que vinieras al mundo, ya te habia escogido entre millares de vírgenes: á él solo debes esta dicha, tú no has hecho mas que consentir en esta eleccion. Dichosa tú si le correspondes el amor que te tiene, dichosa si le guardas la fidelidad que como esposa le debes, no dando á otros los afectos de tu corazon, que deben ser únicamente suyos.

Es Jesucristo nuestro Pastor, y Pastor tan bueno y tan amante de sus ovejas, que si alguna se le descarria, solícito la busca, y encontrándola, la acaricia, la toma sobre sus hombros y la conduce al rebaño. Pastor verdaderamente bueno y el mas amante, pues llegó á dar su vida por librar de los lobos infernales á sus ovejas.

Es nuestro Médico, que vino del cielo á la tierra á curar nuestras almas y sanarlas de todas sus enfermedades; mas con esta diferencia, que los remedios que para sanar nuestros cuerpos nos aplican los médicos de la tierra, son por lo comun ineficaces, disgustosos, y todos á costa de los enfermos. No así los remedios que este Médico celestial nos ha dejado para bien de nuestras almas; todos son á costa suya, todos preciosos y eficaces: basta sabérnoslos aplicar, que el efecto es infalible. ¿Qué médico se ha visto jamas que se haya abierto las venas por dar la salud á sus enfermos? Solo Jesucristo, con infinito amor, no solo se dejó abrir todas las de su cuerpo, sino que quiso le rasgaran tambien las de su Corazon, para que de él saliera la mas saludable fuente de sangre y agua con que lavar y purificar nuestras almas de todas sus mortales enfermedades.

Es nuestro mas fiel y constante amigo. *Ya no os llamaré siervos sino amigos.* Con estas palabras el divino Redentor nos asegura de su amistad. Suma fineza nos hubiera hecho en admitirnos por esclavos, pues ni de esto son dignos los mayores monarcas del mundo. Con todo, este divino y poderoso Señor, que ninguna necesidad tiene de nosotros, se declara abiertamente que quiere ser nuestro amigo, y que nosotros lo serémos siempre que guardáremos sus divinos preceptos. Este es el mayor honor y el mayor bien á que podemos aspirar. Si yo estoy en amistad con Jesus, estoy seguro que tengo por amigo un Dios infinitamente poderoso, que me ama con amor finísimo de la mas perfecta y pura amistad. ¿Qué cosa puedo tener ni qué me puede faltar, cuando tengo tal amigo? Nosotros nos fiamos tanto, y contamos en la amistad de un poderoso de la tierra, ¿y no contarémos y no apreciarémos la del supremo Monarca de los cielos? Mas si la apreciamos, ¿por qué somos tan descuidados y negligentes en conservarla? ¿Por qué cuando por nuestra desgracia la perdemos, no hacemos lo posible para recuperarla? ¡Qué mayor bien que tener por amigo á Jesus, y qué mayor mal que tenerlo por enemigo!

Es nuestro Abogado, que contínuamente aboga por nosotros en el tribunal de la divina Justicia. Es nuestro Maestro, que no enseña cuanto debemos saber para salvarnos: es nuestra luz y nuestra guia en el camino del cielo: es nuestro viático y sustento en el peligroso viaje de la eternidad; es nuestra ayuda en los trabajos, nuestro consuelo en las aflicciones, nuestro amparo en las necesidades, nuestro asilo en las tribulaciones, y final-

mente, Jesucristo es para nosotros todas las cosas.

Jesus mio, ¡cuántos títulos para amaros! ¿Es posible que tantas relaciones, tantas dependencias como tenemos con Jesucristo, no sean bastantes á ganarse nuestro amor y á cautivarse nuestros corazones? ¿No bastarán á excitar en nosotros los mayores afectos de ternura y de confianza? ¿Cómo puede un miserable no amar á su libertador y á su insigne bienhechor: un hijo á un padre, y al mejor de todos los padres; una esposa á un esposo tan fino y constante; á un hermano que es la honra y la gloria toda de su sangre, y que se hizo nuestro hermano: no para tomarse parte de nuestra herencia, sí para comunicarnos la suya que es infinita: una oveja á su pastor que la acaricia, la sustenta y la defiende: un amigo el mas fiel, al mas cordial y el mas constante de todos los amigos: un enfermo á su médico, que á costa de su sangre le dá la salud: un discípulo á su maestro, un ciego á su luz, un caminante á su guia, un hambriento á su sustento? Y si uno solo de estos títulos, si sola una de estas relaciones tiene tanta fuerza que nos obligan á amar las criaturas que en ellas se encuentran, ¿qué impresion no deberán hacer unidas todas en la manera mas excelente y obligante en un objeto por sí solo tan amable como Jesus? ¡Si en Jesus tenemos cuanto podémos desear, si en él solo tenemos todos los motivos que nos obligan á amar las criaturas, ¿por qué no lo hemos de amar sobre todas ellas? Sí, Jesus mio, yo os amo sobre todas ellas; y si en vos solo encuentro cuanto amable hay en cielo y tierra, vos

solo sereis el dueño de todos mis afectos y el Dios de mi corazon.

Leccion de Kempis, Lib. 3. cap. 34.

MEDITACION PARA ABRIL.

Sobre la interna afliccion, tédio y tristeza que padeció el Corazon santisimo de Jesus en el Huerto de las Olivas.

Comenzó á atemorizarse y angustiarse, y dijo: Mi alma siente angustias de muerte. San Mateo cap. XXVI. y San Marcos cap. XIV.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, á qué terrible estado de abandono y de tristeza se vió reducido el amante Corazon de tu divino Redentor. Apenas se aparta de sus ocho discípulos, y en compañia dé sus tres mas amados se interna en las soledades del Huerto, comienza á sentir en lo interior de su Corazon un no acostumbrado temor, caimiento, melancolia y profunda tristeza, que no cabiéndole ya en el pecho, lo obliga á manifestarla á sus apóstoles, diciéndoles: *Triste está mi alma hasta la muerte.* Esto es, siento en mi corazon tanta congoja, tanta amargura, afliccion y tristeza, que solo ella es bastante á darme muerte. Los tres discípulos lo oyen, y confusos callan, porque no saben como consolarlo. ¡O eterno Dios, justo é incomprensible en vuestros decretos! ¿por qué tanto rigor con el Corazon inocente de vuestro divino Hijo? ¡O amable y apasionado Cora-

zon! ¿cómo siendo vos las delicias del Padre, asiento de la Divinidad, gloria de los serafines, alegria de los ángeles, consuelo de los justos, os veo ahora tan triste, afligido y atribulado?

Muchas y grandes eran las causas que afligian entonces el Corazon Santísimo de Jesus, y todo parece que se habia conjurado a atormentarlo mas y mas. El cansancio, por lo mucho que se habia fatigado aquel dia en el viage de Betania á Jerusalen, en todas las ceremonias de la cena pascual, en lavar los piés á sus discípulos, en la institucion del Sacramento del Altar y en el largo sermon que por despedida hizo á sus Apóstoles despues de la cena: la obscuridad de la noche, la soledad del lugar, la traicion de Judas, las negaciones de San Pedro, el abandono de sus discípulos, la soledad y afliccion de su Madre Santísima, la ingratitud de su pueblo, el triunfo de sus enemigos, la iniquidad de sus jueces, la crueldad de sus verdugos, lo acerbo de sus dolores, lo ignominioso de las afrentas y el total abandono en que iba á morir: todo esto se le representa vivamente, todo lo aflige, todo lo acongoja; busca consuelo, y no lo encuentra: sus amigos callan, y nada le dicen: su Madre está ausente, su Padre no lo oye, y los cielos se le hacen de bronce. ¡O alegria de los ángeles, fortaleza de los mártires, cuánto padecisteis, Señor, en este primer combatimiento! En el progreso de vuestra pasion, los azotes, las espinas, las injurias, los clavos, la cruz, la lanza vinieron divididos unos despues de otros á atormentar vuestro adorable cuerpo; pero aquí vienen todos juntos á afligir y á oprimir vuestro amante Corazon, y vos, pacientísimo Redentor, todo lo sufristeis por mi amor. Y

yo que soy la culpa y que por mis pecados merecia todas estas penas, ¿no sufriré nada por el vuestro? ¡O amor incomparable! ¡O amor tan mal correspondido!

¿Qué dices, alma mia, qué dices al ver á tu celestial Esposo tan atribulado y afligido? Miralo con qué paciencia lo sufre, con qué mansedumbre lo tolera. ¿No te encanta aquella humildad y resignacion? ¿Tan bello ejemplo no te mueve á imitarlo? Si se queja, es solo para darnos á conocer que aunque era Dios impasible, era tambien hombre pasible y sentia como nosotros las penas internas. ¿Tú, cómo lo imitas en tus internas aflicciones y congojas? ¿Las sufres y toleras con paciencia y mansedumbre? ¡Ah! nada de esto. Ellas por grandes que sean y que te las quieras fingir, no son comparables con las que Jesus padece; tu corazon no es mas tierno ni mas delicado que el suyo. Con todo, tú no puedes sufrir con paciencia la mas minima tribulacion: te quejas, te lamentas y buscas el consuelo en las criaturas sin acordarte del Criador. ¿Qué cosa mas disonante que la esposa quiera estar alegre y contenta cuando el Esposo está tan atribulado? ¡Ah! Si lo amaras, si estuviera tu corazon unido al suyo, padecieras como él padece, y sufrieras como él sufre. Dulcísimo Jesus, ábrase mi corazon á vuestras penas y dolores, como ya se abrió á los gustos y placeres: padezca yo como vos padecisteis; pero concededme que sufra como vos sufristeis.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, que si los dolores, afrentas y tormentos que iba tu Redentor á padecer,

atormentaban y afligian su amante Corazon, no eran estas penas las que mas sentia, porque al fin las deseaba y espontáneamente se ofrecia á ellas por nuestro amor; lo que mas lo atormentaba era la ingratitud de su pueblo á quien con tanta predileccion habia escogido y beneficiado sobre todas las naciones. Una alma grande y un corazon noble, parece que no se aflige estraordinariamente á vista de las injurias, de los tormentos ni de la muerte, de la que él mismo hace eleccion, y á la que voluntariamente se ofrece para dar á conocer la grandeza de su amor; pero este mismo corazon, hecho á la prueba de los tormentos, no es posible deje de sentir, y sentir vivamente la ingratitud de aquellos por quienes padece.

„Que yo sea atormentado, que sea azotado „y crucificado, bien está, lo sufro y deseo con gus„to, porque á tanto me obliga el amor á los hom„bres; pero que estos mismos hombres por quienes „padezco y que tanto amo, sean los que me abor„recen y me den la muerte, ¡ah! que esto es lo „que mas me aflige y atormenta! y esto es lo que „causa en mi alma una tristeza mortal!"

No hay duda que esta aflicción en que se vió anegado el Corazon santísimo de Jesus fué en extremo cruel, pues fué el único tormento de que en su pasion se quejó con los hombres. Juzguémoslo nosotros que somos tan delicados, mayormente cuando recibimos el menor desprecio de aquellos que mas estimamos y á quienes hemos hecho mayores beneficios. ¿Cuáles, pues, serian los sentimientos de este amante Corazon al verse tan mal correspondido y maltratado de aquel pueblo que tanto habia beneficiado?

¿Mas cuáles deben ser los que ahora tiene y entónces tuvo al verse tan mal correspondido, y tan indignamente tratado de los cristianos en la Eucaristía? Cuando Jesucristo no nos hubiera hecho otro beneficio que este; cuando no nos hubiera dado otra prueba de su amor que esta sola, ¿tendriamos algun motivo para no amarlo sobre todo? ¿Tendriamos alguno para despreciarlo, para ofenderlo? Cristianos ingratos, ¿qué os parece? ¿No es bastante lo que este amable Salvador ha hecho para merecerse vuestro amor? ¿Será posible que sus mayores finezas sirvan para ofenderlo mas? ¡Ah! Si Jesucristo no hubiera instituido este sacramento ¡cuánto ménos maltratado y ofendido fuera de los malos cristianos! Pero su amor mas quiso exponerse á estas ofensas, que privarnos de los infinitos bienes que en él tenemos! Nos admiramos y nos indignamos al oir solo la ingratitud y la impiedad de los judíos, condenamos su perfidia, abominamos su crueldad; ¿y somos nosotros ménos ingratos que ellos? ¿somos ménos pérfidos, ménos crueles cuando despues de habernos hecho este incomparable beneficio lo tratamos tan mal? Los judios lo crucificaron, porque ciegos no lo conocieron: nosotros lo conocemos, lo confesamos por nuestro Dios y realmente presente en la Eucaristía; ¿cómo, pues, lo ofendemos? ¡Qué impiedad! ¡Qué temeridad! ¿A un bienhechor tan insigne, á un Dios tan amante corresponder de esta manera? Hombres ingratos, cristianos insensibles, ¿es este el reconocimiento que teneis para con vuestro Salvador y vuestro Dios?

Afligidisimo Jesus mio, he sido hasta aquí, lo confieso con sumo dolor de mi corazon, una

de estas almas ingratas é insensibles á vuestros beneficios; no solo no he correspondido á vuestro amor, sino lo que mas es, os he ofendido tantas veces, y con mi ingratitud y mi perfidia he aumentado la amargura y tristeza de vuestro amante Corazon. Perdonadme, Jesus mio, y por la amargura y tristeza que en el Huerto padecisteis, concededme la gracia, ó de morir de dolor por haberos ofendido, ó de vivir en un continuo pesar de haber amado tan poco á un Dios que me ha amado tanto. Yo os amaré en adelante, Salvador mio amantísimo, y este será el momento en que comience á seros fiel y agradecida: la devocion que profesaré á vuestro sagrado Corazon, los deseos y el empeño con que procuraré reparar, ayudada de vuestra gracia, las pasadas ingratitudes y disgustos que os he dado, serán prueba sensible de mi amor y fidelidad. Derramad de vuestro Corazon en el mio, una gota de aquel torrente de amargura en que fué anegado; para que cuando no sea yo tan dichosa que pueda borrar mis pecados derramando toda mi sangre, sea á lo menos bastantemente afligida para lavarlos con mis continuas lágrimas. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon santísimo de Jesus está siempre pronto y dispuesto á consolarnos en todas nuestras tribulaciones y aflicciones: tú á su ejemplo, debes tambien estarlo, y procurar consolar en cuanto te fuere posible con obras, ó si con estas no puedes, á lo menos con palabras, á tus her-

manas que vieres en alguna afliccion: compadécete de su trabajo y haz lo posible por aliviárselo; encomiéndalas al Corazon santísimo de Jesus, y ruégale en este mes con particularidad por todos los atribulados.

2. El Corazon santísimo de Jesus, se ve ofendido de la poca confianza de los cristianos en recurrir á él para el remedio de sus necesidades, habiéndose quedado para esto en la Eucaristía, desde donde nos está diciendo: *Venid á mí todos los que estais atribulados, que yo os consolaré.* Consuélalo tú en recurrir á él prontamente en todas tus tribulaciones, tanto internas como externas, persuadida que solo en él puedes encontrar el verdadero consuelo que deseas. Siempre que te hallares afligida y con temores, decid con confianza lo que la venerable Margarita repetia en semejantes ocasiones: *Si este corazon es mio,* (decia) *¿qué me puede faltar? Si yo soy toda suya, ¿qué me podrá ofender? Cualquiera amargura* (añadia) *se me convierte en dulzura en este Corazon adorable, donde todo se convierte en amor.* Aconseja y exhorta á cuantos vieres atribulados, que recurran con viva fé y confianza á este Corazon sacramentado; fuente unica de todo bien y consuelo; y que le digan con S. Francisco de Sales: *O amabilísimo Corazon, por la tristeza y desolacion, que sentisteis en el huerto y en la cruz, os suplico seais vos la alegria, ó á lo menos la fortaleza del mio en la presente afliccion.*

ORACION

Para pedir á Dios, por el Corazon santísimo de Jesus, consuelo en nuestros trabajos y aflicciones.

Eterno Dios y Padre mio misericordioso, acordaos que el Corazon santísimo de vuestro divino Hijo fué por mi amor afligido y atribulado en el huerto de Getsemaní, y que enmedio de su amargura á vos solo recurrió, para enseñarme con su ejemplo lo que yo debo hacer en todos mis trabajos y aflicciones: á imitacion suya, á vos Padre amantísimo, llena de confianza, tanto en los méritos de mi amado Redentor, como en vuestra clemencia, recurro en la presente tribulacion en que me hallo, y con él os digo: „*Padre mio, si es* „*posible, apartad de mí este caliz* que me es tan „amargo; pero si en vuestros divinos decretos es„tá escrito que yo lo beba, hágase, Señor, en todo „vuestra voluntad y no la mia. Sé que todo lo „disponeis á mayor gloria vuestra y bien de mi „alma: sé que para esto fuí criado, para hacer „vuestro gusto, y no el mio; hágase, pues, Señor, „como vos lo quereis, y no como yo lo quiero."

Pero conociendo mi flaqueza y miseria, os pido por el atribulado Corazon de Jesus, y con aquella confianza que él me dá, cuando me dice: Que cuanto os pidiere en su nombre, me lo concedereis: en su nombre, pues, os pido gracia y paciencia para sufrir con gusto y á gloria vuestra los trabajos y tribulaciones que para mayor bien de mi alma quisiereis mandarme, fortaleza para vencer las repugnancias de la carne, y constancia en vues-

tro amor y servicio. No merezco por mis pecados ser consolada en mis tribulaciones; pero sí lo merece el Corazon de vuestro divino Hijo por mi amor sacrificado, lo merecen sus penas y trabajos. Ved, pues, Señor, los méritos de este, y no mis deméritos; y por ellos haced que mi voluntad sea tan conforme á la suya, que pueda siempre como él deciros: *No se haga mi voluntad, sino la tuya.* Amén.

MAYO.

LECCION ESPIRITUAL.

Los infinitos beneficios que Jesucristo nos ha hecho, y las gracias que nos ha merecido, son un poderoso motivo para amarlo sobre todas las cosas.

Jesucristo nos ha enriquecido en tal manera con sus beneficios, que no hay bien alguno que no lo tengamos en él y por él. (1. ad Corint.)

De todas las pruebas del amor, la que mas mueve los corazones de los hombres, son los beneficios, ó porque ninguna otra cosa prueba mas la fineza del amante, ó porque (y es lo mas cierto) ninguna cosa agrada mas á nuestro génio, naturalmente interesado, cuanto un amor fecundo que nos sea útil. Los beneficios que hemos recibido de Jesucristo, y los que de su bondad infinita esperamos recibir, son tantos y de tal naturaleza, que muestran con evidencia la grandeza de su amor para con nosotros, y capaces son de con-

tentar nuestra avaricia y de llenar nuestros deseos par vastos que sean.

Con razon dice S. Pablo: Que Jesucristo nos ha enriquecido con tanta abundancia de bienes en todo género, que nó hay alguno que no la tengamos en él. Para concebir en algun modo su grandeza y multitud, basta saber que somos deudores de todos los bienes naturales y sobrenaturales al Corazon santísimo de Jesus (ya que todos tienen su origen de la caridad infinita con que Jesus nos ha amado); á él solo debemos los beneficios inefables de la creacion, de la conservacion, de la redencion, de la vocacion, de la justificacion, y de él solo podemos esperar, el que ha de ser corona de todos, cual es el de la perseverancia final y predestinacion á la gloria; beneficios tan grandes, que el menor de ellos sobrepuja todo lo que podemos merecer, excede todo lo que podemos esperar, y es sobre todo lo que racionalmente podemos desear.

Todos unánimemente confesamos haber recibido gratuitamente estos beneficios: todos convenimos en que el amor de Jesus para con nosotros es infinito; ¡pero cuán pocos son los que convencidos de esta verdad, se empeñan en corresponderle tanto amor! Si confesamos con la boca, si conocémos con el entendimiento la grandeza de nuestra deuda y obligaciones, ¿por qué con la voluntad no la satisfacemos? Corazones tiernos y sensibles al menor beneficio de una criatura, ¿sereis solo insensibles á los beneficios de un Dios humanado?

Obligado se confiesa un cliente á su abogado solo porque con su pericia le ganó un pleito que

tenia perdido: agradecido se muestra el pupilo á su tutor, solo porque con su industria le conservó una rica herencia, que sus enemigos pretendian quitarle: fielmente sirve el súbdito á su soberano, porque sin méritos propios lo levantó de la miseria á la abundancia. ¿Y solo Jesucristo, que ha hecho esto y mucho mas por nosotros, será el único que no se merezca nuestro amor, nuestro agradecimiento, nuestros servicios? ¿Qué malignidad tienen los beneficios de Dios que no pueden movernos, como nos mueven los de los hombres? ¡Ah! que toda la malignidad está en nosotros.

Si una honrada familia por una fatal desgracia, y por rebeldía de su cabeza al príncipe, se viera toda ella condenada en una obscura mazmorra en las entrañas de la tierra, cargada de cadenas, confiscados todos sus bienes, y destinada á morir con una muerte la mas infeliz, la mas terrible y la mas penosa; si en medio de su desesperacion se le presentara el príncipe primogénito del soberano ofendido, y compadecido de su miseria se ofreciera á satisfacer por ella, y alcanzarle de su padre no solo el perdon, sino tambien su gracia y restitucion de todos sus bienes, y para colmo de sus finezas desposara la primogénito, y la hiciera heredera de todos sus bienes y principado; ¿á tan insigne bienhechor, cómo no se reconoceria obligada toda aquella, antes desgraciada y ahora afortunada familia? ¿con qué ternura no lo amaría? ¿Qué obligacion y qué servicios serian bastantes á corresponderle tanta fineza? ¿Y qué se pensaria de esta familia, si despues de tantos beneficios no mostrara á su bien-

hechor sino frialdad, indiferencia y desprecio? Pensemos lo mismo de nosotros, que tan frios indiferentes y desconocidos nos mostramos con Jesucristo.

¿En qué estado tan infeliz nos hallábamos todos despues de la rebeldia de nuestros padres? ¿A qué colmo de eternos males no estábamos ya condenados por la fatal inobediencia del primer hombre! ¿De cuantos bienes nos veiamos privados con la pérdida de la inocencia? Para nosotros no habia remedio; la ofensa hecha al Criador era infinita; infinita debia ser la satisfaccion, y todos los hombres juntos eran incapaces de darla: de modo que nuestra pérdida era irreparable y nuestra eterna condenacion indefectible. Pero el Unigenito del Padre que tiernamente nos amaba, compadecido de nuestra miseria, tomó á su cargo satisfacer por nosotros: para hacer el beneficio mayor, y para mostrarnos mas su amor, vence imposibles, juntando lo infinito con lo finito, lo inmortal, con lo mortal, y á Dios con el hombre. ¡Cuántos beneficios en uno! Mas no pararon aqui los excesos de su amor. Desde el instante en que por obra del Espiritu Santo se formó aquel Corazon santísimo, no pensó en otra cosa sino en hacernos bien. Todos sus afectos y movimientos, á nosotros los dirigió. No vivió, no obró no padeció y no murió sino por nosotros. De modo que para contar los beneficios y obligaciones que debemos á Jesus, contemos todas sus acciones y movimientos de su Corazon santísimo, de quien siempre fuimos objeto y fin. Cada accion, cada movimiento suyo, debemos considerarlo como un tesoro de bienes, porque con cada uno de ellos nos ha merecido infinito.

Grandes males nos acarreó el pecado de nuestros primeros padres, y de grandes bienes nos privó su inobediencia. Pero qué, ¿podrémos confesar los frutos de la vida, pasion y muerte del Divino Redentor, sin confesar que nuestras pérdidas han sido por él reparadas con usura? ¿Y qué, los bienes del hombre rescatado con la preciosa sangre de Jesucristo, son mayores que los privilegios de la inocencia? *Dichosa culpa*, exclama la Iglesia transportada de jubilo al contemplar la grandeza del Redentor, y los infinitos tesoros de bienes y gracias que, saliendo como de su fuente de aquel traspasado Corazon, llovieron sobre ella, y la han hecho bella, pura é inmaculada. Y con razon, porque si bien teniamos en el estado de la inocencia un Dios Criador, un Padre amorosisimo, un sumo Bienhechor, ¿no teniamos un Dios Redentor, un Dios hombre, un Dios Sacramentado por nuestro amor, hecho sustento de nuestras almas? Si en el estado de la inocencia el hombre merecia, merecia por sus propios méritos avalorados de la divina gracia; pero despues de la Encarnacion merecemos, con los infinitos méritos de un Dios humanado, que como propios nuestros, podemos y debemos presentarlos al Eterno Padre en satisfaccion de nuestros pecados, y con ellos solo merecer cuanto podemos desear y esperar de un Dios infitamente justo y misericordioso, que por esto bien dice S. Pablo, que con Jesucristo todo lo tenemos.

A Jesucristo únicamente debemos la gracia y la amistad del Eterno Padre, la cualidad de hijos de Dios, y la herencia á la gloria: á él solo

debemos los bienes que continuamente recibimos de la bondad divina, la salud, las riquezas, el sol que nos alumbra, la tierra que nos sustenta, los frutos con que nos alimenta, los elementos que nos mantienen, las criaturas que nos sirven: todo se nos da y todo se nos concede por Jesus. De Jesus recibimos todas las gracias, todas las ilustraciones, las inspiraciones, los buenos pensamientos, las buenas inclinaciones, la cooperacion á la gracia, la ayuda en los trabajos, la proteccion en los peligros, la fuerza en las tentaciones, la paciencia en las adversidades, la tolerancia en el mal y la perseverancia en el bien: de suerte, que sin Jesucristo ningun bien tuviéramos, nada pudiéramos, y con Jesucristo todo lo tenemos.

Mas si estos beneficios son dignos de un eterno agradecimiento por su multitud y por su grandeza, no lo son menos por las circunstancias que los acompañan, y por el amor y fineza con que se nos hacen; puesto que no hay uno, por pequeño que en sí nos parezca, que no sea en cierto modo de un valor infinito, como que viene de una persona infinita, procede de un amor infinito, y conduce á un bien infinito: no hay uno que no se nos haga con una predileccion y con una caridad infinita. Cuántas veces agradecemos mas el beneficio por el amor con que se nos hace, que por lo que es en sí mismo, y regularmente mas se aprecia y estima un pequeño don dado con amor y buena voluntad, que no un gran presente hecho con poco afecto.

Ahora, pues, siendo evidente, como es, que todos los beneficios que Dios nos hace, por peque-

ños que sean, nos los hace con un amor infinito, con un afecto y beneficencia inesplicable; se sigue, que por esta razon el mas pequeño de sus beneficios, una gota de agua con que apagamos la sed, una migaja de pan con que nos sustentaba, es sin comparacion mayor don, y merece mayor amor y mayor agradecimiento, que si un monarca de la tierra nos hiciera los mayores beneficios del mundo; porque aquella gota de agua, aquella migaja de pan, proceden de un amor infinito para con nosotros, cuando los dones del monarca, por grandes que sean, no proceden sino de un amor finito y limitado.

¿Y qué dirémos de aquellos innumerables beneficios que continuamente recibimos de la mano liberalísima de este insigne bienhechor, beneficios que gozamos sin conocerlos, y que no los apreciamos, acaso solo porque los tenemos? ¿Cómo nos tendriamos por infelices y desdichados si Dios hubiera sido menos liberal con nosotros? Podiamos haber nacido ciegos, mudos, contrahechos, deformes, como han nacido tantos otros; podiamos estar faltos de salud, de bienes y de todo lo necesario, como lo están muchos. No lo estamos: ¿y por qué? porque Dios por sola bondad suya, y por los méritos de su Unigénito Hijo, nos ha dado estos ojos que nos son tan apreciables, esta lengua que nos es tan útil, estas manos, estos pies, estos miembros que tanto nos sirven, esta salud que tanto deseamos cuando nos falta, y tan poco apreciamos cuando la tenemos; estos bienes que tantas comodidades nos acarrean, y en los que hemos puesto todo nuestro afecto, sin acordarnos de quién y por quién los recibimos sin agradecerlos,

y tal vez sin siquiera confesarlos, como si se nos debieran por justicia, y no se nos concedieran por suma gracia.

¿Cuanto nos confesaríamos obligados á Jesucristo, si con un nuevo milagro de su omnipotencia nos restituyera á la vida como á Lázaro, ó nos diera la vista, la habla, la salud ó cualquiera otro bien que nos faltara, ó por haber nacido sin ellos, ó por haberlos perdido por alguna desgracia? Y que, ¿no es mayor beneficio el habérnoslos dado desde el principio y el conservárnoslos con tanto amor y providencia? ¿Por qué, pues, no se los hemos ahora de agradecer? Si un príncipe ó señor nos hubiera dado la milésima parte de los bienes que nos ha dado Jesucristo, ¿cómo le viviríamos agradecidos, cómo lo alabaríamos, lo honraríamos y amaríamos? ¿Con que prontitud y gusto haríamos las cosas que conociéramos serlo de su agrado? ¿Y solo con Jesucristo hemos de ser ingratos? ¿Qué maligna cualidad vuelvo á preguntar, tienen los beneficios de un Dios humanado, que no se hagan apreciables como se hacen los de los hombres? ¿Es posible que por ser ellos tantos, tan grandes y hechos con tanto amor, hayan de mudar de naturaleza, y perder la fuerza que todo beneficio tiene de ganarse nuestros corazones?

Mas no es lo peor esto, lo peor y mas abominable es, que en vez de servirnos de ellos para amarlo, nos servimos para ofenderlo y despreciarlo. Estos ojos, estos oidos, esta lengua que nos dió para que lo bendijéramos y alabáramos, ¿en qué los empleamos, sino en ver, oir y hablar las cosas que él severamente nos prohibe que veamos, oi-

gamos y hablemos? Este entendimiento, esta memoria y esta voluntad que se nos concedieron para conocerlo, para amarlo y para que nos acordáramos de él, de su ley y beneficios, ¿de qué nos sirven, y en qué las ocupamos sino en malos pensamientos, memorias ilícitas y amores profanos? Este corazon que se nos dió, capaz de amar y poseer un bien infinito como Dios, ¿á quién lo damos: y quién lo poseé: sino las criaturas? ¿Este es el fruto que saca Dios de tantos beneficios como nos ha hecho? ¿Esta la correspondencia á tanto amor como nos muestra? Abrámos los ojos, lloremos nuestra ingratitud, y seámosle mas agradecidos.

Leccion de Kempis. lib. 3 cap. 22.

MEDITACION PARA MAYO.

Sobre la oracion de Jesus en el Huerto, y sentimientos de su Corazon santísimo en aquella hora.

Y adelantándose algunos pasos, se postró en tierra caido sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mio, si es posible no me hagas beber este cáliz; pero no obstante, no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. S. Mateo. cap. XXVI.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, como estando tu amable Redentor lleno de amargura y tristeza, para enseñarte con su ejemplo lo que tú debes hacer en tus tribulaciones, se aparta con violencia de sus

amados discípulos, mostrándote que cuando está uno atribulado se han de dejar las criaturas para buscar el consuelo en Dios: y tú, ¿cuántas veces dejas y te olvidas de Dios por buscarlo en las criaturas? ¿Qué mucho que no lo encuentres, si lo buscas en donde no puede haberlo?

Jesus sumamente atribulado, busca su alivio y consuelo en su celestial Padre, quien únicamente podia dárselo. Postrado en tierra, lleno de humildad y amargura. Padre, le dice, Padre mio, si es posible, si así lo quereis, yo os suplico me dispenseis beber este cáliz que me es tan amargo y tanto me cuesta pasarlo. Mas ¿qué es esto, amabilísimo Redentor mio? ¿No sois vos el que voluntariamente y por puro amor os habeis ofrecido á esta muerte, á estos tormentos? ¿Por qué, pues, ahora que se llega la hora que tanto habeis deseado, pedis á vuestro Padre que os libre de ellos? ¿Quién, bien mio, os obliga á padecerlos? ¿Y qué necesidad teniais de amarnos tanto y de comprar nuestra salvacion á tanto costo? Cuando todos nos perdieramos, no seriais por esto ni menos grande, ni menos feliz, ni menos glorioso de lo que sois. ¿Quién, pues, dulcísimo Jesus, os obliga á beber este caliz? Ya sé que no puede ser otro, que ese amor inmenso é insaciable en que arde y se consume vuestro Corazon para con nosotros. ¡O amor incomprensible! ¡O Corazon verdaderamente amante! Pero ¡ay! que la grandeza de este amor, la fineza de este Corazon le hacen insufrible, y sumamente amargo este caliz! Este amor si se viera correspondido, se lo endulzaria como se lo hacia apetecible: pero la suma ingratitud de los hombres se lo llena de amar-

gura. El amor, cuanto es mas grande, cuanto el corazon es mas fino, tanto mas siente verse despreciado.

Jesucristo siempre habia deseado apasionadamente dar la vida por los hombres; estos deseos los habia significado muchas veces diciendo: *Con un bautismo de sangre tengo yo de ser bautizado. ¡Oh, y cómo traigo en prensa el corazon, mientras que no lo veo cumplido!* Para hacernos mas patente su amor escogió espontáneamente la muerte mas tormentosa é ignominiosa. No es pues la muerte, no son los tormentos, lo que le hacen tan amargo este cáliz; es la ingratitud de aquellos mismos hombres, que no querrán aprovecharse de su muerte. Padre mio, decia Jesus, vos bien sabeis, que por salvar á los hombres, he deseado siempre y lo deseo ahora mas que nunca, el beber el cáliz que me habeis dado; pero no he deseado comprarme con él ingratos. Los tormentos, los ultrajes, la cruz, la muerte, no me espantan, y me fueran dulces, si viera que con ellos me ganaba el amor de los hombres, y que no volverian á ofenderos: pero el desprecio que preveo harán de este beneficio, y la ingratitud con que me corresponderán mis amados, es un tormento que me parte el Corazon; es un cáliz que no puedo arrostrar. Libradme pues, Padre mio, de este cáliz. Pero si con todo, vos quereis que muera yo y padezca por estos ingratos, muero y padezco gustoso, no porque ellos lo merezcan, si porque vos lo quereis.

O amabilísimo Redentor mio, cuánta es mi confusion y dolor en este punto. ¿Conque mi ingratitud fué la que os hizo este cáliz tan amargo?

Pude habéroslo endulzado, si correspondiendo á vuestro amor me hubiérais previsto menos ingrata y mas agradecida. ¿Y tendré corazon para aumentaros la amargura con nuevas ingratitudes? ¡Ah! no, Redentor mio, no permitais en mí semejante crueldad. Si hasta aquí lo he sido, ha sido porque no os conocia, ni sabia que mis pecados y tibieza os atormentaban tanto. Ya os conozco, y ya sé cuanto os he dado que sentir. Perdonadme, Jesus mio, por vuestro atribulado Corazon, y dadme gracia para seros de aquí adelante mas fiel y agradecida: dadme fortaleza para beber el caliz de tribulaciones que me teneis preparado, *y hágase en mi siempre lo que vos quereis, y no lo que yo quiera.*

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como habiendo tu divino Salvador concluido su oracion, sin haber obtenido respuesta alguna del cielo, se levantó, y como solícito Pastor fué á ver lo que hacian sus discípulos, á quienes habia encargado que oraran con él, y le hicieran compañía en aquel rato; pero ellos, cansados y tristes, se habian dejado vencer del sueño, y quietamente dormian. ¡Cuales serian los sentimientos del Corazon santísimo de Jesus, al ver á sus mas favorecidos discípulos dormir tan descuidados, en el tiempo en que se veia tan atribulado y afligido!

¡Ah! que es muy sensible á un noble corazon verse abandonado en el tiempo de una tribulacion, de aquellas personas que le están mas obligadas, y de quienes únicamente podia esperar algun con-

suelo. Pero aun lo es mucho mas ver que estas mismas personas no se conmuevan siquiera de sus penas y afliccion. Es posible (diria aquel atribulado Corazon) que Judas y mis enemigos velen y anden tan solícitos en buscarme para la muerte; y mis queridos que tantas veces me han prometido no abandonarme, están tan descuidados y dormidos cuando yo estoy tan atribulado y afligido!

Penetrado de estos sentimientos, llega Jesus á donde sus discípulos dormian, y amorosamente despertándolos, dice á San Pedro, como al mas privilegiado: *¿Simon, tú tambien duermes, y no has podido velar una hora siquiera en mi compañia?* como si dijera: Es posible, Pedro, que tú tambien duermes y me abandonas? Tú, que poco antes me decias, que primero sufririas la muerte que abandonarme, ¿ahora por dormir y descansar, me dejas solo en la tribulacion? Tú, que aun cuando yo durmiera, debias velar en mi defensa, ¿ahora que estoy en el mayor peligro, y que mis enemigos velan para quitarme la vida, duermes tan descansadamente? ¡Qué impresion no debia hacer esta amorosa queja en los discípulos! Ellos se confunden, conocen la razon, no tienen que responder; pero no se enmiendan. Apenas el Salvador se retira, y vuelve á su oracion, ellos vuelven al sueño, y lo dejan solo en su agonia.

¡O abandonado Jesus mio! ¿quién, Señor, os acompañara y consolara en vuestra afliccion, si vuestros mas amados y favorecidos duermen al tiempo de ella? ¡Qué impresion haria en vuestro amante Corazon esta indiferencia y descuido para con vos de vuestros escogidos! ¡Mas ay! que este sentimiento no acabó con vuestra pasion! ¡Cuán-

tas almas á vos consagradas (si acré yo una de estas) despues de haber sido escogidas por vos para esposas vuestras, despues de haberse dedicado á seguiros, despues de haberlas favorecido con singulares gracias y señales particulares de amor, por no vencer la vil pasion de un corto interes, ó de un respeto humano ó de un terreno afecto, os dejan, os abandonan, y miran con indiferencia lo mucho que por ellas habeis padecido!

Este abandono que Jesucristo probó en el huerto de sus escogidos, ¿no lo prueba todos los dias en el Sacramento del Altar? ¿No lo vemos las noches enteras, y la mayor parte del dia espuesto á los ultrages é irreverencias de sus enemigos, y abandonado de sus amigos, sin que haya quien le haga compañia, no digo ya por una hora, pero ni siquiera por un cuarto de ella? ¿Cuántos pretestos buscan para no visitarlo, ni estar por un breve rato en su compañia, aun aquellas personas que lo tienen en su misma casa? Negocios, ocupaciones, empeños, nos sirven muchas veces de escusa para no visitar á Jesus sacramentado. Almas devotas, esposas de Jesucristo, ¿vosotras reposais, os divertis, os entreteneis en el tiempo en que vuestro Esposo, vuestro Salvador y vuestro Dios se ve tan perseguido de sus enemigos y abandonado de sus amigos? ¿Qué amor es el vuestro, si tan poco sentis sus agravios? ¿Cuál vuestra fidelidad si al mejor tiempo lo abandonais?

Amabilísimo Jesus mio, razon teneis de afligiros, viendo lo mal que os corresponden los hombres. ¿Cuántos corazones, aun de aquellos que á vos se han consagrado, ó no os aman, ó os aman muy poco! Y seré yo una de estos? No lo permi.

tais, Redentor mio: si hasta aquí lo he sido, espero con vuestra gracia no serlo en adelante. Misericordiosísimo Dios, imprimid en mi corazon las penas todas del vuestro; para que en ellas lea lo mucho que me habeis amado, y con vos sienta vuestros ultrages y abandono. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1.- El Corazon santísimo de Jesus en el Sacramento del Altar se ve solo y abandonado de la mayor parte de los cristianos. Tú consuélale con visitarle las mas veces que pudieres en el dia. Y ya que lo tienes en tu misma casa, luego que te levantes ve á presentarte, dale gracias por los beneficios que te ha hecho en aquella noche, ofrécele tus servicios, y pídele que te libre en aquel dia de todo peligro de cuerpo y alma. La condesa de Frias, aquella gran discípula del venerable padre maestro Avila, siendo religiosa de Sta. Clara, se estaba continuamente en la presencia del Santísimo Sacramento, por lo que la llamaban *la Esposa del Sacramento;* y preguntandole un dia qué hacia tanto tiempo en la iglesia, y cómo podia estar? respondió *Me estaria toda la eternidad. ¡Dios mío, qué pregunta! ¿Qué se hace en tu presencia, y qué no se hace? Se ama, se alaba, se adora; se dan gracias; se pide, se recibe. ¿Qué hace un pobre delante de un rico? ¿Qué hace un enfermo delante del médico? ¿Qué un sediento delante*

de una clara fuente? ¿Qué un hambriento en una abundante mesa? Esto debes tú hacer delante del Santísimo Sacramento.

2. El Corazon santísimo de Jesus se ve ofendido en el Sacramento, de aquellos que en su presencia se duermen ó están soñolientos y voluntariamente distraidos, procura tú resarcirle esta irreverencia avivando la fe, y poniendo particular vigilancia y atencion siempre que te vieres en su presencia, sin admitir deliberadamente pensamiento, ni mucho menos afecto alguno terreno por indiferente que sea. Luego que en tí sintieres algun tedio, sueño ó pensamiento importuno, recurre al Corazon santísimo, confiesale tu flaqueza, y pídele te dé fuerzas para vencer semejantes fragilidades de nuestra naturaleza corrompida, y dile de corazon: Limpia, Señor, mi corazon de todas mis imperfecciones y de toda agena meditacion, para que solo en tí piense, y á tí solo ame. Amén.

ACTO DE AMOR

AL CORAZON SANTISIMO DE JESUS.

O Corazon amabilísimo de mi divino Redentor, en quien unidas se encuentran todas las perfecciones divinas, propias del Corazon del Unigénito de Dios, á las perfecciones humanas propias del Corazon del hijo del hombre! Corazon el mas noble, el mas liberal, el mas generoso y el mas magnífico de todos los corazones, y juntamente el mas suave, el mas puro, el mas humilde, el mas inocente, el mas amante y el mas amable,

Corazon de mi Dios, de mi Salvador y de mi Bienhechor: Corazon de mi Padre, hermano, amigo y esposo; y por esto y por otros tantos títulos digno de toda la ternura de mi amor. Corazon que formado de la purísima sangre de la Virgen mas pura, principio fuisteis de la vida mortal del hombre Dios, vida por nuestro bien sacrificada: fuente de la preciosísima sangre con que fuimos redimidos, asiento de la divina misericordia, trono el mas augusto de la Santísima Trinidad, verdadero amante de los hombres, que en vuestro seno con inmensa caridad abrazais á los justos y recibis á los pecadores: Corazon pacientísimo, afligido y atribulado por nuestras ingratitudes, abierto con una lanza por nuestros pecados: víctima la mas pura é inocente, sacrificada á la divina justicia en satisfaccion de nuestras culpas.

¡O Corazon sagrado! cuánto por tantos títulos acreedor sois de todo nuestro amor y veneracion! Si con todos los corazones de las criaturas yo os amara, no podria corresponderos ni la milésima parte de lo infinito que os debo. Un corazon solo tengo, y con él quiero amaros sobre todas las cosas; á vos solo consagro todos sus afectos y ternuras; con todo él os doy infinitas gracias por lo mucho que me amais, y por los innumerables beneficios que me habeis hecho; y en recompensa de lo poco que os he amado, os ofrezco el amor de todas las almas justas, de todos los ángeles y serafines, y el del Corazon purísimo de vuestra inmaculada Madre. A vos solo me uno estrechísimamente, á vos solo quiero amar, para vos solo quiero vivir, y en vos solo espero morir. Amén.

JUNIO.

—

LECCION ESPIRITUAL.

Cuán grande deba ser nuestro amor y reconocimiento para con Jesucristo por habérsenos dado á sí mismo en el Sacramento del Altar, obra toda de su Corazon santísimo.

Amantísima hermana, amemos á Jesus, puesto que no solo nos ha dado todos sus bienes, sino tambien á sí mismo. (D. Ber. ep. ad Sororem.)

Todos los dones y bienes que un Dios infinitamente liberal habia comunicado al hombre, aun no eran bastantes para saciar la ardiente sed que su corazon tenia de enriquecernos. Habia ya (se puede decir) casi agotado en favor nuestro los inmensos tesoros de sus riquezas. Su gloria, su reino, su amistad, sus gracias y sus dones, todos eran ya del hombre; y no obstante su Corazon no estaba contento, y deseaba darnos mayores bienes y mayores pruebas de su inmenso amor. Para contentar este amante Corazon se juntaron en él como en consejo, el amor, la sabiduria, y el poder infinito de Dios. El amor pide, la sabiduria inventa, y la omnipotencia ejecuta, la maravilla mas estraña, y obra el mayor de los prodigios instituyendo el Sacramento de la Eucaristía, en el cual nos da, no solo todos sus bienes, sino tambien todo á sí mismo, esto es, nos da su cuerpo,

su corazon, su sangre, su alma con todos sus méritos y virtudes, y lo que mas es, su divinidad con todas sus perfecciones. ¡O don incomprensible por su grandeza, é infalible por su excelencia! y este don nos lo hace en el modo mas perfecto y apreciable que puede hacerse.

Tres cosas se requieren para que un don sea en sí perfecto, y á nosotros apreciable: que la posesion de él sea inmediata, el dominio absoluto, y el uso sin restriccion, todas estas tres condiciones se encuentran en el don que Jesucristo nos hace de sí mismo en el Sacramento de la Eucaristía. La *posesion* es la mas íntima é inmediata que puede haber, pues cuando sacramentado lo recibimos, lo poseemos, no solo por una union de voluntades como un esposo á su esposa, ni solo por semejanza de afectos, como un amigo á otro amigo, sino tambien por una union íntima, física y real del cuerpo, sangre y divinidad de Jesucristo con nuestras almas. De manera, que bien podemos decir cuando comulgamos, que Jesucristo reside en nuestras almas como nuestras almas están en nuestros cuerpos, y que como nuestros cuerpos viven por nuestras almas, así estas viven por Jesucristo; verdades todas eternas é infalibles que el mismo Jesucristo nos dice por S. Juan: *Quien come mi carne y bebe mi sangre, en mí mora, y yo en él.... Quien me come, tambien él vivirá por mí.* Y si nuestra alma es toda inmediatamente nuestra, Jesucristo por esta union es todo nuestro. *¡O Sacramento de piedad! ¡O signo de unidad! ¡O vínculo de caridad!* esclama S. Agustin.

El *dominio* que adquirimos en fuerza de este don en el adorable Cuerpo de Jesucristo, es

tan absoluto, que de él podemos disponer como mas nos agrade. Podemos guardarlo en los sagrarios, esponerlo en los altares, llevarlo por las calles, traerlo á nuestras casas, visitarlo cuando queramos, comerlo, consumirlo y sacrificarlo cuando gustemos; y lo que es mas terrible, que él mismo por dársenos todo y sin reserva, se sujeta á la voluntad y arbitrio de malos ministros, sabiendo que estos no harán otro uso de él que despreciarlo y ultrajarlo. ¿Qué cosa hay en el mundo de la cual podamos disponer con mas libertad?

El *uso* que podemos hacer de Jesucristo en la Eucaristía es universalísimo, y bien podemos decir con S. Ambrosio: Que Jesucristo es para nosotros todas las cosas. En la Encarnacion se hizo nuestro hermano, en su nacimiento nuestro compañero, en su vida nuestro ejemplar, en su predicacion nuestro maestro, en su muerte nuestro Redentor, y en la gloria nuestro remunerador. Pero Jesus sacramentado bajo las especies de pan y vino, es para nosotros todo esto y mucho mas; pues en la Eucaristía es al mismo tiempo nuestro padre y nuestro hermano, nuestro amo y nuestro amigo, nuestro maestro y nuestra ciencia, nuestro médico y salud, nuestro pastor y pasto, nuestro viático y nuestra guia, es el precio de nuestro rescate y nuestro Redentor, nuestro remunerador y nuestro premio; es la prenda que se nos ha dado para la gloria y es nuestra misma gloria: es la víctima que nos reconcilia con Dios, y es nuestro mismo Dios.

Supuestas todas estas verdades, ¿no podré decir con San Bernardo, que Jesucristo en la Eu-

caristía está todo empleado en servirnos y hacernos bien? Sí, porque en aquella ostia en que adoramos á Jesucristo realmente presente, tenemos cuanto necesitamos y cuantos bienes podemos desear. Allí está el amante Corazon de Jesus, fuente y origen de todo bien, y en él encontraremos, siempre que á él recurramos, consuelo en nuestras aflicciones, remedio á nuestros males, alivio en nuestros trabajos, amparo en nuestras tribulaciones, auxilio contra nuestros enemigos, fuerzas en nuestra flaqueza, gracia en las tentaciones y paciencia en las adversidades; basta que á él recurramos con fé y con confianza, que en él todo lo encontraremos. Si en nosotros estuviera mas viva la fé, si la densa nube de nuestras pasiones no nos ofuscara las celestiales luces de este divino sol que tenemos en nuestros pechos, si el apego de nuestros corazones á bienes viles, inmundos y perecederos, no tuviera embargados todos nuestros afectos, facilmente conoceriamos y apreciariamos la grandeza de este incomparable don. Porque á la verdad, ¿cómo puede un racional conocer la grandeza y exorbitancia de esta fineza, y no moverse al solo recuerdo de este prodigio de amor? ¿Puede uno lisonjearse de ser humano y agradecido, y no abrasarse en amor de Jesucristo? ¡Tener un Dios tanto amor, tanta ternura para con el hombre, que se le haya dado todo á sí mismo, que por él se sacrifique todos los dias, que quiera y desée con ansia unirse y estrecharse tanto con él, hasta hacerse su comida y bebida! ¿son estas, almas cristianas, pruebas evidentes del amor que Jesucristo nos tiene? ¿Son estos motivos capaces de obli-

garnos á amarlo? ¿Puede haber mayor amor? ¿Puede este mostrarse con mas evidencia?

„Verdaderamente, si alguna cosa (decia un „gran siervo de Dios al contemplar la grandeza „de este beneficio) fuera capáz de hacer menos „firme mi fé sobre este misterio, no seria el po- „der infinito que Dios en él nos muestra, seria „el amor extremado que en él nos tiene. Porque „si se me pregunta, ¿cómo puede ser que el pan „se convierta en carne, sin dejar de parecer pan? „¿cómo pueda reducirse un cuerpo entero á un „espacio casi invisible? A todo esto bástame de- „cir que Dios todo lo puede. Mas si se me pre- „gunta, ¿cómo puede ser que Dios ame á una cria- „tura tan vil y tan ingrata como es el hombre, y „que lo ame con ansia, con vehemencia y hasta „el punto que lo ha amado? Confieso que no sé „que respuesta dar; que esta es una verdad que no „alcanzo: que el amor de Jesucristo para con noso- „tros es un amor excesivo, un amor incomprensible, „un amor inefable, un amor que debe llenar á todo „racional de asombro, de admiracion y de pasmo.". Hombres ingratos, por quienes solamente se han obrado tantos prodigios de amor, ¿qué os parece? ¿Jesucristo en el Sacramento del Altar merece ser amado y honrado de vosotros? ¿Puede hacer mas para hacerse amar? ¡Ah! qué bien dice S. Pablo: *El que no ama á Jesucristo, sea excomulgado.*

Habia ya nuestro divino Redentor casi agotado en favor del hombre los tesoros todos de su liberalidad, habia empleado los esfuerzos de su omnipotencia, usado los atractivos de su amor para ganarse nuestros corazones; y viendo que todo aun no bastaba, se nos ha dado á sí mis-

mo para merecerse nuestro amor. Y nosotros despues de haber ingratos y duros resistido á todos sus dones y gracias, ¿podrémos resistir á él mismo? Qué mas pretendemos, y qué mas podremos esperar. Si Jesucristo tuviera cosa mejor que darnos, ciertamente que nos la daria: pero con ser Dios infinitamente rico y poderoso, ni puede ni tiene cosa mejor que darnos que á sí mismo, dice San Bernardo.

¡Ah Redentor mio, decia el mismo S. Bernardo, si yo era incapaz de poderos mostrar mi agradecimiento á tantos y tan grandes beneficios como me habeis hecho, ¿cómo podré corresponderos al que me haceis dándome todo á vos mismo? Si vos me pidierais en recompensa todos mis bienes, mi sangre y mi vida, ¿pagaria con esto el precioso don que me haceis de vos mismo en la Eucaristía? Cuando todo esto os diera y en vuestro amor y gloria lo sacrificara, ¿os daria cosa equivalente á los bienes, á la sangre y á la vida de un Dios sacrificado? Y si vos, con ser Dios, os habeis dado todo á mí para ser todo mio, ¿por qué no me he de dar todo á vos para ser todo vuestro? Mas Jesus no nos pide tanto; solo quiere nuestros corazones, solo pretende nuestro amor, aquel amor, que tan pródiga como inútilmente empleamos en tantas criaturas miserables, y á Jesucristo, que únicamente lo merece, lo negamos. Nosotros amamos un animalito, á una bagatela, porque es nuestra; y no amamos á Jesucristo que es todo nuestro, y lo es en los modos mas propios para merecerse nuestro amor. Josus dulcísimo, ¡qué ceguedad y qué insensibilidad es la nuestra!

Alma religiosa; que con tanta predileccion

has sido entre millares escogida, por tí está en aquel sacramento escondido, por tí se sacrifica todos los dias sobre nuestros altares, y á tí se te da todo en la comunion; en tí ha puesto todo su amor, y tú eres el objeto de sus afectos. *Mira*, te dice S. Buenaventura, *á tu amable Esposo, que por un exceso de amor tiene abierto el costado para poder darte su Corazon;* pero en contracambio de tanto don, (dice el piadoso Taulero) pretende el tuyo para hacer en él su habitacion, y satisfacer al deseo que tiene de enriquecerte con mayores bienes. Pídeme cuanto quisieres, dijo un dia el divino Redentor á su querida esposa santa Lugarda, que pronto estoy á concederlo, y la santa no le pidió otra cosa que su Corazon; y Jesus entónces le pidió que ella tambien le entregase el suyo. Hízolo la santa con aquel anhelo que tienen los santos de poner su corazon en las manos de quien solamente merece todos sus afectos.

Este divino Salvador y Dios humanado pide el corazon á todos los cristianos; pero en modo especial y con un cierto mayor derecho lo pide *á sus esposas*, y á todas aquellas personas que con particularidad á él se han consagrado por medio de una tierna devocion á su santísimo Corazon. *Dame, hija mia, tu corazon*, te está continuamente diciendo, y esto significa las repetidas llamadas que hace el Esposo a la esposa. Abreme, esposa mia, para entrar á poseer tu corazon que debe ser todo mio: mio, por la donacion que mi Padre me hizo, dándome el imperio sobre todos los corazones: mio, por derecho de conquista, habiéndolo rescatado con mi sangre y con mi muerte: mio, por haberme tú

escogido por esposo y dueño de él: mio, porque profesándote devota del mio, debe unirse y estrecharse con él; y finalmente mio, porque á este fin te doy todo mi Corazon en la Eucaristía.

¿Qué mayor dicha podemos apetecer que esta union? ¿No excede infinitamente á cualquiera otro bien que pueda excitar la ambicion de los hombres? Estando unida á este Sagrado Corazon con hacerle una total entrega del tuyo y de sus afectos, ¡qué frutos no recogerás de santidad y de perfeccion! Tu corazon cada dia se irá haciendo mas humilde, mas apacible, mas condescendiente, mas caritativo, y en una palabra, mas conforme al Corazon santísimo de Jesus. ¿Y con todo, dudas darle á tu Esposo tu corazon? ¡Tan ciega estás y tan obstinada, que se necesiten discursos, exámenes y razones para determinarte? ¿Quién es el que en esto gana, Jesucristo, ó tú? Jesucristo no te necesita para nada; sin tí será tan grande, tan feliz y tan glorioso como lo ha sido y lo será siempre; y tú sin Jesucristo ¿qué serás? la criatura mas infelíz. una alma réproba. Si posees á Jesus, serás dichosa y feliz; pero ann mas dichosa serás si Jesus te posee á tí.

Leccion de Kempis, Lib. 4. cap. 2.

MEDITACION PARA JUNIO.

Sobre la mortal agonia y sudor de sangre de Jesus en el Huerto.

Entrando en agonia, oraba con mayor intencion; y vínole un sudor como de gotas de sangre, que chorreaba hasta el suelo. S. Lucas XXII, 44.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, como habiendo tu divino Redentor encontrado la segunda vez dormidos á sus discípulos, compadecido de su flaqueza, no quiso reprenderlos como antes, sino que los dejó durmiendo, y se retiró por tercera vez á orar á su Padre, pidiéndole de nuevo con mayor fervor que lo librase, si era posible, de aquel cáliz tan amargo que estaba para beber. En esta tercera oracion creció tanto la afliccion y congoja de su atribulado Corazon, que casi lo puso en punto de muerte, por lo que el Evangelista la llama agonia.

La guerra que la carne hacia al espíritu, la representacion de los tormentos que iba á padecer; la Magestad de su Padre tan ofendida; la ingratitud de los hombres que tan poco habian de apreciar su pasion y muerte, la consideracion de que siendo esta bastante á salvar infinitos mundos, con todo, serian pocos los que se aprovecharian de ella, y que los hombres despues de un beneficio tan grande, seguirian con mayor ingratitud ofendiéndolo; esto era lo que mas ator-

mentaba su afligido Corazon, y este el cáliz de que pedia ser librado. ¡Es posible, diria el afligido Señor entre sí, ¡ó hombres! que este es el pago que me habeis de dar! ¡Así correspondereis al amor con que por vosotros padezco y muero! ¡Ah! Si yo supiera, que viendo lo mucho que padezco dejariais de ofenderme, y comenzariais á amarme, entonces sí que me ofreceria con gusto, no á una sino á mil muertes. Mas al ver que despues de tantas penas sufridas por vosotros con tanto amor, me habeis de corresponder con tantos pecados y con tanta ingratitud: al ver que la sangre que voy á derramar por salvaros con ella, servirá, por el abuso que de ella hareis, para vuestra mayor condenacion: este es un tormento que á mi Corazon se hace insufrible. esta la pena que me pone en agonia, y esta la congoja que me hace sudar sangre.

Oprimido el divino Redentor con esta terrible representacion, se postró con el rostro por tierra, con aquel rostro que es gloria de los ángeles, y rogaba á Dios con tanto mayor fervor, cuanto era mayor su congoja y afliccion. Tanto esta llegó á oprimirlo, que comenzó á sudar sangre por todos los poros de su cuerpo en tanta copia, que bañó con ella hasta la tierra en donde estaba postrado. ¡O amor! ¡ó tormentos! ¡ó sangre de mi divino Redentor!

¡Qué es esto, adorable Jesus mio! Yo no veo en este Huerto, ni azotes, ni espinas, ni clavos que os hieran, ¿cómo, pues, os veo todo ensangrentado? ¿Quién, Señor, os saca tanta sangre? ¡Ah!.... sí ....lo sé, bien mio; mis pecados han sido el lagar que exprimio de vuestro Corazon toda esta san-

gre. ¿Conque yo tambien fuí una de vuestros crueles verdugos, que concurrí con mis ingratitudes á mas atormentaros y afligiros? Aquel pecado que tanto deleite me causó, aquellos pensamientos én que tanto me complacia, aquellos afectos que tanto he fomentado, causaron á vuestro afligido Corazon nuevos tòrmentos y amarguras.

Cierto es, Redentor mio, que si yo menos hubiera pecado, menos hubierais padecido: Luego cuanto mayor placer yo he tenido en ofenderos; tanta mayor amargura causé á vuestro amante Corazon! ¡Y cómo este pensamiento no me hace morir de dolor! ¡Cómo no me deshago en lágrimas al ver como he correspondido al inmenso amor con que tanto por mí padecisteis! ¿Conque yo con mis gustos y vanidades atormenté un Corazon tan amable, tan amoroso y tan paciente? ¡Qué cruel y bárbara que he sido! ¿Y tendré valor para seguirlo ofendiendo y atormentando mas? ¡Ah! Redentor mio misericordiosisimo, ¿qué excusa puedo daros, sino que he sido una loca y una temeraria? Perdoname, Jesús mio: y ya que de otra manera no puedo consolaros y deshacer lo pasado, sino arrepintiéndome de haberos ofendido, me arrepiento con todo mi corazon: dadme por vuestro afligido Corazon un dolor tan grande de haberos disgustado, que me haga llorar dia y noche mis ingratitudes.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, á tu divino Redentor en la mas cruel agonía, solo, postrado en tierra, y bañado en sangre. Contempla que esta sangre preciosa sale de su Corazon santísimo, y riega la tierra: que esta sangre se está por tí derramando, y que por tí implora al cielo piedad y misericordia. La suavidad y fragancia de este celestial licor penetra los cielos, y llega hasta el trono de Dios, le aplaca la ira, le quita el enojo, y lo reconcilia con los pecadores. El mismo divino Hijo lo ofrece á su Eterno Padre en satisfaccion de tus pecados y de todos los hombres. El Padre acepta la oferta, y se complace en la sangre de aquel inmaculado Cordero, infinitamente mas que en la de tantas víctimas como le ofrecian en la ley antigua: oye sus súplicas, y promete en virtud de ellas oir y perdonar á todos los que se le presentaren lavados con esta sangre. Jesus te la ofrece, y te la deja toda en los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía, para que en ella te purifiques, y con ella laves todas tus manchas, y así lavada y purificada te presentes al tribunal del Altísimo.

Mas tú, alma mia, ¿cómo recíbes, cómo agradeces y cómo usas de esta celestial purificacion? Con indiferencia, con tibieza, y raras veces. Tu fé es poca, tu caridad ménos, y tu fervor ninguno. ¿Acaso envidias la dicha de aquella tierra que fué bañada con esta preciosa sangre? ¿Pero cuál es tu fé si tal envidias? Tú la recibes toda entre tu pecho cuando comulgas, no solo la que

se derramó en el Huerto, sino tambien la que se derramó en el Calvario. Una gota sola de este preciosísimo licor basta á purificar las almas de todos los pecados del mundo. Tú no has cometido tantos, tú la has recibido toda, no una sino muchas veces; y con todo, ¡aun no eres pura, aun estas llena de manchas ó de imperfecciones! ¿De dónde proviene esto? Cuando la medicina es por sí eficáz, si no hace todo su efecto, no debe atribuirse á otra cosa sino á la mala ó poca disposicion del enfermo.

Si en esta preciosa sangre que tan liberalmente se ofrece á todos en los sacramentos, tienes, alma mia, todos los bienes que puedes desear, y el remedio mas eficáz para todos tus males, ¿por qué estás tan miserable y tan enferma? Señas que ó no te aplicas este remedio, ó si te lo aplicas, no lo haces con las disposiciones que debes. Una sola comunion bien hecha bastaria para hacer de un pecador un santo; tú has hecho muchas, y no has ni siquiera comenzado á ser santa: ¿y por qué? porque recibes esta medicina con nausea, con pocas ganas, por motivos humanos, llena de pasiones y de terrenos afectos; estos son los que te causan las indisposiciones, y que impiden el fruto de esta sangre. Si tú la recibieras como la recibian una Gertrudis, una Clara, una Catalina, una Teresa y otra infinidad de almas santas, en tí producíria los maravillosos efectos que en éllas producia, y ya serias tan santa como ellas fueron. Animo pues, alma mia, destierra de tí estos afectos que tanto bien te impiden. Esta sangre es el bálsamo mas saludable para sanar las mas encanceradas llagas de una

alma; ella sanará las tuyas si te la aplicas por medio de una sincera y dolorosa confesion sacramental. Esta sangre es la mas dulce y suave medicina que sana y fortalece nuestras almas; ella te sanará y fortalecerá, si con amor y fervor la recibes en la Eucaristia.

O Sangre preciosísima de mi amado Redentor, ya que por mi bien fuisteis con tanto amor derramada, venid toda sobre mí, y lavadme de todas mis manchas y pecados: sois el único bálsamo de mis llagas, y solo vos podeis sanarlas: sois la medicina de todas mis enfermedades, y solo vos podeis curarlas, y en solo vos tengo todas mis esperanzas. Redentor divino, ya que tanto me habeis amado, que por mi bien derramasteis tanta sangre, haced, Señor, que yo me sepa aprovechar de ella en los Sacramentos, y que por culpa mia no se impida su eficacia. Sois amante y sois poderoso: ved aquí á vuestros piés enferma y llena de miserias á vuestra sierva que tanto amais: basta que vos querais, y yo seré salva: una sola gota que me apliqueis de vuestra sangre, basta á sanarme de todas mis enfermedades: con ella me redimisteis, y por ella os pido, Redentor mio, que me salveis. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon santisimo de Jesus en el Sacramento está continuamente ardiendo en deseos de unirse con nuestras almas. Procura tú avivar en el tuyo los deseos de unirte y estrecharte mas

y mas con él. Ejercítate en vencer aquella pasion y defecto que mas te impiden esta union. Examina cuáles, que fácilmente te lo dirá tu conciencia, por mas que tu amor propio te lo quiera encubrir: luego que lo hayas conocido, declárale una mortal guerra, y sin darle tregua alguna, persíguelo hasta vencerlo con la ayuda, que no te faltará de tu amado Esposo. Traeras de esto exámen particular; y si por desgracia cayeres alguna vez, no te des por vencida: humíllate, recurre prontamente al Corazon santísimo de Jesus, confiésale tu culpa, pídele perdon y gracia para vencerte, y dile que si él no te ayuda, tú por tí sola nada puedes.

2. El Corazon santísimo de Jesus, bien que lleno de tristeza y amargura, se consoló y confortó con solo la consideracion de que era voluntad de su Padre que bebiera aquel amarguísimo cáliz. Esta misma consideracion te debe consolar á ti en todas las adversidades. ¿Qué mayor consuelo que saber que aquello que nos sucede y aflige es la voluntad de nuestro Dios? Quien ama á Jesucristo, quiere lo que Jesucristo quiere, y ninguno se aflige ni entristece si sucede lo que él quiere. Procura, pues, en todo este mes desterrar de tí toda tristeza y melancolía conformándote enteramente con la voluntad divina, principalmente en las adversidades, (que en las prosperidades todos facilmente nos conformamos): dile con frecuencia: hágase, Señor, en mí siempre tu voluntad, y jamás la mia. Aquel ama verdaderamente á Jesus, que hace la voluntad de Dios y no la suya.

AFECTOS

DE SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZZIS,

AL CORAZOIN SANTSIMO DE JESUS.

O Corazon santisimo de mi amado Jesus, fuente y origen de toda vida: en quien las almas justas reposan y mueren como en su nido, pero de una muerte que es eterna vida, porqué viven dias felices y años eternos; pero yo no merezco tanta dicha. ¡Ah! Redentor mio, cuanto me confundo y avergüenzo en vuestra presencia! Si vuelvo á ver mis pasados años, mis dias mal empleados, mis obras mal hechas, en todo encuentro que os he ofendido. ¡Ah! ¡Es este el fruto que yo he sacado de tantas gracias como me habeis hecho! ¡Esta la gratitud, este el obsequio con que os he correspondido tantas finezas! ¿Cómo podré, Jesus mio, presentarme ahora á vuestro trono para pediros mas gracias y favores? ¿Cómo podré pretender habitar en vuestro divino Corazon, y gozaros un dia entre las almas bienaventuradas, si os sigo ofendiendo? ¿Qué, pues, deberé hacer? Dios mio, si tanto os he ofendido, no quiero haceos la última y mayor de todas las ofensas, cual es desconfiar de vuestra infinita misericordia. Sé bien que no merezco perdon; pero ese amante Corazon, esa sangre por mi amor derramada, me hacen esperar que me perdonareis.

Yo os ofrezco ese Corazon santisimo, que lleno de caridad y misericordia para conmigo, os indujo á derramar vuestra sangre por mí, y quedaros en este Sacramento de amor. Este mismo Corazon interceda por mí, y os mueva á tener misericordia de mi pobre alma, y perdonarme enteramente todos mis pecados, ingratitudes é irreverencias con que os he ofendido: todos los aborrezco y todos los detesto. Mas no basta, Jesus mio: añadid á tantas gracias como me habeis hecho, la mayor que podeis hacerme y la que yo mas deseo, cual es que el resto de mi vida lo emplée todo en amaros y en hacer siempre vuestra voluntad santisima: hacedme comprender que el amaros y hacer lo que vos quereis, es la cosa mas amable que hay en cielo y tierra. Llena de esta confianza me entro por la llaga de vuestro costado á reposar en el amado nido de vuestro amabilisimo Corazon. Récibid mi alma en él, Jesus mio, lavadla con vuestra sangre de sus manchas, purificadla con vuestras llamas de sus imperfecciones, abrasadla y consumidla con vuestro amor, que de tan dulce nido no me partiré jamás. Amén.

JULIO.

—

LECCION ESPIRITUAL.

Cuanto debemos amar á Jesucristo por lo mucho que padeció por nosotros.

Nos ha mostrado Jesucristo la grandeza de su amor, habiendo muerto por nosotros, aun cuando eramos pecadores y enemigos suyos. Ad. Rom. v. 8.

El padecer por la persona amada es la mayor y mas convincente prueba del amor. Todas las otras, ó son dudosas, ó se hacen débiles en comparacion de esta. No hay duda que los beneficios son pruebas fuertes de una sincera amistad, pero al fin, ellos no prueban otra cosa, sino que apreciamos mas la tal persona que á nuestros bienes, cuando en su favor nos despojamos de estos; pero padeciendo por ella, damos á conocer que la preferimos á nosotros mismos. *Ninguno,* (dice la Eterna verdad) *tiene mayor caridad que aquel que da la vida por sus amigos:* y con razon, pues la vida es el bien que mas nos intereza; de donde posponer esta al bien de otro, es lo sumo á que puede llegar el amor de los hombres, y á este grado solo llegó el que Jesucristo nos tenia: grandes pruebas nos habia dado de lo mucho que nos amaba, con tantos beneficios como nos habia hecho; pero aun no estaba

contento, queria dárnoslas mayores, queria que lo conocieramos, y con lo extremado de esta prueba mover mas nuestros corazones.

Es verdad, dice San Bernardo, que los beneficios de la creacion, de la conservacion y otros mil que el Señor me ha hecho y continuamente me hace, son poderosísimos motivos que me obligan á amarlo; pero entre estos hay uno que sobre todos me mueve, me estimula y me enciende. Si, Jesus mio, de cuanto por mí habeis hecho, lo que mas cautiva mi corazon es el cáliz de amargura que con tanto amor bebisteis por salvarme: la obra de nuestra redencion es la que os hace amable sobre todo; y en pocas palabras da el santo la razon: porque mucho le costó á mi Salvador el redimirme. Para criarme bastó solo una palabra suya, tanto le era fácil sacarme de la nada; mas para rescatarme, despues que por mis pecados me habia perdido, mucho sudó, fatigó y padeció. De Señor que era, se hizo siervo, de rico pobre, de Hijo de Dios, hijo del hombre. Acuérdate pues, hombre, acuérdate tú, esposa de Jesucristo, que si Dios te hizo de nada, no te rescató con nada: mucho le has costado, y mucho solo por esto le debes.

Para mejor penetrar la grandeza de este beneficio, examinemos algunas de las circunstancias que lo acompañan, mientras no hay una que no sea relevante, y que no lo haga digno de un infinito agradecimiento: quién padece, qué padece y por quién padece. Tres principales puntos que deben siempre meditarse en la pasion de nuestro amable Redentor.

Quien padece es Jesucristo, Hijo unigénito de

Dios vivo y de la Virgen Maria. Dios y hombre verdadero, por su ser y naturaleza divina inmortal é impasible. Señor absoluto é independiente de todo lo criado, no podia ser obligado á padecer de ningun principio fuera de sí. No tenia tampoco en sí razon alguna de padecer, porque siendo el Santo de los santos, ó por mejor decir la misma santidad, no podia tener pecados que purgar, ni penas que sufrir. Solo pudo obligarlo el infinito amor de su Corazon para con los hombres; mas esta razon que lo obliga es la que dá el mayor realce á su mérito para ser amado: mientras no es ya esta una obligacion de justicia, es toda de caridad, y de caridad no obligante bajo alguna ley, precepto ó mérito alguno nuestro, si nacida toda de la bondad de su Corazon santísimo. Padece sin necesidad ó interes alguno de parte suya, porque siendo Dios, no puede tener necesidad de sus criaturas. La dignidad infinita de la persona que padece, y el amor que lo obliga á padecer, son dos poderosísimos motivos que hacen infinitamente apreciable este beneficio.

Si Dios hubiera mandado un ángel á padecer y morir por nosotros, grande hubiera sido la prueba de su amor, mientras sacrificaba por nuestro bien una de sus mas excelentes criaturas; mas habiendo querido ser él mismo la víctima de nuestro rescate, ¿qué términos ni qué correspondencia puede tener esta fineza? Los santos Tobias, padre é hijo, no sabian como mostrarse agradecidos, ni menos como corresponder á los servicios que habian recibido del arcangel S. Rafael, aun cuando lo creian Azarías y hombre como ellos. ¿Qué recompensa, se decian llenos de reconocimiento,

le darémos, ó cómo podrémos corresponder dignamente á sus beneficios? Mas cuando supieron que no era un hombre sino un ángel en figura de hombre el que los habia servido, llenos de espanto y admiracion se estuvieron por tres horas postrados con las caras por tierra, alabando y bendiciendo al Señor por un beneficio que ellos no podian comprender. Mas, Dios santo, ¡cuál es nuestra fé! ¡cuál nuestro reconocimiento! Si creemos que no yá un ángel, no un serafin, sí el Rey de los ángeles, la gloria de los serafines, el Unigénito de Dios vivo, bajó en persona á la tierra á hacerse hombre para padecer y morir por nosotros, ¿cómo no estamos postrados en tierra, no ya por tres horas, sí por siglos eternos alabando y bendiciendo á un Dios tan bueno que tanto nos ama, y tanto bien nos ha hecho?

¿Cómo podemos pensar estas eternas verdades, y no nos deshacemos en amar á bienhechor tan insigne? ¿Y cómo en vez de amarlo nos empleamos en ofenderlo? ¿Somos de mármol ó somos de carne? ¿Somos racionales ó somos fieras?

Mucho mas se hará monstruosa nuestra insensibilidad si ponderamos lo mucho que padeció. Grande seria nuestra obligacion, y grande la prueba del amor de este divino Corazon, si Jesucristo nos hubiera redimido con solo una gota de su sangre, pues sola ella vale mas que infinitos mundos. ¿Qué se diria y qué se pensaria, si estando una pobre doncella en los últimos extremos de su vida, los médicos todos le dijeran que su mal no tenia otro remedio, que el lavarse con la sangre del primogénito del rey? A tal propuesta, quien no desesperaria de la salud de aquella in-

feliz, viendo que el remedio era mas costoso y mas precioso que la vida de una pobre? ¿Quién seria aquel insensato que se atreviera á pretender semejante medicina? Y si estando esta infeliz en la desesperacion de obtener la vida, viera entrarse por sus puertas al mismo príncipe, que sabedor de su peligro venia en persona á ofrecer sus reales venas á los cirujanos para que se las abrieran, y de ellas sacasen el remedio de aquella enferma, ¿cuál seria el asombro de esta, cuál su agradecimiento á vista de una fineza tan grande como no esperada? Mas qué, es por ventura inferior y de menos admiracion el caso en que nos hallamos?

Nuestras almas mortalmente heridas por el pecado, estaban ya irremisiblemente destinadas á la muerte eterna; para ellas no habia otro remedio que lavar sus llagas en la sangre del divino Cordero, Unigénito del Eterno Padre. Una tal medicina era infinitamente mas preciosa que la vida de infinitos hombres. ¿Quién podia pretenderla, quién esperarla? Sino es que compadecido el Verbo Divino de tanta miseria, viene en persona del cielo á la tierra, se viste de nuestra misma naturaleza, para tener sangre con que lavar nuestros pecados; ofrece espontáneamente su cuerpo todo á los mas crueles é inhumanos verdugos, para que se la saquen á fuerza de azotes, espinas, clavos y lanza; no contento con haber derramado toda la de su adorable cuerpo, se deja rasgar la parte mas preciosa de él, su amante Corazon. Y con todo, ¿esta fineza no nos pasma, no nos encanta, no nos muevo á amar á quien tanto ha padecido por nosotros? ¡Dios mio,

qué encanto es este! ¿Es posible que nosotros que no podemos ver sin conmovernos el suplicio de un malhechor, hayamos de ver con tanta indiferencia la pasion y muerte de nuestro Salvador, de nuestro Padre, de nuestro Dios? ¡Un Dios por nosotros azotado! un Dios coronado de espinas! un Dios befado, escarnecido, maltratado, escupido! un Dios que tiene su trono sobre los querubines y serafines, clavado por nuestro amor en un infame madero, y el autor de la vida morir como un malhechor entre dos infames ladrones? ¿Esto no nos conmueve? ¿Esto no basta para hacernos amar á quien tanto nos amó? Jesus mio, yo no sé cuál sea mas prodigioso, si el exceso de vuestro amor, ó la monstruosidad de nuestra ingratitud!

¡Ah! que el padecer de Jesucristo no fuera tan admirable como es, si solo hubiera padecido por la gloria de Dios, que al fin padecia por un objeto infinitamente digno: pero que haya padecido tanto y con tanto amor por el hombre, criatura vil é ingrata, de quien recibia y habia de recibir hasta el fin del mundo mil ofensas é ingratitudes, es cosa que admira y confunde. Si pudieramos conocer qué cosa es Dios, y qué cosa es el hombre, cuánta la grandeza del uno, y cuánta la bajeza del otro, menos entenderiamos cómo podian acordarse entre sí estos dos términos: *un Dios, que padece y muere por el hombre*. Mas si tuviéramos la fortuna de conocerlo, ¿no tendriamos motivos suficientes para morir de dolor por haber ofendido á un Señor tan bueno? ¿No amaríamos con todas nuestras fuerzas, con todo nuestro corazon á un Dios tan enamorado de nosotros

que casi olvidandose de si mismo y de su grandeza, padece tanto y muere por salvarnos? No clamariamos como clamó un santo: *Y qué! yo veo morir por mí en una cruz á mi amor y á mi Dios, ¿y aun vivo y con él no muero!* *Mas si vivo, viviré solo á Jesus, que ha querido morir para que yo viva.*

Yo estoy firmemente persuadido que el no amar los cristianos tiernamente á Jesucristo, es porque no pensamos ni meditamos sériamente en su pasion y muerte. ¿Cómo es posible que una alma que tiene fé, y considera los dolores, las afrentas é ignominias que Jesucristo, el mas amable de todos los hombres, sufrió con tanto amor por salvarla, no se deshaga en amor de un Dios tan bueno y tan amante? Las llagas de Jesus, dice S. Buenaventura, son llagas de amor, son dardos, son saetas, que hieren y traspasan los corazones mas duros, son llamas que abrazan los ánimos mas helados.

Mas ¿por qué tantos cristianos miran con tanta indiferencia á Jesucristo clavado en una cruz? ¿Por qué asisten en la semana santa á las funciones con que nuestra madre la santa Iglesia renueva la memoria de esta pasion y muerte, sin siquiera derramar una lágrima de compasion, sin hacer un afecto de ternura y gratitud, como si se representaran cosas fabulosas, ó nada pertenecientes á nosotros? ¿Acaso no saben ó no creen lo que los Evangelistas dejaron escrito de la pasion y muerte de Jesucristo? Sí, lo saben, y bien lo creen: pero nada ó poco piensan en esto: que si pensaran, era imposible que por frios que estuvieran no se encendieran en amor de un Dios que padece y muere por su bien.

El amor de Cristo nos estrecha, dice S. Pablo; y quiere decirnos, que en la pasion de nuestro Redentor no tanto debemos ponderar los dolores y desprecios que sufrió, cuanto el amor con que los sufrió; ya que Jesucristo padeció tanto, no solo por salvarnos, cuando bastaba una lágrima suya para salvar mil mundos, sino para mostrarnos tambien la grandeza de su amor de su amante Corazon para con nosotros, y ganarse con esto los nuestros. O almas bienaventuradas, que meditais con frecuencia en la pasion y muerte de Jesucristo, vosotras, dice Isaías, sacareis de las llagas del Salvador, como de dulces y perennes fuentes, las puras y saludables aguas del divino amor: vosotras sereis puras y santas, ya que como dice Orígenes, no reina el pecado en aquellas almas en quienes vive la memoria de la pasion del Salvador.

MEDITACION PARA JULIO.

Sobre el amor y humildad del Corazon santisimo de Jesus, en sufrir los ultrages y desprecios en su prision.

Le hemos visto despreciado, y el ultimo de los hombres. Isaias. LIII. 2.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, cuales serian los sentimientos del Corazon de tu divino Redentor, al verse tan ultrajado de aquellos mismos hombres que tanto amaba y á quienes tanto bien habia

hecho. ¡Quién creyera que el personage mayor y mas noble de todo el mundo, el Unigénito de Dios, el autor de la vida, el creador y conservador de todas las cosas, habia de ser tan maltratado, despreciado y ultrajado de los hombres, criaturas suyas, como si fuera el ínfimo de la plebe, y el mas vil esclavo!

Concluida su oracion, y sabiendo que ya era llegada la hora, y que Judas y sus enemigos se acercaban para prenderlo, se levanta, y bañado en sudor les sale al encuentro. Judas se le presenta el primero, y fingiéndose amigo lo saluda con el beso de paz, y aquel mansísimo Cordero lo recibe; y no obstante que conocia la traicion de aquel pérfido, lo trata con el dulce nombre de amigo: *Amigo á qué has venido?* ¡Qué herida tan penetrante no seria esta á su amante Corazon! Vuelto á los judios, que aun despues de las señas no lo conocian, con la misma mansedumbre les pregunta: *¿A quién buscais?* Imaginate, alma mia, que á tí te pregunta tu Redentor cuando á él te presentas: *¿A quién buscas?* ¿A quién he de buscar, Salvador mio, sino á vos que sois mi único bien: á quién ha de buscar una oveja descarriada, sino á su Pastor, que con tanta solicitud la busca? A vos, Senor, os busco, no para ofenderos, sí para amaros, y pediros perdon de mis pecados.

Los sayones y ministros se echaron como lobos sobre el inocente Cordero, poniendo en él las sacrílegas manos, y lo atan con sogas y cadenas como si fuera el mas infame malhechor. ¡O cielos santos, que es lo que veo? ¡Un Dios atado! ¡El Todopoderoso, el Señor de todo lo criado, amarrado! ¿Y por quiénes? por los hombres viles gusanos de

la tierra. Angeles del cielo, ¿qué decís? Mirad aquellas manos, con las cuales fuisteis criados, que han obrado tantos prodigios, sanado tantos enfermos, dado vista á tantos ciegos, vida á tantos muertos, cómo ahora están atadas con infames lazos. Y vos, Redentor divino, Dios omnipotente, ¿cómo os dejais atar de vuestras criaturas? ¿Qué poder tienen estas contra su Criador? ¿Qué tienen que hacer las cadenas de los esclavos y las prisiones de los reos, con el Rey de reyes, con el Señor de todo lo criado? A mí están bien esas cadenas y prisiones, que soy la rea y la culpada, no á vos, mi bien, que sois inocente.

Pero ¡ah! que ya entiendo el prodigio; no son las cadenas las que os tienen aprisionado; ese amor en que arde y se consume vuestro Corazon, es el que os aprisiona, y el que finalmente os conduce á la muerte. ¡O amor divino: exclama S. Lorenzo Justiniano, fuerte y mas fuerte que la misma muerte, pues solo tú has podido atar á un Dios Todopoderoso! Yo por mis pecados debia ser entregada á los demonios, y Jesus abandona su cuerpo y vida en manos de los ministros infernales para librarme á mí de su tiranía. ¡O amantísimo y buen Pastor, que con tanta bondad os dejais despedazar de los lobos por salvar la vida de vuestras miserables ovejas! ¡O amantísimo Cordéro, que sin proferir palabra, ni hacer la menor resistencia, os dejais sacrificar para lavar con vuestra sangre nuestros pecados! ¡Cómo á vista de tanto ejemplo, no sé sufrir el menor desprecio por vuestro amor, cuando vos habeis sufrido tantos por el mio? Vos grande, vos santo, y vos humilde; yo vil pecadora y soberbia: Jesus mio, por el amor y

humildad con que os dejasteis aprisionar, perdonadme mis pecados, y libradme de las cadenas de mis malos hábitos y de la esclavitud de mis pasiones; atadme con las fuertes ligaduras de vuestro amor, para que á vos ligada, no viva sino para amaros, y como vuestra esclava serviros.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como preso y atado tu divino Redentor, como si fuera un público malhechor, lo llevan por las calles publicas de Jerusalén con gran tropelia y algazara: mira como aquel amantísimo Cordero se deja arrastrar de aquellos lobos: ¿y sus discípulos dónde están? ¿qué hacen? Si no pueden librarlo de las manos de sus enemigos, ¿por qué no lo siguen, para atestiguar al menos de su inocencia delante de los jueces, para consolarlo al menos con su compañia? Todos huyeron, y lo dejaron solo en el peligro, despues de tantas promesas que le habian hecho de morir en su compañia. ¡Cuál seria la pena de aquel fino Corazon al verse tan ingratamente abandonado de sus enemigos? ¡Ah! que en este punto se le representaron, para mas afligirlo, todas aquellas almas mas favorecidas y privilegiadas de él, que lo habian despues de abandonar y voltearle las espaldas. Una de éstas he sido yo, Jesus mio, que despues de tantas gracias, luces y favores que de vos habia recibido; despues de haberme escogido entre millares para esposa vuestra; despues de tantas promesas que en tiempo de tranquilidad os habia hecho; llegado el tiempo de la tentacion, os he abandonado, por seguir un apetito,

por no privarme de un gusto, por condescender con una pasion. Perdonadme, Redentor divino, y recibidme ahora, que arrepentido á vos me vuelvo, para no abandonaros mas.

Sigue, alma mia, á tu divino Esposo, y miralo como entra por aquellas calles amarrado como ladron, por donde pocos dias antes habia entrado en triunfo, aclamado como Profeta é hijo de David: ahora lo meten como un asesino, publicándolo por un impostor y sedicioso. Con el rumor y algazara que hacia aquella canalla, la gente con la curiosidad salia á las puertas y se asomaba á las ventanas para ver lo que pasaba. ¿Quién es el preso? preguntaban. Jesus Nazareno, respondian, que se ha averiguado ser un impostor, un sedicioso y falso profeta. ¿Qué eco harian estas blasfemias en aquel amante Corazon? ¿Qué diria al ver así correspondido su amor al concepto que de él hacia su escogido pueblo? Todo lo oia, y todo lo sufria con admirable paciencia y humildad. Bien podia con solo una palabra confundir y aniquilar á todos sus enemigos: con todo, no se queja, no muestra el menor resentimiento, ni se le ofrece siquiera el mas ligero pensamiento de venganza. Lleno de vergüenza, con la cabeza inclinada, los ojos en tierra, las manos atadas y el Corazon en el cielo, se deja llevar de tribunal en tribunal, de Herodes á Pilatos. ¡Qué espectáculo de mayor ternura para el Eterno Padre, de mayor admiracion para los ángeles, y de mayor confusion para los hombres! ¡Qué ejemplos tan bellos para una esposa!

Alma mia, ¿cómo los imitas? ¿cuál es tu paciencia: cuál tu sufrimiento cuando te ves maltra-

tada ó injuriada de otros! ¡Ah! si en mi mano estuviera el vengarme, cuántas veces no hubiera confundido á los que me injurian. Callo muchas veces, porque no puedo hablar; y si puedo, me desahogo con mayores injurias de las que me dicen. ¡Qué rencores, qué malos deseos de venganza fomento en mi corazon! todo contrario al Corazon de Jesucristo. ¡Qué diversidad de corazones! el del Esposo, inocente, dulce y pacífico; y el de la esposa, reo, inquieto y vengativo.

Pacientísimo Jesus, cuánta es la confusion que me causa esta comparacion. Qué he aprendido de vuestras lecciones, y qué poco sigo vuestros ejemplos. Vos, justo y absoluto Señor de todo lo criado, quisisteis por mi amor ser aprisionado é injuriado; y yo la esclava y la culpada, no quiero mas sino honores y libertad. ¿En qué ley cabe que un Dios haya de sufrir tanto por la criatura, y la criatura no haya de sufrir algo por su Dios? No. Redentor mio, no será así de aquí adelante. Si vos sin merecerlo, sufristeis tanto por mi amor, razon es el que yo lo merezco, sufra tambien por el vuestro. Dadme, Señor, esta gracia que os pido, por lo mucho que por mí habeis padecido. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon Santísimo de Jesus en el sacramento, por un exceso de misericordia, sufre pacientemente las injurias é irreverencias de los malos cristianos. Tú á imitacion suya, y por su amor, sufre con paciencia las injurias ó agravios que tus prójimos, así domésticos como forasteros, te hicieren. Acuerdate que no eres mejor que tu celestial Esposo, y que por mas que te injurien y desprecien, nunca lo seras tanto, ni mas injustamente de lo que lo fué Jesucristo por tí. Alégrate cuando se te ofreciere alguna ocasion de estas, abrázala con gusto, é imita á tu Salvador, y dale gracias por la ocasion que te da de asemejarte á él.

2. El Corazon Santísimo de Jesus es ofendido en el sacramento, por los malos fines con que muchos cristianos van á la iglesia. Consuélalo tú, y procura resarcirle esta injuria, con purificar la intencion en todas las cosas, no haciendo cosa alguna que no sea con el solo fin de agradarlo, y hacer su voluntad santísima. La esposa que se adorna, se compone ó hace alguna cosa por agradar á otro que á su esposo, ya es infiel. Por tanto, procura desde por la mañana luego que te levantes enderezar á Dios todos tus pensamientos, palabras y obras que hicieres en aquel dia, ofreciéndoselas unidas á los afectos de su Corazon santísimo, protestándole que no quieres pensar, decir ni obrar cosa alguna, que no sea conforme

á los sentimientos de su Corazon, y que todo cuanto hicieres &c. lo haces únicamente por agradarlo. Renueva entre dia esta intencion, á lo menos al principio de las obras mas principales, como oracion, misa, refectorio, labor, &c. y lo puedes hacer con esta breve jaculatoria. *Todo sea, Dios mio, á mayor honra y gloria vuestra.* Santa Maria Magdalena de Pazzis cuando veia alguna de sus novicias ocupada en hacer alguna cosa, le preguntaba: *¿A qué fin, hermana mia, haceis esto?* y si inmediatamente no le respondia que lo hacia por agradar á Dios, la reprendia, porque una religiosa no debe tener otro fin.

ACTO DE SATISFACCION

AL CORAZON SANTISIMO DE JESUS.

O amabilísimo Corazon de mi amado Redentor, Corazon el mas fino y el mas amante de todos los corazones, siempre enamorado de los hombres, y siempre de ellos mal correspondido. Vos, Jesus mio, en el tiempo de vuestra mortal vida, no hicisteis otra cosa sino mostrarnos vuestro amor hasta consumiros por nosotros. Ya glorioso quisisteis para consuelo de vuestros fieles quedaros presente en el sacramento de la Eucaristía, en la cual ardeis del mismo amor, y diariamente os sacrificais millares de veces por nuestro bien. No obstante tanta fineza, ¿cuál es, Señor, la recompensa que de la mayor parte de los hombres recibis en este sacramento de amor? Irreverencias, desprecios, sacrilegios y ultrajes, acaso mas sensibles de los que en vida recibisteis,

Movida de tal exceso de ingratitud, con el corazon traspasado de dolor y llena de confusion me postro en vuestra presencia; lloro vuestro amor ofendido, vuestras finezas despreciadas, detesto todas mis ingratitudes, y humildemente perdon os pido de todas ellas. Deseo con este acto satisfaceros todas las injurias que yo os he hecho, y las que os han hecho y os hacen los malos cristianos. Quisiera, bien mio, poder borrar con mi sangre y lavar con mis lágrimas todas las iniquidades cometidas en vuestra presencia. Feliz mi vida, dichosa mi sangre, si sacrificarla pudiera por tan bella causa: ¿pero qué cosa es mi vida, qué es mi sangre para satisfaceros con ella? Nada en sí; pero no tengo mas que ofreceros: y para que os sea agradable, yo os la ofrezco unida á la vuestra, que por mi amor sacrificasteis: recibidla, Redentor mio, y por vuestro Corazon santísimo concededme el perdon que os pido, y haced que sea eficáz y sincero el propósito que ahora tengo de seros de aquí adelante mas agradecida, y de mostraros mi amor y reconocimienio en este adorable sacramento, con la modestia y humildad en vuestra presencia, con la frecuencia en visitaros, con la devocion y fervor en recibiros. Amén.

AGOSTO.

LECCION ESPIRITUAL.

La infinita misericordia con que Jesucristo nos ha perdonado tantos pecados, y la paciencia con que sufre nuestras ingratitudes, es prueba del inmenso amor de su Corazon santísimo, y poderoso motivo de nuestro amor y confianza.

Rico es el Señor de misericordia por la gran caridad con que nos amó, aun cuando estábamos muertos por nuestros pecados. Eph. 11. 4.

Bien que todos los atributos divinos sean infinitamente perfectos, y por consiguiente infinitamente amables, el de la misericordia tiene un cierto atractivo, que se hace sobre todos amable, acaso porque es el que mas nos conviene y del que mas necesitamos los pecadores. Jesucristo mientras vivió, de ningun otro usó con mas frecuencia que de este, que lo hacia el mas dulce y el mas amable de los hombres. Toda su vida santísima, todas sus acciones, toda su celestial doctrina está llena de rasgos de misericordia; de suerte que queriendo el profeta Isaias describirnos el distintivo ó carácter del Mesias, y darnos señas individuales para conocerlo, no nos pinta las luces maravillosas de su doctrina, no el esplendor de su santidad, no lo prodigioso de sus milagros, sí únicamente los admirables efectos de su dulzura, de su paciencia, de su misericordia.

Entre estos se hacen mas admirables la pacien-

cia con que nos sufre, la solicitud con que nos busca, y la generosidad con que nos perdona tantas iniquidades. Es cosa que asombra ver á un Dios infinitamente poderoso, como insensible á las innumerables y continuas ofensas que le hacen los hombres; que no parece sino que no pensamos mas que en ofenderlo, y provocar contra nosotros los rigores de su justicia! Dios vé todas las injurias que le hacemos, aun aquellas que salen de lo oculto de nuestros corazones: conoce toda la gravedad de su malicia, las detesta, las aborrece, puede castigarlas en el instante en que las cometemos con penas eternas, sin el menor detrimento de su infinita bondad, antes bien con eterna gloria de su divina justicia; puede consumirnos y aniquilarnos con la misma facilidad con que nos crió: puede hacer que en el mismo acto que pecamos se abra bajo nuestros pies la tierra y nos sepulte vivos en el infierno: puede permitir á las criaturas que se armen contra nosotros, para vengar la injuria que se hace á su Criador: con todo, nada de esto hace; calla, sufre, y pacientemente espera el momento de nuestra conversion para perdonarnos. ¿Y por qué? Porque en aquel Corazon divino, dice Jeremias, que todo es dulzura, todo piedad, todo misericordia, no anidan pensamientos de rigor y de venganza. Protesta, que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva; por eso no lo condena luego, sino que pacientemente lo espera que vuelva para perdonarlo.

Desde que el mundo es mundo, no se lée que un príncipe soberano haya perdonado cinco veces á un vil súbdito suyo, que otras tantas ha-

ya sido traidor, atentando contra su real vida. Y Jesucristo, Rey de reyes, ¿cuantas infidelidades nos habrá perdonado á la hora de esta? Cada pecado que hemos cometido, ha sido un atentado horrendo contra la Magestad divina, por el cual debiamos, segun rigor de justicia, ser condenados á padecer eternamente. Con todo, este benignísimo Señor sigue paciente y amoroso, no solo disimulando, sino lo que mas es, conservándonos la vida, la salud, las fuerzas, y aquellas potencias y sentidos, sin las cuales seriamos infelices, y que nos dió para que con ellas lo amáramos, y nosotros nos hemos servido de ellas para ofenderlo.

No se ha oido que un rey perdone repetidas voces á quien repetidas veces lo ha gravemente ofendido; mucho menos se habrá oido que el rey agraviado y ultrajado busque él mismo y solicite la amistad de un vil ofensor que para nada necesita. Tanta bondad y tanta mansedumbre solo caben en el corazon de un Dios infinitamente misericordioso. Solo Jesucristo, dice S. Juan Crisóstomo, es el Soberano que como si él fuera el ofensor y el pecador el ofendido, lo busca y solicita para que vuelva à su gracia, y estando en ella se libre de las penas eternas que tan merecidas se tiene. ¿Qué no hace, qué maneras no usa, qué industria no practica para ganarse al pecador que se le ha enagenado? Ya lo turba con repetidos remordimientos de conciencia: ya lo atemoriza con continuos temores nacidos del peligro de las penas eternas, de la incertidumbre de la muerte, de lo terrible de su juicio: ya lo estimula al arrepentimiento con la

memoria de sus beneficios, de sus premios, de su amor. Todas estas son voces con que Jesucristo llama al pecador á que se convierta y vuelva á su amistad.

Que si este persiste en hacerse sordo á estas voces, el mismo Señor usa de otras industrias, tanto mas amorosas, cuanto mas ingeniosas, para convertirlos. Toma todas las figuras, se viste de todas las apariencias para encontrar una que sea capaz de ganarse el corazón del hombre rebelde: observa su natural, se acomoda á sus inclinaciones, se vale tal vez de sus mismas pasiones: al avaro, le pone delante la grandeza de los bienes eternos; al soberbio, la ignominia y abatimiento de los réprobos: á los tímidos lo terrible y espantoso de las penas eternas del infierno: gana á los generosos, haciéndoles ver las obligaciones de serle agradecidos por tantos beneficios como les ha hecho: á los tiernos de corazon; con mostrarles sus finezas, su amor, su pasion y muerte. Finalmente, en todo tiempo, en todo lugar, en todo peligro, va la misericordia divina solícita detrás del pecador para darle la caza: así lo atestigua ingenuamente el gran Agustino en sus confesiones. Amando, dice, la miserable libertad de pecar, me dí todo á seguir el apetito de mis desenfrenadas pasiones; y cuanto yo mas seguia á estas, tanto mas me apartaba de tí, Dios mio; pero por donde quiera que yo fuera, de peligro en peligro, de precipicio en precipicio: infatigablemente por todas partes me seguia tu misericordia. Yo multiplicaba mis errores, y ella multiplicaba sus industrias para impedirme el paso y librarme del

peligro. ¿Y esto que en sí experimentaba el santo Doctor, no lo experimentamos continuamente en nosotros mismos? Examinemos nuestra vida, y veremos de cuántos peligros nos ha librado Dios, cuántos llamamientos nos ha dado, ya internos de buenos pensamientos, ya externos con palabras, ejemplos y lecciones; ¿y con todo seguimos huyendo de la divina misericordia que solícita nos sigue.

Entre tanto Jesucristo nos llama, y desde la cruz en que está por nosotros agonizando, nos dice: ¿Hasta cuándo, hijo mio, te veré fugitivo de mi seno? Yo aquí te espero arrepentido, no para reñirte ni improperarte tus errores, que tanto no sufre mi Corazon, si para perdonarte y salvarte. ¿Es posible que encuentres mas quietud y mas paz entre las espinas de una mala conciencia, que entre los brazos de tu amoroso Padre? Y si no la encuentras, como la razon y la experiencia te lo dictan, ¿por qué no vienes á mí? Ven, paloma mia engañada, y vuelve á hacer tu morada en estas llagas abiertas solo para tu bien y descanso.

Almas cristianas, si amamos á Jesucristo, ¿por qué tardamos en darle este consuelo de postrarnos á sus pies con el corazon contrito y humillado? ¿Qué nos detiene! ¿Acaso el temor de no encontrar en él clemencia despues de haberle faltado tanta veces? ¡Ah! no le hagamos esta nueva injuria en desconfiar de su misericordia, que seria la mayor de cuantas hasta aquí le hemos hecho. No le digas, nos dice S. Juan Crisóstomo, que no podrás salvarte despues de haber pecado tanto, porque si tú no puedes, lo puede tu Dios y tu Señor: lo puede ese Corazon abier-

to para recibir las almas todas que á él recurrieren; lo puede esa sangre derramada para borrar todas nuestras iniquidades; lo puede ese divino Cordero que vino á quitar los pecados del mundo. No temamos, pues, y estemos mas que seguros que seremos bien recibidos.

Es tan bueno y tan benigno nuestro Salvador, que casi ni espera que el pecador arrepentido llegue á sus pies para recibirlo; aun antes que llegue le sale al encuentro con los brazos abiertos, lo recibe en ellos: no le muéstra mal semblante, no le reprende sus vicios, ne el mal uso que ha hecho de sus gracias, no lo que ha tardado en convertirse: se olvida de todas las injurias pasadas, y como si nunca lo hubieramos ofendido, nos recibe en su seno, nos mete en su Corazon, nos abraza, nos besa, nos acaricia como á sus mas amados hijos. ¡Qué bellos ejemplos tenemos de esta bondad en el Evangelio! ¿Cuándo se lée que á la Magdalena despues de convertida le acordara aun siquiera sus liviandades? ¿Cuándo á Pedro dió en cara con sus infidelidades? ¿Cuándo á la adúltera improperó sus adulterios?

A todos igualmente los recibe con tanto gozo y alegria, que convida á los ángeles para que con él se congratulen por haber encontrado la oveja que se le habia perdido. *Regocijaos conmigo porque he hallado la oveja mia que se habia perdido,* dice por San Lucas. ¡O palabras! exclama el Doctor Angélico, cuyo significado no hay mente humana que pueda comprenderlo. Que los ángeles se alegren y congratulen con la oveja que ha escapado de la boca de los infernales lobos y ha vuelto al rebaño de su amante pastor, bien

lo entiendo; pero que se hayan de congratular, no con la oveja sí con el Pastor, como si este y no aquella fuera el bienaventurado en el encuentro, esto es lo que no puede comprenderse! ¡Es esta una bondad tan grande, una caridad tan infinita, que solo cabe en el corazon de un Dios-humanado! ¿Y con todo, habrá, Señor, quien no os ame? ¿habrá quien de vos desconfie?

Mucho ama quien mucho perdona, y Jesucristo aun ama mucho mas de lo que perdona. Todos cuantos pecados se han cometido y se cometerán hasta el fin del mundo, son respecto de la misericordia divina como una gota amarga echada en un mar inmenso de dulzuras, como un átomo de pajas arrojado en un voráz incendio que todo lo consume. ¿A dónde están los pecados de un Pedro, de una Magdalena, de un Pablo, de un Agustin, de una Margarita de Cortona? Todos los consumió la misericordia divina; y si queda su memoria, es únicamente para gloria del Dios que los perdonó, honor de los que supieron con tiempo detestarlos y aborrecerlos, y ejemplo nuestro, para que si los seguimos errantes, los imitemos tambien penitentes.

Ni se contenta Jesucristo solo con perdonarnos las ofensas pasadas: lo hace con tanta generosidad, que volviéndonos á su gracia, nos restituye con ella todos los méritos que ántes de ofenderlo teniamos, y que habiamos perdido por el pecado. Todos los bienes espirituales que habia consumido y destruido en nosotros el pecado, renacen y reflorecen con la penitencia, y todos, sin perder el mas mínimo, nos restituye Jesucristo y nos concede otros mayores. ¿Quién duda que la

Magdalena, despues que lloró á los pies de Jesucristo sus pecados, fué desde aquel punto mas amada, mas querida y mas favorecida de su divino maestro que lo habia sido aun antes que perdiera su inocencia? No perdona Dios como los hombres, á quienes por lo comun les queda alguna frialdad ó desconfianza de aquellos que una vez le han ofendido. David perdonó á su hijo Absalon; pero juntamente le prohibió que le viera la cara; no asi Jesucristo, que antes se muestra mas benigno, mas amoroso con los que lo han ofendido.

¿Dónde, pues, encontraremos Corazon mas bello, mas generoso y mas amable que el Corazon de Jesus? ¿Dónde bondad que pueda compararse con la suya? ¿Por qué, pues, no lo amamos? Y si á un Señor tan bueno, tan misericordioso, tan amante, no amamos, ¿qué es lo que amamos? Si un bien como este no ocupa nuestros corazones, ¿quién lo ocupa? Abramos una vez los ojos, y lloremos nuestra ceguedad.

Leccion de Kempis, lib, 3. cap. 59.

MEDITACION PARA AGOSTO.

Sobre lo mucho que padeció y sufrió el Corazon santísimo de Jesus en los tribunales del presidente Pilato y de Heródes.

Y levantándose todo aquel congreso, le llevaron á Pilato, y comenzaron á acusarle. S. Lucas cap. XXIII.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, como aquella chusma de inícuos jueces, despues de haber declarado que tu divino Salvador era digno de muerte, amarrado como un ladron lo llevaron por las públicas calles al presidente Pilato para que este lo condenase á muerte. Sí, Salvador mio, los príncipes y sacerdotes de vuestro escogido pueblo os declaran digno de muerte; mas no por otro motivo lo sois que por haberos hecho mi fiador y haberos cargado de mis pecados para satisfacer por ellos. Yo, pues, soy la rea y la que merezco la muerte; mas si vos con tan dolorosa muerte me dais la vida, esta vida no será mas mia, sino toda vuestra, y como tal quiero emplearla en solo amaros y serviros.

¡Qué sentimientos pasarian en lo interno de aquel Corazon santísimo al oir tantas calumnias y tantos falsos testimonios con que su pueblo lo acusaba delante del presidente romano! Este lo examina, y bien que gentil, y sin las luces de la fé, lo conoce y lo confiesa inocente. Viendo los

fariseos la propension del juez á favor del reo, lo acusaban con mas fuerza y con mayores calumnias. Lo acusan de hombre inquieto y sedicioso, que andaba revolviendo los pueblos, cuando no habia hecho otra cosa que predicar la paz y el perdon de los enemigos: que excitaba á los judios a rebelarse contra el príncipe, y prohibia pagar al César los tributos, cuando continuamente exhortaba á todos que obedeciesen á los superiores, y él mismo preguntando maliciosamente si los hebreos debian pagar tributo á un príncipe extrangero, claramente les respondió, que dieran á Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César: que se hacia rey en perjuicio de la soberania del emperador, cuando una vez que las turbas lo quisieron reconocer por tal, huye y se ausenta para que no lo hagan. Todas estas calumnias oia vomitar contra sí aquel mansísimo é inocente Cordero: bien conocia la perfidia y malicia de sus acusadores, podia facilmente confundirlos; con todo, calla y sufre como si no tuviera que responder. El juez lo examina, y de sus sábias y humildes respuestas queda mas convencido de su inocencia.

Pacientísimo Jesus, ¡hasta dónde llega vuestra mansedumbre y sufrimiento! ¿Tanto, Señor, os importaba mi salvacion, que quisisteis sufrir tanto por redimirme? ¡Vos inocente, justo y santo, vos Unigénito del Eterno Padre, Rey y Señor de todo lo criado, atado como infame malhechor, acusado de tantos delitos, examinado y juzgado de un juez pagano! ¿Qué asombro y qué trastorno de cosas es este? ¿Cómo un Dios se sujeta á su criatura? ¿Cómo el Supremo Juez se

deja juzgar y examinar del reo? ¿Y á vista de tanto ejemplo, podré yo lamentarme, podré murmurar, podré inquietarme si alguna vez soy calumniada de mis prójimos? Jesucristo con ser quien es, sufrió tanto por mi bien: ¿no sufriré yo algo por lo mismo? ¿Pero cómo sufriré con paciencia las calumnias, si soy tan resentida que no sufro que se diga un defecto que en realidad tengo, que se me avise caritativamente una falta que cometí? ¿Es esto ser humilde, ser paciente? ¿Qué hace á Jesucristo sufrir paciente tantá injuria, tanta calumnia, sino el amor que me tiene y el desec de enseñarme y animarme con su ejemplo? ¿De qué me servirán sus lecciones, si yo no las aprendo? ¿De qué sus ejemplos, si no los imito? ¡Ah! si yo lo amara la mitad siquiera de lo que él me ama, ¿desearia ser injuriada y calumniada por imitarlo siquiera en esto? Jesus dulcisimo, si yo no sufro con paciencia las injurias que me hacen los hombres, es porque no amo vuestra cruz; y no amo vuestra cruz, porque no os amo á vos, Redentor mio. Haced, pues, Señor, que comience yo como débil criatura por lo mas fácil, que es amaros á vos, para que despues siga á lo mas dificil, cual es el amar vuestra cruz.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como viéndose el presidente Pilato acosado de los judios para librarse de esta causa, mandó á Herodes á tu divino Redentor para que lo juzgase como súbdito suyo. Mucho se alegró herodes de tener esta

ocasion de conocer á Jesus Nazareno, esperando que este para librarse de la muerte, y por contentarlo haria en su presencia alguno de tantos prodigos que habia oido contar de él. Pero Jesus ni queria librarse de la muerte, á la que espontaneamente se ofrecia, ni menos obrar algun milagro para satisfacer la curiosidad de un rey malvado: no solo no le dió gusto en lo que le pedia, pero ni siquiera le respondió una palabra á cuanto le preguntaba. El rey viéndolo que no hablaba, lo tuvo con todos sus cortesanos por un hombre simple, y como tal le mandó vestir de una vestidura blanca, y que lo volvieran á Pilato para que hiciese de él lo que quisiese. Lo despreció como imponente, porque no hizo lo que le pedia; como á ignorante, porque no respondia á lo que se le preguntaba; y como insensato, porque no se defendia.

¡O Sabiduria eterna! ¡O Verbo divino! ¿Esta injuria os faltaba de que los hombres os tuvieran por fátuo y simple? ¿Tanto os importaba nuestra salud, que por obtenerla quisisteis no solo ser despreciado sino lleno de oprobios? ¿Y cómo, Jesus mio, pudisteis amar tanto á los hombres, de quienes no recibisteis sino ingratitudes y desprecios? ¡Ah, que una de estas ingratas he sido yo, que os he despreciado mas que Herodes: al fin este no os conocia; pero yo, sabiendo que sois mi Dios y mi Redentor, he tenido el atrevimiento de ofenderos. ¡Ah! Jesus mio, perdonadme, y no me castigueis como á Herodes, privándome de vuestras voces y llamamientos. Herodes no conoció su error, yo lo conozco, y detesto con todo mi corazon. Heródes no

os amaba, y yo os amo sobre todo bien. Habladme, Señor, y decidme lo que de mí quereis, que estoy pronta á hacer vuestra voluntad santísima.

Contempla, alma mia, como traen á tu divino Redentor de Heródes á Pilato. Este, viendo que aquella traza no le habia salido bien, para librarse del empeño, tomó otro partido; y cualquier partido que tomaba era para Jesucristo mas afrentoso y doloroso. Debia, segun costumbre, dar libertad á un reo á eleccion del pueblo por la solemnidad de la Pascua. Esta vez no quiso dejar que el pueblo escogiera entre todos los presos, sino que los obligó á elegir entre solo dos, entre Jesus y Barrabás, no dudando que elegirian aquel que era inocente, antes que á este que era homicida y público asesino. *¿A quién quereis que libre*, dijo al pueblo, *á Barrabás ó á Jesus?* Y el pueblo (¡quién lo creyera!) instigado de los príncipes de los sacerdotes, respondio: No queremos á Jesus, queremos á Barrabás. Enfadado el presidente, ¿y qué he de hacer de Jesus? les dice. Crucificalo, responden todos. ¿Qué mal ha hecho? Crucificalo, clamaban con mas rabia.

Pacientísimo Jesus, ¿de dónde ha nacido en vuestro escogido pueblo tanta rabia y furor contra vos? ¿Esto os han grangeado tantos beneficios y tanto amor para con los hombres? ¡Es posible que haya sido en estos tanta la ceguedad é ingratitud, que pidan la vida para un ladron y homicida, y la muerte para vos, autor de la vida y de todo nuestro bien! ¿Mas qué me admiro yo del pueblo hebreo porque condeno la ingratitud y ceguedad de este, y no condenó la

mia? ¿Cuántas veces he hecho yo esta inicua y bárbara eleccion? ¿Se me ha propuesto mil veces qué quiero perder mas, á Jesus ó á un vil placer? Y yo instigada de mis pasiones, he dicho (si no con la boca, sí con las obras) que quiero el placer, y que de Jesus no me cuido. ¡O qué ciega, bárbara y temeraria he sido! Perdonadme, misericordiosísimo Señor, que si otras veces he dicho semejante desatino, no lo diré mas; y ahora protesto delante de toda la corte celestial, que prefiero vuestra gracia á todos los placeres del mundo: que á vos, Jesus mio, únicamente quiero, á vos os amo sobre todas las cosas, vos solo seréis de aquí adelante el dueño, el sumo bien y el Dios de mi corazon. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon santísimo de Jesus en el Sacramento del Altar se ve despreciado y pospuesto de tantos hereges, que negándolo no quieren reconocerlo por su Dios y Señor, y todavia gritan: No queremos á este. Tú por la misericordia divina no eres de este número: dale infinitas gracias al Señor por este beneficio, y pídele que te conserve la fé de este augusto Sacramento, que tantos cristianos van perdiendo en estos tiempos. Procura resarcirle esta injuria con mas frecuentes adoraciones y actos de fé de su real presencia en la Eucaristía. Confiésalo y adóralo en ella como á tu Dios y tu Señor. Todos los dias luego que te levantes, sea tu primer cui-

dado hacer estos actos en testimonio de tu obsequio y reconocimiento; repetirás con frecuencia la siguiente jaculatoria, que por decirla, su Santidad el sr. Pio VI concede una vez al dia cien dias de indulgencia en su rescripto de 24 de mayo de 1776.

Sea alabado, y dense gracias en todo momento al Santísimo y divinísimo Sacramento, Amén.

2. El Corazon santísimo de Jesus sufrió con humildad y paciencia el ser pospuesto á Barrabás. Tú para consolarlo debes preferirlo á todo bien, á todo gusto, á todo placer. Cuando sintieres alguna tentacion, acuérdate de este paso tan amargo de tu divino Redentor, y que te hallas en el lance de elegir, ó á Jesus, ó al pecado. Desea, por imitar á tu celestial Esposo, ser pospuesta á todas tus hermanas, y á ninguna preferida. En esto, decia Santa Maria Magdalena de Pazzis, debe poner una monja todo su honor, y con razon; porque aquella monja es mas honrada y estimada, que mas se asemeja á Jesucristo, y la que mas se humilla y se abate, es la que mas se asemeja, y esta será la mas exaltada.

ACTO DE ADORACION

AL CORAZON SANTISIMO DE JESUS.

Adorable Corazon de mi amado Redentor, que presente creo y confieso en el Sacramento del altar: yo profundamente os adoro como Corazon de mi Dios y mi Señor. Corazon divino, porque unido hipostáticamente á la divinidad del

Verbo, y como tal digno de toda gloria, de todo honor y de toda adoracion: Corazon en quien tiene Dios todas sus complacencias. Excelso trono de la Trinidad augusta: magnifico templo de la caridad divina: principio y origen de nuestra Redencion, yo os adoro, y adoro todas vuestras virtudes, todos vuestros movimientos, todas vuestras operaciones y sentimientos.

Mas porque mis adoraciones son nada en comparacion de las que vos mereceis, yo os ofrezco las adoraciones todas que os dan los ángeles y santos en el cielo, las criaturas todas en la tierra; y por tributaros cosa de vos mas digna, y consiguientemente á vos mas agradable, yo os ofrezco para suplir mi indignidad y miseria, el Corazon purísimo de vuestra Santísima Madre Maria, capaz solo de adoraros y glorificaros cuánto os adoran y glorifican todos los otros corazones. Confiada, pues, en los méritos del Corazon de mi Madre y abogada, yo toda cuanta soy y cuanto puedo, me consagro y dedico á vuestra gloria. Recibid, Redentor mio divino, por medio de este corazon mis ofrecimientos y deseos. Venid, reinad y posed enteramente mi corazon: reinad en los corazones de mis hermanas, de mis parientes, de mis amigos y bienhechores: reinad en los corazones de los hombres, llenadlos todos de vuestra caridad, para que todos iluminados y abrasados de este divino fuego, os conozcan, os amen, adoren y glorifiquen por toda la eternidad. Amén.

SEPTIEMBRE.

LECCION ESPIRITUAL.

En el amor á Jesus, y en la devocion á su Corazon santísimo, encontrarémos el mas sólido consuelo en todas nuestras miserias, trabajos y tribulaciones.

Venid á mí todos los que os hallais fatigados y oprimidos, que yo os aliviaré.

Si en el mundo se vendiera una medicina tan universal y eficáz, que sirviera á quitar toda la amargura á las penas, todo lo molesto á los trabajos, todo lo penoso á las enfermedades, todos correrian á comprarla, y la pagarian á peso de oro. No hay hombre que no desée y solicite con ansia librarse de lo que en esta vida le incomoda y aflige. Todos naturalmente buscamos nuestro alivio, y todos solicitamos el bien de que una adversidad nos ha privado. ¿Pero en dónde lo buscamos? En donde ciertamente no podemos encontrarlo. ¡O locos del mundo! grita San Agustin, ¿á dónde correis á buscar el bien que deseais y el consuelo que pretendeis! Buscad á Jesus, que es el único bien en donde están todos los bienes.

Si los hombres recurriéramos como debemos á esta fuente perrenne de bienes, de gracias y de consuelos, no serianos tan miserables como somos. El mismo Señor, lleno siempre de bondad, nos está convidando á que recurramos á él

Venid á mí, nos dice, todos los que os hallais atribulados y afligidos, que yo os consolaré. El venerable Padre Baltasar Alvarez, de la Compañía de Jesus, vió una vez á nuestro divino Salvador que estaba en el Sacramento con las manos llenas de gracias y de riquisimos dones, buscando á quien darlos. Santa Francisca Romana vió el Corazon santisimo de Jesus abierto con la lanza, y al mismo tiempo oyó una voz que decia: *Si alguno tiene sed, venga á mí.*

Es cosa cierta y evidente que ninguno se compadece mas de nuestras miserias y trabajos que Jesucristo, porque no hay ni puede haber Corazon mas tierno y mas compasivo que el suyo. Es igualmente cierto que ninguno como él puede consolarnos y librarnos de tantos males como nos rodean, porque es Dios todopoderoso. Es tambien evidente, que quiere y desea consolarnos y hacernos todo bien, porque para esto vino al mundo, y para esto se quedó en el Sacramento del Altar. ¿Pues cómo siendo todo esto cierto, los hombres, y aun las esposas queridas de Jesucristo viven tan miserables y atribuladas? ¿Cómo teniendo abierto este tesoro de infinitas riquezas nos hallamos tan pobres? La razon busquémosla en nosotros mismos, que facilmente la hallaremos. Nuestro amor propio, con el que no buscamos sino lo que fomenta nuestras pasiones, nuestra tibieza para con Jesus, grande aficion á las criaturas, demasiado apego á los gustos de esta vida, la poca fé y confianza con que pedimos á Dios los verdaderos bienes, son la causa funesta de esta desgracia, mucho mayor de lo que se piensa.

¡Ah! si una virgen que se ha consagrado esposa de tan buen Señor, lo amara con la ternura que debe; si no pensara en otra cosa que en darle gusto, y hacer en todo su santisima voluntad; si á él solo con la confianza de esposa recurriera en todas sus necesidades: si en él solo fundara todas sus esperanzas, ¿qué contenta y qué gustosa viviria en su dichoso estado? La clausura que se le hace tán pesada, la obediencia que tanto le incomoda, la pobreza que tanto la mortifica, la observancia de las reglas que se le hace tan dificil, las enfermedades, las calamidades, las tribulaciones, los dolores y todos los otros males que tanto la atormentan, le serian entónces suaves, pórque el amor que sabe vencer imposibles, le haria fácil lo difícil, dulce lo amargo, y ligero lo pesado.

El grande amor que Jacob tuvo á Raquel, le hizo suaves y ligeros los trabajos, las fatigas de catorce años de servidumbre. Y si tanta fuerza y eficacia tiene el amor humano, ¿cuánta mayor la tendrá el divino? Díganlo aquellas almas bienaventuradas que lo han probado. ¿Quién hacia á los apóstoles presentarse alegres en los tribunales, y sufrir con gusto las cárceles, los azotes, las deshonras y hasta la misma muerte, sino el amor á Jesus? ¿Quién hacia que un Pablo sobreabundase de gozo y de alegria en medio de tantas tribulaciones y persecuciones? ¿Quién á un Andrés, que suspirase como un amante apasionado por la cruz? ¿Quién á un Ignacio mártir, que desease que las fieras y los leones lo despedazasen, sino el amor á Jesus?

Aun obra mayores prodigios este divino fue-

go en aquellas almas que en él se abrasan, pues no solo les hace sentir gusto y consuelo en las penas y tribulaciones de esta vida, sino que se las hace tan apetecibles y deseables, que las buscan y solicitan con mas ansia, que los mundanos los placeres y deleites; y si alguna cosa los aflige, es no tener penas que padecer; por lo que dice el gran apóstol de la India San Francisco Javier, que no habia cosa mas penosa para un amante de Jesucristo, (y debe serlo tambien para una esposa) que una vida sin cruces y sin penas. Esposa amante de Jesus era Santa Teresa, y por eso no queria vivir: si no habia de padecer por su amado: por lo que le repetia; *Señor, ó padecer, ó morir.* Amaestrada de este sentimiento la otra Seráfica del Carmelo, Santa Maria Magdalena de Pazzis, únicamente temia la muerte porque con ella se habian de acabar sus penas y trabajos, cuando otros solo por esto la desean, y así decia: *Padecer, y no morir.*

La discipula del Corazon santisimo de Jesus la venerable Alacoque, no estaba contenta, ni tenia consuelo sino en las cruces y tribulaciones con que frecuentemente la regalaba su divino Maestro. Ejemplos verdaderamente heroicos de los cuales están llenas las vidas de los santos; pero necesarios efectos del amor divino que reinaba en sus corazones. Reine, pues, en los nuestros este amor, que no habrá cosa en este mundo, por adversa que sea, que nos aflija y perturbe; porque si las penas, las miserias, los trabajos, las persecuciones, las injurias, las adversidades, los dolores, las enfermedades, y en una palabra, los males todos de esta vida se nos

hacen suaves y amables con este antídoto del amor divino, ¿que cosa puede inquietarnos y amargarnos, cuando esto no nos inquieta y amarga?

No niego que cuando miramos las cruces, esto es, los trabajos, las tribulaciones y las penas todas que afligen nuestra naturaleza, nuestro corazon se horroriza, nuestros sentidos se estremecen, la razon se nos turba y la carne las rehusa; pero si animados del amor á Jesucristo, reflejamos que nuestro amado, que el dulce objeto de nuestros amores, el esposo de nuestras almas, carga delante de nosotros cruces mucho mas pesadas que las nuestras, que las carga por nuestro amor, que nosotros las cargamos detrás de él, que las cargamos con él, y que las cargamos por amor suyo y bien nuestro; á esta sola reflexion el corazon se alegra, la razon se convence, la carne se sujeta, los sentidos se regocijan, y comienzan á probar mil gustos y consuelos en aquellos mismos objetos que antes nos parecian tan terribles.

Las cruces de esta vida son como las frutas amargas y verdes, que por sí solas son incomibles y repugnantes a nuestro gusto; mas estas mismas si en el fuego se confeccionan con azucar, se hacen suaves y agradables. Confeccionémos, pues, con el amor y memoria de Jesus todas nuestras penas y amarguras, que por repugnantes que nos sean, se nos harán mas dulces y gustosas que los otros bienes. San Eleázaro, preguntado una vez de su santa esposa Delfina ¿cómo podia sufrir con tanta paz y alegria tantas injurias y persecuciones? respondió: *Yo pongo los ojos en Jesucristo despreciado y ultrajado, y digo que todas mis afrentas son nada com-*

paradas á las que él, siendo mi Dios, quiso sufrir por mi amor.

Sea, pues, el dulce con que hemos de confeccionar todas nuestras tribulaciones, sean las que fueren, el amor á Jesus, y el fuego ó la fragua en donde las hemos de purificar, para quitarles toda amargura, su Corazon santísimo. En esta divina fragua habitaba continuamente San Eleázaro, como él mismo lo declara escribiendo á su santa esposa. „Si quieres, la dice, saber de „mi salud, y tener de mí noticias, vé á visitar „á nuestro amable Jesus en el Santísimo Sacra„mento, entra en su sagrado Corazon, y allí me „hallarás, porque esta es mi morada ordinaria." En tan dulce morada, en un celestial Paraiso en donde Dios tiene sus delicias, ¿cómo puede una alma no vivir llena de gozo y de alegria? ¡O cuan bueno y cuan dulce es, exclama por experiencia San Bernardo, el habitar en este sagrado Corazon! Basta, ó dulcísimo Jesus, acordarme de vuestro amable Corazon para llenarme de alegria.

Pero por ceñirme á ejemplos mas domésticos á las religiosas, me bastará referir brevemente unos pocos de los muchos que pudiera, en prueba de las delicias y consuelos que han tenido en esta tierna devocion las vírgenes mas santas y mas regaladas de Dios. Ninguna ciertamente mas favorecida de su celestial Esposo, que Santa Gertrudis, y la misma santa nos asegura que del Corazon santísimo de Jesus, de quien era tiernamente devota, recibia su alma toda la infinidad de dones y delicias espirituales. Una vez, como se refiere al capítulo 28 de su vida, se le

apareció Jesucristo, y presentándole su Corazon, *Mira, Gertrudis,* le dijo, *mi Corazon; este quiero que sea tu habitacion.* La Santa tomó tan á pechos la oferta, y entró con tanto gusto en aquel divino templo, que jamás salió de él: tanto que convidándola el Señor otra vez á escoger en su adorable cuerpo otra morada, *¡ah Señor!* respondió la Santa, *las delicias y consuelos que yo tengo en vuestro Corazon que me disteis por morada, son tan grandes y abundantes, que no puedo apartarme de él, porque fuera de vuestro Corazon, yo no tendré descanso ni consuelo.*

Santa Matilde se hallaba tan penetrada de esta devocion, que parece no sabia hablar de otra cosa que del Corazon santísimo de Jesus, y de los continuos favores y consuelos que recibia por medio de esta devocion, que frecuentemente decia, que si fuese necesario escribir todos los favores que habia recibido del Corazon santísimo de Jesus, compondria un tomo mayor que el Breviario. Santa Catalina de Sena se sentia abrazar toda de amor divino, siempre que comenzaba á contemplar las propiedades de este adorable Corazon, y llena de gozo protestaba que no queria vivir ni obrar, sino conforme á los movimientos y á las inclinaciones del Corazon de Jesus. Santa Clara decia, que á la tierna devocion que tenia al Corazon de Jesus, debia todas las extraordinarias gracias y consuelos de que se llenaba su alma, siempre que se ponia delante del Santísimo Sacramento. Seria nunca acabar querer referir las innumerables gracias y favores que una Teresa, una Catalina de Génova, una Magdalena de Pazzis y otras innumerables esposas de Je-

sucristo han recibido en esta vida de su adorable Corazon.

En confirmacion de lo dicho podia tambien traer muchos ejemplos mas recientes, principalmente de la venerable Margarita Alacoque, de quien Dios se sirvió para describir al mundo este tesoro; pero por no alargarme me contento con solo uno que encuentro en la prodigiosa vida intitulada: *Triunfo del amor divino de la sierva de Dios, Armilla Nicolasa, que murió en este siglo con fama de santidad.* „Luego que recibia algu„na afliccion, dice, de parte de las criaturas, re„curria á mi amable Salvador, quien inmediata„mente me llenaba de los mas dulces consue„los, y tanto se empeñaba en consolarme en to„das mis penas, que parece temia el que yo tu„viese algun disgusto y las mas veces me mos„traba su Corazon abierto, á fin de que yo me „escondiese en él: y me hallaba al mismo instan„te encerrada en este sagrado Corazon con tan „gran paz y seguridad, que todos los esfuerzos „del infierno me parecian verdaderas flaquezas; „y muchísimo tiempo pasaba en que no me podia „hallar en otra parte, que en este divino Corazon."

Sea, pues, esposas carísimas de Jesucristo, este Corazon vuestro templo y oratorio: en él adorad la divinidad de vuestro Esposo, que como en propio y especial trono reside; en él ofreced al Eterno Padre todas vuestras obras y tribulaciones, unidas siempre á las disposiciones y movimientos de este sagrado Corazon, para unir lo poco que hiciereis y padeciereis, con lo mucho que hizo y padeció Jesucristo, que así serán al Padre sumamente agradables por medio

de este adorable Corazon. Sea este vuestra escuela en donde aprendereis la verdadera ciencia de los santos; sea vuestro tesoro en donde encontraréis todos los bienes que necesitareis, para enriquecer vuestras almas de pureza, de humildad, de paciencia, de caridad, de mansedumbre, de obediencia, de fidelidad. Sea vuestro refugio en todas vuestras tribulaciones y trabajos, que en él solo encontraréis los mas sólidos consuelos, que no solo os aliviarán vuestras penas, sino que os las harán suaves y apetecibles.

Leccion de Kempis Lib. 3. *c.* 21.

MEDITACION

PARA EL MES DE SEPTIEMBRE.

Sobre la paciencia y sufrimiento del Corazon santísimo de Jesus en el tormento de los azotes y coronacion de espinas.

Tomó entónces Pilato á Jesus, y mandó azotarlo. Joan. XIX. I.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, á qué paso de ignominia tan terrible se vió reducido tu divino Redentor. El presidente, no queriéndolo condenar injustamente á la muerte, por contentar la rabia de sus enemigos, lo condenó á ser cruelmente azotado, creyendo con esto mover á compasion á sus acusadores. *Despues de castigarle le daré por libre*, dice S. Lucas. ¡Cómo! si no ha cometido delito alguno, como vos mismo habeis confesado, ¿de qué teneis, inicuo juez, que corregirlo para librarlo de la muerte? ¡Ah! y si esto no basta para apagar la rabia de sus enemigos, ¿qué será de mi divino Redentor? ¿Lo condenareis á muerte despues de azotado? ¡Ah! malditos respetos humanos, cuántas veces por no atropellar con vosotros he atropellado con mi Salvador! ¡Cuántas por no disgustar á las criaturas he ofendido á mi Criador!

Pacientísimo Cordero, ¿no habrá otra manera de mover á compasion á vuestros enemigos,

que sujetándoos á sufrir un castigo tan infame como el de los azotes? Si este no puede darse, segun la ley de los romanos, sino á viles esclavos, ¿cómo se os ha de dar á vos que sois Rey del cielo y de la tierra? ¿Tanta ignominia ha podido sufrir vuestro honrado Corazon? ¿Tanto os habeis humillado para abatir mi soberbia? ¿Cuál es este honor, cuál esta reputacion que tanto me encanta y desvanece? Un pequeño desprecio, una leve injuria, toda me inquieta y descompone; ¿y el Corazon de mi Jesus sufre con tanta paciencia las mayores deshonras é ignominias? No solo se contentó el Verbo Divino con tomar la forma de siervo para sujetarse á la voluntad agena, sino que quiso tambien la de siervo, reo y malvado, para sujetarse á la infamia de los azotes, dice San Bernardo. ¡Ah Señor! ¿cómo siendo de infinita magestad habeis podido amar tanto á una criatura tan vil é ingrata como yo, que por librarme de los castigos que merecia, os sujetasteis á tanta pena y tormentos! ¡Un Dios azotado, y azotado por una vil é ingrata criatura! ¡Qué misterio tan incomprensible! ¡Qué amor tan grande!

Pondera, alma mia, como dada la cruel sentencia, aquellos sayones se apoderan, como tantos lobos, del inmaculado Cordero, y lo llevan al público patio lugar del suplicio. Mira, ¡ó Dios! ¿y con qué ojos se podrá mirar? como le mandan que se desnude, y él mismo, ¡ó cielos santos! se quita sus vestidos, y quedan expuestas y patentes á la vista de aquel insolente pueblo aquellas purísimas carnes formadas por obra del Espíritu Santo. O eterno Espíritu consolador de las al-

mas, inspirad en mi corazon el rubor y confusion que sentiria el de mi amado Redentor, al verse así desnudo, para ser azotado delante de tanta canalla. Bien nos la tenia ya espresada por su Profeta: *Me abrumaron de males sin saber yo la causa.* (Sálmo XXXIV). Parecia que ni sabia lo que con él hacian, dice San Anselmo: veia los azotes, oia la algazara, recibia los golpes, y estaba como estático y fuera de sí, por la vehemencia del dolor y confusion que en su Corazon causaba el verse desnudo. Angeles del cielo, criaturas todas de la tierra, venid y ved á vuestro Dios y Señor espuesto á tanta verguenza é ignominia; y si no podeis librarlo, porque tanto no os permite el Eterno Padre, llorad al ménos con lágrimas de sangre sus afrentas.

Contempla, alma mia, como atado ya tu divino Redentor á la columna, comienzan aquellos inhumanos sayones á descargar azotes sobre el mas hermoso y delicado cuerpo de los hombres: no solo un verdugo, muchos al mismo tiempo lo azotan; se cansan unos y vienen otros de fresco para herirlo con mas fuerza; y Jesus no se cansa de sufrir y padecer. Está ya todo hecho una llaga, su sangre corre por todas partes, hasta bañar la tierra, y ser pisada de sus infames verdugos. ¡Ah crueles é inhumanos! ¿qué es lo que haceis? Mirad que habeis errado: ese que tan cruelmente atormentais, es inocente, es santo, es justo. Yo soy la rea, á mí que cometí la culpa, se debe el castigo, no á Jesus que es inocente. Pero vosotros no me ois: oidme vos, Eterno Dios y justísimo juez. ¿Qué delito puede haber cometido vuestro Unigénito Hijo para ser

tan cruelmente castigado? *Por la maldad de mi pueblo lo he castigado*, responde Dios: no lo castigo por sus delitos, lo castigo por los tuyos, por los de mis esposas....¿Por los mios? Si, por los tuyos. ¡O Dios santo! ¿y qué será de mí si no los lloro, los detesto, los aborrezco?

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como concluido ya este tormento de los azotes, los verdugos lo desatan de la columna, y tu divino Redentor todo ensangrentado y hecho una llaga de piés á cabeza, temblando por la debilidad y dolor, va buscando sus vestidos, que como cosa despreciable habian tirado en un rincon. Mira como corriéndole por todas partes viva sangre, va dejando estampadas sus plantas en el suelo. ¿Qué espectáculo mas tierno para mover y despedazar corazones? ¿cómo el mio puede resistir? ¡El amor de nuestras almas desnudo, descarnado, y escarnecido de sus enemigos! ¿y aquellos bárbaros aun no sacian su rabia contra el mas amable de todos los hombres? En vez de sus vestiduras, para vejarlo y burlarse de él como de rey fingido, le ponen sobre sus llagadas espaldas una rota y miserable púrpura: lo coronan de espinas, le ponen en la mano por cetro un pedazo de caña, y hacen del Rey de la gloria y de los ángeles, un rey de burlas y de escarnios: como a tal lo saludan, lo befan y lo desprecian; y aquel mansísimo Cordero, como si fuera insensible, se deja atormentar á gusto de sus enemigos.

Pacientísimo Jesus, ¿qué estraño padecer y

sufrir es el vuestro? ¿Qué crueldades tan inauditas se usan con vos? ¿Cómo pudo caber en corazon humano invencion tan diabólica, como el coronaros de espinas para mas atormentaros? ¡Ah! el mas infame reo causa compasion a verlo en su merecido suplicio: por rigurosa que sea la justicia, siempre da lugar á la caridad para que se le concedan todos los alivios posibles, y se le endulce la pena lo mas que se pueda ¿Y vos solo, Redentor divino, amable sobre todo lo amable, no moviste is con tanto pesar el corazon de los hombres? ¿A vos solo se niegan los alivios y consuelos que se conceden á los mas facinerosos? Mas ¡Ay! ¿Por qué me indigno contra aquellos bárbaros que eran los instrumentos de la divina justicia, y no contra mí que fuí la causa de sus tormentos? ¿De qué me admiro que no se compadecieran de Jesus que no conocian, si yo que lo conozco, que sé quién es, que es inocente, que es mi Dios, mi sumo bien, mi amado Esposo, y que padece por mí, no me compadezco, y mi corazon insensible aun no derrama una lagrima de ternura y sentimiento? Qué digo ¿aun no me compadezco? Sí: ingrata y barbara mas que los sayones, voy buscando nuevas invenciones para contentar mis pasiones y ofenderlo. Alma mia, piensa bien en lo que haces, pondera estas verdades, y llora amargamente tus pecados, que son las espinas que mas le traspasan el Corazon á Jesus.

Viendo Pilato al Salvador en estado tan miserable, que movia á compasion hasta las mismas piedras, creyó que mostrándolo á los judios, se contentarian con lo hecho, y no pretenderian

mas: sacólo como estaba fuera del pretorio, y mostrándolo á todo el pueblo, dijo en alta voz: *Ved aquí el hombre;* como si dijera: He aquí al hombre que me habeis acusado de que queria hacerse rey: ved en qué estado le he puesto solo por daros gusto. ¡O qué vista, capaz de enternecer hasta las piedras! Miralo, alma mia, y contempla en tanto, cuales eran los afectos que entónces pasaban en aquel dulcísimo Corazon Ofreció á su Eterno Padre la confusion en que se hallaba en satisfaccion del descaro con que lo ofenden los hombres: se ofrecia á padecér mucho mas por salvar aquellos mismos que tanto lo ultrajaban y aborrecian. ¡O Corazon pacientisimo! ¡O caridad infinita! ¡O amabilisimo Jesus mio! tanto para mí mas amable, cuanto mas abatido y despreciado os veo: amable y hermoso entre los azotes, amable y hermoso entre las espinas, amable y hermoso en la cruz, amable en todo evento y circunstancia, porque lo desfigurarado que os han puesto mis ingratitudes me hacen ver la belleza, la amabilidad, la misericordia de ese divino Corazon, que se hace amable aun enmedio de las tribulaciones. Sois mi Esposo; pero esposo de sangre, pues tanta habeis derramado por ganarme. Sois mi Rey; pero rey de dolores, pues tantos padecisteis por salvarme. Haced, pues, bien mio, que yo sea toda vuestra, toda sin division, toda sin reserva, de manera que pueda con verdad decir que vos solo sois el único dueño de mi Corazon. Amén.

OBSEQIOS PRACTICOS

PARA EL MES DE SEPTIEMBRE.

1. *El Corazon santísimo de Jesus humillado y escondido en el Sacramento del Altar bajo las especies de pan y vino.* Procura imitarle con poner particular cuidado en ocultar aquellas cualidades que pueden distinguirte de las otras. Particularmente guárdate de decir en este mes palabra alguna que pueda redundar en tu alabanza, como de tus obras, tus talentos, tus virtudes, &c., que es demasiada candidéz alabar uno sus mismas cosas. Te alaben otros y no tu boca, dice el Espíritu Santo. Por tanto, siempre que hubieres de hablar de tí misma ó de tus cosas, lo mejor seria no hablar nunca ni bien ni mal: procura siempre bajárte y jamás exaltarte; en lo primero, vas siempre segura; en lo segundo hay siempre peligro de excederte y causarte un gran daño. Quien pasa por una puerta baja, cuanto mas bajare la cabeza, tanto irá mas seguro; pero si la alza medio dedo mas de lo necesario, facilmente se la romperá. Pide todos los dias al Corazon santisimo de Jesus los deseos de vivir humillada y despreciada, para asemejarte mas á tu divino Esposo.

2. *El Corazon santísimo de Jesus en el Sacramento, ofendido con las inútiles y vanas conversaciones que los malos cristianos tienen en las iglesias.* Consuélalo tu con guardar un gran silencio, principalmente en el coro, ya que este es lugar de parlar únicamente con Dios y no con las criaturas. Si alguna vez fuere necesario de-

cir alguna cosa, ó contestar, sea breve y con voz baja, como quien está en presencia de Jesus Sacramentado. No te dejes vencer en este punto del respeto humano: si alguna persona, cuando estás en coro, fuere á hablarte cosas impertinentes ,no le contestes, y con tu silencio le corregirás su falta, sin que por esto pueda ofenderse, antes bien debe quedar edificada. Si alguna vez faltares, confiesa públicamente tu culpa, y pide á tu superiora la penitencia, y que esa sea mayor si tú diste la ocasion solicitando otras á parlar.

ACTO DE ADMIRACION

Y DE AMOR.

Pacientisimo Cordero y adorable Salvador mio: permitidme, Señor, que llena de admiracion al veros padecer y sufrir tantas iniquidades y desprecios, os pregunte: ¿Por qué, Redentor mio, no contento con lo mucho que en vuestra vida mortal padecisteis por salvarnos, habeis querido, estando ya impasible y glorioso, exponeros á nuevos insultos, desprecios é irreverencias en este Sacramento de amor! ¿A quién, Señor, no asombra tanto amor! ¿A quién ne admira tanta tolerancia y sufrimiento? ¡O Corazon divino, abismo de paciencia, prodigio de bondad y centro de inexplicables dulzuras! ¿Cómo siendo tan bueno y tan amable, no os aman todas las criaturas? ¿Cómo tienen los hombres corazon para despreciaros y ofenderos? ¿Cómo he podido ser yo del número de estos ingratos? ¡Ah,

Redentor mio, perdonadme mis ingratitudes; y si en lo pasado no os he amado como debia, ha sido, bien mio, porque no os conocia tanto como ya os conozco ahora. Conozco vuestra bondad infinita y lo mucho que os debo; conozco mi miseria y lo mal que os he correspondido: confieso que he hecho mal, de lo que sumamente me arrepiento y os pido mil perdones.

Jesus mio amantísimo, si me habeis amado y me habeis perdonado cuando yo no os amaba, y os era ingrata, ¿cómo no me perdonareis ahora que os amo, ó á lo menos deseo amaros? ¡O Dios amantísimo! ¡O amor infinito! ya que tanto habeis hecho para obligarme á amaros, haced, Señor, que bien lo podeis hacer con vuestra divina gracia, que yo os ame cuanto deseais ser de mí amado: traspasad mi corazon con la dulce herida de vuestro divino amor, para que esto sea el fin de mis ingratitudes, principio de mis fidelidades, y que de aquí adelante solo viva para amaros, y amándoos muera. Amén.

OCTUBRE.

LECCION ESPIRITUAL.

La esposa amante de Jesus y devota de su Corazon santisimo, debe procurar agradarlo en todas las cosas, y temer grandemente disgustarlo en lo mas mínimo.

Di, virgen honesta: Mi amado para mí, y yo para él: haré siempre cuanto conociere que es de su agrado. D. B. Ep. ad sor.

Con razon exhorta San Bernardo á las religiosas á tener impreso en sus corazones el sentimiento de la Esposa de los cantares: Mi amado para mí, y yo para él; mas no basta tener este sentimiento en lo interior, si no lo confirmamos con las obras en lo exterior; y el mejor modo de confirmarlo, será obedecer en todo al amado, y darle gusto en todo, siendo este el primer efecto que el amor produce en un corazon amante, de que todos tenemos en nosotros mismos continuas experiencias.

Apenas comenzamos á amar con ternura alguna persona, que luego examinamos sus inclinaciones, estudiamos sus genios, indagamos su voluntad, todo con el fin de agradarla: prevenimos sus deseos, y hasta adivinamos tal vez sus pensamientos. Conocido ya su genio, sabida en voluntad, todo nuestro cuidado lo ponemos en buscar las ocasiones de agradarle, y en evitar todo lo que aun de lejos puede disgustarla. Las cosas mas dificiles se hacen faciles, las mas arduas sua-

ves, y aun las mas frívolas se creen de la mayor importancia, solo porque se trata de complacer á la persona que por amor domina nuestros corazones, y quedamos contentos luego que juzgamos haber encontrado la manera de contentarla.

Esto se experimenta á cada paso en los ciegos amantes de una imaginada y efímera belleza del mundo. ¡A qué excesos no los transporta la pasion de agradar una criatura miserable, á la cual por lo comun no se puede agradar sin desagradar á Dios! ¿Qué sacrificios no se hacen? No se repara en tirar pródigamente los bienes de fortuna, que con tanta avaricia se guardaban: no en exponer la salud corporal, que con tanta delicadéz se cuidaba; y lo que mas es, no se teme ofender á Dios y ponerse en un evidente peligro de ser eternamente infelices. Todo se abandona, todo se sacrifica, bienes, salud, alma, con tal que se agrade y se contente la persona amada. Todas las pérdidas, todos los trabajos y todas las fatigas se dan por bien empleadas, con tal que esto se consiga, porque al fin todo lo vence el amor.

Mas si el amor mundano tiene tanta fuerza en los corazones de los hombres ¿el amor divino cuánto mayor deberá tener en el corazon de una religiosa, de una esposa de Jesucristo, que toda se ha consagrado en amarlo y servirlo? El amor mundano, por grande que sea, es un amor imperfecto, un amor cruel y tirano, un amor ciego, que si encanta no satisface, que si cautiva no llena, y si atrae no deja enteramente contento el corazon. No así el amor divino, que siendo un amor puro y perfectisimo, tiene todas las

bondades sin mezcla alguna de imperfeccion. El atrae, encanta, satisface y llena el corazon de una inexplicable alegria y dulzura; él todo lo vence, todo lo allana y todo lo facilita.

¡Ah! si este fuego divino abrasara nuestros corazones, ¡cuán otros serian nuestros contentos, cuán diversos nuestros deseos, cuán santas nuestras acciones! Las vidas de tantos santos nos enseñan que una alma poseida de un amor generoso y ardiente para con Jesucristo, no tiene otro empeño que buscar todas los ocasiones de agradarlo, y recibe con regocijo todas las que se le presentan: no piensa en otra cosa, ni en otra cosa se ocupa. El amor la tiene atentisima á todo lo que puede contribuir á este fin. Ingeniosa en encontrar mil medios para conseguirlo, exacta en practicarlos, y solicita en no omitir cosa que conduce al agrado de su amado. Puede suceder que tales cosas sean de poco momento; pero se hacen de suma importancia cuando se trata de agradar con ellas á Dios: serán tal vez árduas y difíciles; no importa, que el amor á Jesus les hace fáciles y suaves. Cuando verdaderamente se ama, esta sola reflexion facilita todas las dificultades y endulza todas las amarguras. ¿Son contrarias á nuestras inclinaciones, á nuestras comodidades? No importa, que quien ama verdaderamente á Jesus no tiene mayor inclinacion que agradarlo. ¿Se oponen á nuestros intereses? ¿Qué mayor interes que el de nuestra eterna salud? ¿Qué mayor bien que agradar á nuestro Dios, que es la primera y máxima obligacion con que nacemos? ¿Quién hizo suaves las cárceles y prisiones á un Pablo, sino el amor á Jesus? ¿Quién á tantos már-

tires dulces los tormentos y apetecible la muerte? ¿Quién á los confesores, ligeras las mas austeras penitencias? ¿á tantas vírgenes, deliciosa la mas estrecha clausura, sino el amor á Jesus? Díganlo, si no Matilde, Gertrudis, Catalina, Clara, Teresa, Magdalena de Pazzis y otra infinidad de esposas amantes de Jesucristo. Esta sola palabra: *Aquí se trata de agradar á Jesus: esta es la voluntad de mi amado*, es tan eficáz en pechos amantes, que hace vencer todas las dificultades, arrostrar todos los peligros y abrazar todas las ocasiones, sean las que fueren. Cuando una alma enamorada de su Dios, ha tenido la satisfaccion de contentar á su amado, no le importa nada el haber perdido bienes, comodidades, honores y aun la misma vida; ántes bien cuanto mas ha padecido y cuanto mas le ha costado, tanto mas gustosa y satisfecha queda; porque el gusto de su amado es el gusto suyo; ni tiene otra inclinacion, ni otra ambicion, ni otra ocupacion, que agradar á Jesus.

Mas como una alma enamorada de Jesucristo sabe muy bien que en ninguna cosa lo agrada mas, ni en ninguna otra le da mas gloria que en hacer su voluntad santísima, de aquí es, que ella llevada de este conocimiento, no solo corre, sino que vuela á donde quiera que descubre la mas mínima señal de esta voluntad para fielmente ejecutarla; y como esta la tiene evidentemente manifestada en la observancia de sus preceptos, en sus consejos evangélicos, en sus santas inspiraciones, en las reglas de su religion y en las ordenes de sus superiores, ella es exactísima en la observancia de los mandamientos, ar-

diente en abrazar todos los consejos que son propios de su estado, fiel en corresponder á las inspiraciones y movimientos de la gracia, puntual en la observancia de todas sus reglas, y pronta en obedecer á las órdenes de sus superiores: no repara en si la cosa es grande ó pequeña, si fácil ó dificil, ligera ó pesada, gustosa ó desabrida. Para empeñarla á obrar no es menester alegarle razones, traerle motivos, proponerle conveniencias; basta decirle: *Esta es la voluntad de Jesus, esto le agrada*, para que todo lo haga y todo lo emprenda con la mayor alegria del mundo.

Animada de este principio la religiosa verdadera amante de Jesus, ninguna cosa teme mas que el disgustarlo: para ella no hay falta ligera ni defecto leve, todos le parecen grandes porque disgustan á su amado: todo otro mal, por grande que sea, le parece ligero en comparacion de este, y escogeria ántes mil infiernos que ocasionar el mas mínimo disgusto á su amado. Tales eran los sentimientos de dos insignes doctores de la Iglesia, San Agustin y San Anselmo, cuando decian, que si de una parte hubieran visto abierto el infierno, y de otra un solo pecado, precisados á abrazar uno de los dos males, no hubieran tardado ni un momento en elegir las penas todas del infierno, ántes que desagradar á su Dios. Santa Catalina de Génova decia, que á una alma que ama á Dios con amor puro, cualquiera pequeña culpa le es mas insufrible que los tormentos del infierno; por lo que protestaba que ántes que cometer deliberadamente un pecado venial, se arrojaria en un mar de fuego. Es necesario amar mucho, para tener estos sen-

timientos; pero es necesario que los tenga quien ama mucho á Jesus. ¿Y cómo podrá una alma lisonjearse de amar finamente á su Dios cuando no teme disgustarlo? No, una alma que entienda bien qué es amar y qué es disgustar, no entenderá jamás como puedan acordarse estos dos términos: *dar disgusto voluntariamente á un Dios, á quien se protesta amar con todo el corazon, con todas las fuerzas, sobre todo bien.* No quiero decir con esto que el amor apreciativo de Dios sobre todas las cosas, sea incompatible con las faltas ligeras, mucho mas cuando estas se cometen mas por fragilidad y miseria humana, que por malicia; quiero decir, que el no temer disgustarlo deliberadamente y con frecuencia, es prueba evidente que no se ama mucho, que no se ama con fervor, y que está ya dispuesto á perder todo amor; porque el pecado venial, aunque no mata el alma, la enferma y dispone para la muerte.

De este mismo principio nace aquel vivo dolor que sienten las almas verdaderamente enamoradas de Jesus cuando por la miseria y flaqueza humana caen en algun defecto, bien que ligero, con el cual conocen que han disgustado á su amado Salvador. Lloran inconsolables su descuido, y castigan su falta con mas rigor que los pecadores sus mas graves pecados. ¿Qué medios no practican, qué diligencias no ponen y de qué trazas no se valen para dar satisfaccion y quitar los enojos á su amado? Viven inconsolables hasta que no han conseguido el perdon. Cuántas veces sucede que aun despues de haberlo conseguido y gozando ya todo el favor de su Dios, esto parece solo les sirve para hacer-

les mas sensible el haber disgustado una vez sola á un Señor tan bueno, á un Padre tan amable, á un Dios tan misericordioso.

Entre millares de ejemplos que podia traer en confirmacion de esta verdad, referiré uno que llevado de mi afecto prefiero á muchos otros. Luis Gonzaga, ángel en la pureza, serafin en el amor, modelo de toda santidad y espejo de inocencia, lo fué tambien de regidísima penitencia; ¿pero qué tenia que purgar con tanto rigor un jóven que no parecia sino un ángel encarnado, que con tanto esmero supo, no solo conservar hasta su muerte, sino tambien multiplicar la gracia que recibió en el bautismo, que prevenido de la gracia supo siempre ser fiel á su Señor y hacer en todo su voluntad santísima? ¿Qué pecados, vuelvo á preguntar, podia tener que llorar tan amargamente? Una ligerísima falta, (si falta se puede decir) cual fué haber quitado para divertirse, un poco de pólvora á un soldado de su padre. Este fué el gran pecado que Luis cometió en su niñez, ¿quién lo duda? sin aquella plena advertencia que se requiere para que pueda decirse ofensa, aun venial, de Dios. Esta pequeña falta, con que creia haber disgustado á su Salvador que tanto amaba, fué el objeto de su ódio, de su dolor y de su llanto por toda su vida, no obstante los grandes y continuos favores que recibia del cielo; pruebas de que su Dios no estaba con él disgustado.

Las almas fieles y amantes como la de Luis, no necesitan andar mendingando motivos para concebir la contricion mas perfecta, aun de culpas ligeras, no reparan en si la culpa fué mortal ó venial, en si tuvo ó no tuvo toda la adverten-

cia; bástales saber que disgustaron con ella á su Dios, para que se deshagan en lágrimas de dolor. Tal le sucedia frecuentemente á la discípula del Corazon santísimo de Jesus, la venerable Alacoque, la que, no obstante el cuidado que tenia de agradar en todo á su divino Maestro, como frágil cometia á veces algunas imperfecciones tan ocultas y ligeras, que ni ella misma las conocia hasta que el mismo Señor se las hacia advertir; y era tanto su dolor y sentimiento, que despues de haber pedido mil perdones á su divino Esposo, corria á los pies de su superiora, confesábale con lágrimas su culpa, y le pedia la penitencia; y cuanto esta era mas grave, tanto ella quedaba mas consolada, lo que le servia para estar mas atenta en el servicio de su Dios.

La deplorable facilidad con que cometemos tantas faltas que nos parecen ligeras solamente porque amamos poco, el poco dolor que tenemos despues de haberlas cometido, el poco zelo en hacer la penitencia, y el ningun cuidado el enmendar el error pasado, dan bien á entender lo poco que sentimos la desgracia de haber disgustado á Jesus, y consiguientemente lo poco que lo amamos: que al fin, quien poco ama, poco siente, y quien poco siente, poco ama. No se diga, pues, de vosotras otro tanto, esposas carísimas de Jesucristo: llorad amargamente los disgustos que hasta aquí le habeis dado, y procurad en adelante ser mas atentas en su servicio, y hacer en todo su voluntad santísima.

Leccion de Kempis. Lib. 3. *c.* 31.

MEDITACION

PARA EL MES DE OCTUBRE.

Sobre la obediencia del Corazon santísimo de Jesus en la crucifixion.

Cristo se hizo obediente por nosotros hasta la muerte, y muerte de cruz. San Pablo, epistola á los Filipenses cap. II. 8.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, á tu divino Redentor ya en el lugar del suplicio, desnudo junto á la cruz en que iba á ser crucificado: los ministros le mandan que se estienda sobre ella, y el mansísimo Cordero obedece. ¡O Dios! ¿Quién manda, á quién se manda, y qué se manda? ¡Hombres vilísimos, un Dios poderoso tenderse en un infame patíbulo! ¡Qué trastorno de cosas! ¡qué misterios tan incomprensibles! ¡La criatura manda, y el Criador obedece en cosa tan árdua y difícil! No te pares, alma mia, en ver lo que exteriormente pasa, penetra en aquel divino Corazon, y en él ponderarás lo que no puedes entender. La obediencia á su Eterno Padre, el amor á los hombres, son los que obligan á Jesucristo á extenderse sobre la cruz, no ya el poder ni la fuerza de las criaturas que no pueden tener contra la voluntad de su Criador. ¡O Corazon divino! ¡qué lecciones me dais con vuestra obediencia á criaturas tan viles y tan infames en co-

sas tan contrarias y repugnantes á nuestra naturaleza! ¿Qué mas podia hacer para confundir mi altivez y repugnancia en obedecer á mis superiores? Vos, Jesus mio, reconociais en aquellos impíos ministros la voluntad de vuestro divino Padre, ¿y yo no reconoceré la vuestra en los superiores que me habeis dado? ¡Ah! si yo la reconociera ¡cuán dulce me seria obedecer! ¡cuán suave se me haria lo que me mandan! Iluminadme, Redentor mio, para que yo conozca vuestra voluntad, y conociéndola la siga.

Contempla con qué sumision y humildad aquel mansísimo Cordero obedece á sus verdugos: él mismo, sin repugnar, sin contradecir, sin quejarse, se extiende sobre aquel duro madero, empleado solo en obedecer á su Padre, y cumplir el gran sacrificio. Cuatro fueron, segun la revelacion á San Anselmo, los ministros que se emplearon en crucificarlo: uno le tenia los pies, otro la mano izquierda, el tercero la derecha y el cuarto lo clavaba en la cruz. Comenzaron por la derecha aquel bárbaro tormento. ¿Qué dolor tan intenso tendria aquel divino Cordero al sentirse traspasar con un clavo á golpes de martillo la carne, los nervios y las artárias de aquella delicadísima mano? Clavada ya la derecha, y queriendo clavar la izquierda, esta, ó porque los nervios se habian encogido, ó porque no tomaron bien las medidas, no llegaba al lugar del taladro que habian hecho en la cruz: aquellos bárbaros comenzaron á estirar con sogas aquella mano para alargarla, tanto, que como fué revelada á Santa Brígida, los nervios y las venas se rompieron con dolor inmenso del Redentor.

Lo mismo hicieron con los pies, quedando aquel divino cuerpo tan estirado y descompaginado, que no habia en todo él hueso, nérvio ó artéria que estuviera en su lugar. Y segun otra revelacion que refiere Landulfo, fué este el mayor tormento que sufrió el Redentor, porque como bien pondera San Buenaventura, fué un dolor sobre dolores, dolor que se añadió é hizo mas terribles los dolores de todas las llagas del cuerpo, principalmente el de las manos que mas se abrieron. Alma mia, si un tal espectáculo no te mueve, ¿qué podrá moverte? ¡Ah! hombres bárbaros, corazones ingratos, ¿cómo podeis clavar con tanta crueldad manos tan benéficas que han dado vista á tantos ciegos, salud á tantos enfermos, vida á tantos muertos?

Y vos, pacientísimo Jesus, ¿cómo siendo tan poderoso os dejais clavar con tanta crueldad en un madero? ¿Quién es, Señor, (siendo vos Dios) quien tenga tanta fuerza de clavaros? ¿Quien ha de ser sino el amor de vuestro Corazon para conmigo? ¡O amor fuerte! ¡O Corazon amante! Vos, Redentor mio, con dolor de vuestras manos quisisteis pagar los pecados de las mias, y con el dolor de vuestros pies, los pasos que los mios han dado para ofenderos. ¡Ah! perdonadme, amor mio crucificado, y con esas manos llagadas, bendecidme, y clavad á vuestros pies mi corazon, para que de vos no se aparte: clavad mi memoria, mi entendimiente y voluntad: clavad mis manos y pies, para que con vos viva y con vos muera. Amén.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como clavado ya tu divino Redentor en la cruz, aquellos impíos lo arrastraron hasta el lugar en donde debia ser elevado: pondera qué dolores tan terribles sentiria aquel llagado cuerpo en cualquiera estremecimiento, en cualquiera tropiezo y en cualquiera movimiento de la cruz. Llegados al lugar levantaron en alto aquel arbol, en el cual pendia la vida, y dejándolo caer de golpe en el agujero, todo el cuerpo se estremeció, ocasionándole acerbísimos dolores. Las llagas de las manos y pies se le abrieron, pendiendo ya de ellas todo el peso del cuerpo, y comenzaron á salir por ellas cuatro fuentes de sangre, como reveló María Santísima á San Anselmo. Contempla á tu Esposo levantado en alto á vista de inmenso pueblo, entre los chiflidos y befas de aquella insolente plebe. Todo sangre, todo dolores, todo llagas, que moveria á compasion á las piedras, y los hombres en vez de compadecerlo, lo burlaban, lo escarnecian. ¡Qué afrenta y qué tormento para aquel noble Corazon verse desnudo, ajusticiado entre dos ladrones como si fuera uno de ellos! hecho el blanco de las calumnias, de las burlas y de las risadas de sus enemigos.

Mira á tu Señor y á tu vida como pendiente de aquel patíbulo no encuentra reposo ni situacion alguna que no le sea de tormento: ora se apoya sobre las manos, ora sobre los pies; pero á donde quiera que se apoye, encuentra mayor dolor, va volteando la cabeza, ya de una par-

te, ya de otra, y no halla como tenerla; porque si la inclina sobre el pecho, las llagas de las manos se le recienten por el peso que carga sobre ellas; si la reclina sobre las espaldas, en ellas se le clavan las espinas de la corona; si la descansa sobre la cruz, las espinas se le hincan mas en la cabeza. ¡Ay Jesus mio, qué muerte tan amarga y tan tormentosa es la que sufris! ¿Cómo puedo veros agonizar entre tantas penas y tormentos sin que el corazon se me parta de dolor? ¿Podré lisonjearme de amaros, cuando con tanta indiferencia é insensibilidad os veo padecer tanto por mí? ¿Qué puedo deciros, Dios pacientisimo, sino que sois el hombre de dolores y sábio en inventar maneras de padecer y de haceros amar?

Alma mia, si aun no estás convencida de lo mucho que te ama el Corazon de tu divino Esposo, alza los ojos, míralo clavado en esa cruz, y pondera lo que le cuestas: mira esas llagas que son sinco fuentes de sangre con que has sido tantas veces lavada, y pregúntale: ¿Qué significan, dulcisimo Jesus, esas llagas que miro enmedio de vuestras manos? y eye que te responde: Son señales del grande amor que te tengo, son el precio con el cual te he rescatado de la esclavitud, y te he librado de la muerte eterna. Mira, dice Santo Tomás de Villanueva, esa cruz, mira esas penas, mira esa amarguisima muerte que por tí sufre, todos son testimonios de lo mucho que te ama. Grita la cruz, gritan las llagas que Jesus te ama con verdadero amor. Míralo, dice San Agustin, como todo respira amor: la cabeza inclinada para darnos el beso de paz: los bra-

zos extendidos para abrazarnos, el Corazon abierto para meternos en él. ¿Y con todo no lo amamos?

Pacientísimo Jesus mio, permitidme que viendoos padecer por mí tan extrañas penas é inauditos tormentos, os pregunte: ¿Qué habeis visto en mí de bueno ó de amable, que os haya empeñado tanto en ganarme? El solo morir era un exceso de amor divino, y solo bastaba para salvar infinitos mundos: ¿pero muerte tan cruel, tan afrentosa y tan penosa, era acaso necesaria para salvarme? ¿Quién soy yo que tanto os cuesta mi salvacion? ¿Por un vil gusanillo, por un poco de lodo, tanto empeño en un Dios tan grande y poderoso como vos? ¡Ah! que bien oigo la respuesta de vuestra divina boca: *Porque tu alma fué preciosa á mis ojos.* Sí, Redentor mio, mi alma es preciosa en vuestros divinos ojos, porque vos la habeis hecho preciosa con vuestra sangre: todo es bondad, todo misericordia de ese Corazon divino infinitamente amante é infinitamente amable. Si soy incapaz de amaros, de alabaros y de glorificaros cuanto tanto amor merece, alábcos, bendigaos y ámeos vuestro Corazon, que él solo es capaz de hacerlo cuanto vos mereceis: os alaben todas las naciones y todos los pueblos por las misericordias que habeis usado con esta indigna esclava vuestra. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. *El Corazon santísimo de Jesus en el Sacramento, obedeciendo á las palabras del sacerdote, por indigno que este sea, renueva todos los dias el sacrificio de la cruz y la obediencia á su Eterno Padre.* Tú á su ejemplo, y por amor suyo, renueva todos los dias de este mes el sacrificio que ya le hiciste con los votos religiosos; esmérate en obedecer prontamente y con alegria á tus superiores en todo lo que te mandaren, por árduo y difícil que te parezca: acuérdate de la obediencia del Corazon santísimo de Jesus en su crucifixion, y sea este tu modelo: guárdate mucho en quejarte, murmurar ó decir cosa la mas mínima contra la obediencia, porque esto seria señal que ni siquiera has empezado á ser religiosa. Ten cuidado de ofrecer todas tus obediencias al Eterno Padre, unidas á la obediencia del Corazon santísimo de Jesus, para que este las purifique de todas sus imperfecciones, y así sean aceptables en el divino trono.

2. El Corazon santísimo de Jesus ofendido en el Sacramento del Altar con la poca disposicion y fervor con que muchos lo reciben en la Eucaristia. Consuélalo procurando en este mes, á honor suyo, una mayor pureza de corazon para recibirlo mas dignamente y con mayor fruto: ofrécele, por la que á tí te falta, la pureza del Corazon santísimo de Maria, deseando ser tan pura y tan santa como ella, solo por agradarlo como ella lo agradaba. Comienza tu preparacion

desde el dia antes, ocupándote interiormente en uno de estos pensamientos: *Quién viene mañana á mi pecho, á qué viene, y cómo lo recibiré. &c.* Quien viene es mi Dios, mi sumo bien &c.: viene á unirse con mi alma y á hacerle todas las gracias de que ella fuere capaz: cuanto mayor fuere mi disposicion para recibirlo, tanto mayores serán los bienes que me comunicará. Con estos pensamientos excita la voluntad á que haga actos de amor, de deseo, y de humildad, &c.

ACTO DE CONFIANZA.

Amabilísimo Corazon de mi amado Redentor, fuente de todas las virtudes, tesoro de todas las gracias, centro del amor divino, y fuego de las almas: Corazon divino, objeto de las complacencias del Eterno Padre; Corazon dignísimo de reinar solo en todos y sobre todos los corazones de los hombres y en todas las voluntades de los ángeles: Corazon sumamente apasionado por mi bien: ¿cuánta debe ser, Redentor mio, mi confianza en un Corazon tan bueno y tan amante, por mi amor sacrificado y por mi bien crucificado? Esa cruz, esas espinas, esos clavos, esas llagas y esa sangre, me dicen y me aseguran que me perdonareis todos mis pecados.

Si no quisierais salvar mi alma y perdonarme, no habia necesidad de que por mí hubierais padecido tanto. Padecisteis por mí hasta dar la vida en un mar de tormentos; luego deseais salvarme; luego quereis perdonarme. Pero si vos lo quereis, ¿quién os lo puede impedir? Solo mi voluntad rebelde á vuestras gracias y obstinada

en el pecado. Pero no, que ya no tengo ni quiero otra voluntad que la vuestra; por obstinada que esta sea, teneis mil modos y maneras de ablandarla y sujetarla á la vuestra: hacedlo, Jesus mio, por vuestro Corazon santísimo, y en él firmemente espero que lo hareis; porque si cuando yo os era ingrata, si cuando yo no os amaba, ántes bien os ofendia, hicisteis tanto por mí y tanto padecisteis por salvarme, ¿qué no hareis ahora que comienzo á amaros, y ardientemente deseo serviros? Sí, Redentor mio, habeis hecho ya lo mas, haced ahora lo que os cuesta menos: dadme un amor grande, un amor constante, un amor que me haga aborrecer y olvidar todo lo que no sois vos, para que amandoos sobre todas las cosas, muera en vuestro santo amor: y consiga las eternas felicidades que me habeis prometido, mayores que todos mis deseos. Amén.

NOVIEMBRE.

LECCION ESPIRITUAL.

Algunos medios particulares que la religiosa debe practicar para conseguir un perfecto amor á Jesucristo, y una tierna devocion á su sagrado Corazon.

Hermana carísima, ¿qué quiere tu Dios y Señor de tí, sino que lo ames y lo sirvas con todo tu corazon? Deut. X. 12.

Si de todos los hombres quiere Jesucristo ser amado y fielmente servido, mucho mas lo quiere y lo pretende de aquellas almas que entre millares ha escogido para esposas suyas. Cuando un caballero, un Señor, un príncipe, toma una pobre doncella por esposa, claro está que la toma por una particular predileccion, y porque quiere ser de ella particularmente amado. Vosotras, hermanas carísimas en Jesucristo, sois estas almas dichosas: á vosotras, bien que pobres, porque sin méritos algunos os eligió entre millares para esposas suyas. Cuanta sea vuestra obligacion, cuantos los motivos que teneis para amarlo sobre todo bien, lo habeis visto ya en las precedentes lecciones, y solo me resta insinuaros algunos medios para conseguir este amor.

El primero; el principal y el mas eficaz medio para obtener este amor á Jesus y esta devocion a su Corazon santísimo, es la oracion. Es cosa que maravilla como los cristianos no sean podero-

sos y no obtengan cuanto desean, teniendo un medio infalible para conseguir cuanto quieren y tan fácil como es el pedirlo como deben. No hay cosa á que Jesucristo se haya obligado con mas solemnidad, que oir nuestras oraciones, y concedernos cuanto le pidiéremos conducente á nuestra eterna bienaventuranza. Ahora, de todas las oraciones y peticiones que podemos hacerle, ninguna ciertamente puede serle mas agradable que aquella con que le pedimos su santo amor, porque en esto le pedimos lo que mas él desea que tengamos: y bien sabe que si él no nos lo dá, no podremos tenerlo: para dárnoslo no espera otra cosa sino que se lo pidamos. ¿Por qué, pues, no lo tenemos, cuando es tan fácil obtenerlo como el pedirlo? Es necesario confesar que si no lo tenemos, es porque no lo pedimos, ó no lo pedimos como debemos.

Si nosotros deseáramos ardientemente amar á Jesucristo, seria esta casi la única peticion que haríamos continuamente á Dios, porque al fin lo que mas se desea es lo que mas se pide. Pasamos la vida pidiendo á Dios mil cosas tal vez impertinentes, porque no conducen, antes bien muchas son contrarias á nuestra eterna bienaventuranza: y nos olvidamos de pedirle lo principal que es su amor, absolutamente necesario para conseguir nuestro último fin. Si se lo pedimos, es con tanta frialdad, con tanta indiferencia, que no parece que lo hacemos sino por cumplimiento, y que pedimos temiendo que nos lo conceda, como decia San Agustin: *temia no me oyeses presto;* porque tememos que si este divino amor se apodera de nuestros corazones, salgan de ellos ciertos

amores, ciertos apegos y ciertos afectos con los cuales estamos bien hallados, y que aun no queremos dejar, pareciéndonos por un error insufrible ó por tentacion del diablo, que sin ellos pasarémos una vida triste y llena de amarguras.

¡Ah! si una vez hicieramos el sacrificio de estos indignos amores, y probáramos en aquel Corazon divino las inefables dulzuras de su amor, dejariamos, sí, lo confieso, todos los amores terrenos que ahora con tanto palcer fomentamos; pero los dejariamos con gusto, con placer, con alegria, porque conoceriamos su vileza, y que sus dulzuras no son sino amarguras. Oremos, pues, y pidamos con fervor y con constancia este amor, que infaliblemente lo obtendremos: el remedio es tan facil como eficaz, y se puede decir que lo mismo es pedirlo que conseguirlo. Si á Dios pidieramos tan de veras el amor á Jesus como tantas veces le pedimos la salud y otros bienes temporales, ya seriamos á esta hora unos serafines de amor.

El segundo medio, es meditar con frecuencia la grandeza, las perfecciones, los misterios, las máximas, los ejemplos, la vida, la pasion y muerte del Dios humanado: las virtudes, las dulzuras, la amabilidad y los afectos de su Corazon santísimo. Porque ¿quién podrá contemplar tanta bondad y tantas perfecciones unidas todas en una sola persona, y no encenderse en su amor? ¿Quién no enamorarse de un Corazon tan amable sobre todos los corazones? Si en el mundo hay tanta frialdad ó indiferencia para con Jesucristo, para mí no es otro el motivo, sino lo poco ó nada que en él se piensa, cuando esto debia ser la materia única de la meditacion de un cristiano,

y mucho mas de una religiosa. Rogaba una alma santa á Dios le enseñase lo que debia hacer para amarlo perfectamente, y le fué respondido que meditase frecuentemente en la pasion de su Unigénito Hijo.

Lloraba amargamente Santa Teresa el error en que la tuvieron ciertos libros que aconsejan á las almas que tratan de perfeccion, abstenerse de meditar la vida, pasion y muerte de Jesucristo, con el falso motivo que esto podia serles de impedimento para la contemplacion de la divinidad; como si pudiera haber cosa mas apta para unir las almas con su Dios que la humanidad sacrosanta de Jesucristo con quien está físicamente unido. Conoció la santa con la propia experiencia y bien á costa suya, la ilusion de esta máxima, por lo que clamaba: *O Señor de la alma mia, ó bien mio crucificado: no me acuerdo jamás de esta opinion, que no me parezca haberos hecho una gran traicion en haberla seguido. ¿Y cómo era posible, que vos, Señor, me fueras de impedimento para mi mayor bien? ¿Y de dónde me vienen todos los bienes sino de vos?* El padre Baltasar Alvarez, maestro insigne de espíritu, que lo fué de esta seráfica del Carmelo, exhortaba á todos sus penitentes á meditar frecuentemente en la pasion del Redentor, diciéndoles que no pensaran haber hecho cosa alguna, si no tenian impreso en sus corazones á Jesus crucificado. San Buenaventura enseña que no hay ejercicio mas útil para hacerse una alma santa, y gran santa, como meditar con frecuencia la pasion de Jesucristo. Para facilitar esta meditacion servirá mucho leer con frecuencia algun libro que trate de Jesucristo, de los

que hay muchos buenos, y sobre todo la historia de la pasion por el padre Luis de la Palma, de la Compañia de Jesus.

El tercer medio que, siguiendo el dictámen de grandes maestros de espíritu, yo propongo á las religiosas para abrazarse en el amor divino de su adorable Esposo, es recibirlo frecuentemente, y con el fervor posible en el Sacramento de la Eucaristía. Jesucristo no con otro fin vino al mundo, ni se quedó sacramentado, sino con el de encender en los corazones de los hombres este divino fuego. Este sacramento es un incendio de amor para abrazarnos sobre nuestros altares, y que arde en nuestras pechos cuando dignamente lo recibimos. Todos los otros sacramentos son efectos del amor que el Corazon santisimo de Jesus tiene á los hombres; mas el sacramento de la Eucaristía, dice San Bernardo, es el amor de los amores: porque en este sacramento se contiene el mismo Jesucristo, que es la causa, el objeto y el motivo de este amor: causa activísima, que aplicada no puede menos que obrar, y obraria indefectiblemente si nosotros no lo impidiéramos con tanto afecto desordenado: objeto poderosísimo, porque es imposible conocerlo y tratarlo sin amarlo tiernamente: motivo eficacísimo, porque cuanto mas lo recibiéremos y mas con él nos uniéremos, tanto mas nos abrasarémos en su amor. El hierro, cuanto mas se mete en la fragua, tanto mas se enciende y se ablanda.

Las religiosas que apartadas del mundo, lejos de cuidados y distracciones mundanas, no tienen ó no deben tener otros pensamientos, ni otros cuidados que amar y agradar en todo á su es-

lestial Esposo, deben comulgar frecuentemente con la aprobacion de sus directores, sin que para eximirse les valgan tantas frívolas escusas que suelen dar las tibias, como aconseja á su Filotea S. Francisco de Sales. Que si por una accion tan santa como esta fueres motejada de otros, respóndeles lo que el mismo santo te aconseja que respondas, en su introduccion á la Vida devota p. 2. c. 21: „Si los mundanos, Fi„lotea mia, (te dice) te preguntaren por qué co„mulgas tan á menudo, respóndeles que lo ha„ces para aprender á amar á Dios, para puri„ficarte de tus imperfecciones, para librarte de „tus miserias, para consolarte en tus aflicciones „y para apoyarte en tus flaquezas. Diles que dos „suertes de personas deben comulgar á menudo: „los perfectos, porque estando bien dispuestos, „harian muy mal en no llegarse á la fuente de „la perfeccion y santidad; y los imperfectos, pa„ra enmendarse de sus imperfecciones; los fuer„tes para no debilitarse, y los débiles para for„talecerse: los sanos para no enfermar, y los en„fermos para sanar; y que tú como imperfecta, „débil y enferma, debes comunicar á menudo con „quien es tu perfeccion, tu fortaleza y tu mé„dico.... Comulga á menudo, Filotea, y lo mas „á menudo que pudieres, con aviso y parecer de „tu padre espiritual, y creeme que las liebres „en el invierno, en nuestras montañas se vuelven „blancas, y esto les sucede porque no comen ni „beben otra cosa que nieve. Así tú, á fuerza de „comer y de sustentarte de la hermosura, de la „santidad y de la misma pureza en este divino „sacramento, tambien te volverás perfectamente

„hermosa, perfectamente sana y perfectamente „pura."

El cuarto medio para conseguir presto un ardiente amor á Jesucristo y una tierna devocion á su Corazon santísimo, es tan fácil como genial á todos los cristianos, cual es una particular devocion á Maria Santísima, que por una parte tiene tan dulces atractivos para robarse nuestros corazones, y por otra goza tanto poder en el de su divino Hijo, que fácilmente consigue cuanto le pide á favor de sus devotos. No hay duda que Maria Santísima entre todas las criaturas es la mas amante y la mas amada de Jesucristo, y consiguientemente la que mas desea que todos amemos á su divino Hijo. Ella es la Madre del divino amor, y para conseguir este amor, á ella como á depositaria de tanto bien debemos recurrir. Los corazones de Jesus y de Maria están tan conformes y tan unidos, que ninguno entra en el Corazon de Jesus sin pasar primero por el de Maria: el de Jesus no admite sino almas puras, y el de Maria tiene el empeño de purificarlas con las gracias que les obtiene, y ponerlas en estado de ser admitidas en el Corazon de su divino Hijo y abrasarlas de su amor. Tengamos, pues, una tierna devocion al Corazon de la Madre, que presto la tendremos al Corazon del hijo.

Hay á mas de estos otros muchos medios bien fáciles á practicarse, y bastantemente eficaces para conseguir el amor de Jesus, y conseguido, mantenerlo y aumentarlo: como son tenerlo presente, hacer todas las obras con intencion únicamente de agradarlo, diciendo al comenzarlas: *Hago esto, porque mi bien, el Dios de mi corazon,*

lo quiere: por dar gusto á mi Esposo, por hacer su voluntad santísima &c. Un trato familiar con Jesucristo por medio de frecuentes y breves jaculatorias: adorarlo entre dia varias veces: tener á la vista sus imágenes, poner en ellas los ojos, abrazar al crucifijo, besarle con reverencia sus preciosísimas llagas, son cosas todas facilísimas de hacerse, que parecen cosas de nada, pero que ayudan mucho, para conservar y atizar en nuestros corazones el fuego del divino amor.

Mas sobre todo, el medio mas útil para adelantarse en el camino de la perfeccion y en el amor á Jesus, es el tener este dia de retiro cada mes, en el cual se deben renovar aquellas reflexiones que nos lo han inspirado, como tambien debemos examinarnos y tomarnos cuenta de los progresos que hemos hecho en este amor, en la práctica de las virtudes, en el cumplimiento de nuestras obligaciones, y en la imitacion de Jesucristo. Si hecho el examen encontráremos haber aprovechado, esto nos animará para ir adelante; si por el contrario viéremos que no adelantamos, un firme propósito de poner mayor esmero nos ayudará á la enmienda Poco conoce á Jesucristo quien no pone todos los medios posibles para amarlo.

Leccion de Kempis, Lib. 3. c. 34.

MEDITACION PARA NOVIEMBRE.

Sobre los sentimientos del Corazon santísimo de Jesus en la cruz.

Todo el dia tuve mis manos extendidas á ese pueblo incrédulo y rebelde. San Pablo á los Romanos, cap. X. 21.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, á tu divino Redentor clavado en la cruz con los brazos abiertos para abrasarnos á todos en su Corazon; su cuerpo todo llagado y lleno de dolores, pero su Corazon lleno de dulzuras y de caridad aun para con aquellos impíos que tanto mal le hacian. Estos, no contentos con haberlos maltratado tanto con las obras, afilan sus pérfidas lenguas contra él, y lo cargan de oprobios, de improperios, de blasfemias; sacerdotes, soldados, gentiles, hebreos, todos se vuelven contra él; ninguno lo compadece, todos lo burlan y lo befan como a Dios falso, rey fingido y hombre impostor. Y á todo esto ¿qué diiria el Corazon santísimo de aquel injuriado Señor? Podia con solo un acto de su voluntad hacer venir á su favor legiones de ángeles; podia con mayor eficacia que Elías hacer llover fuego del cielo que consumiera á todos sus enemigos; podia con un imperio mandar á todas las potestades infernales que vengaran sus injurias, é hicieran confesar á aquellos impíos que si él era hombre, y como tal moria, era tambien

Dios Todopoderoso, y era el verdadero Rey de Israel.

Pero no, que en aquel Corazon, bien que tan injuriado y ofendido, no caben sentimientos de venganza, pues todo es dulzura, caridad y misericordia. Oye, alma mia, de su divina boca lo que su Corazon siente y desea. La primera palabra que habla en la cruz es para rogar á Dios por sus enemigos. *Padre mio*, dice, por esta cruz en que muero, por esta sangre que derramo, y por el amor que me teneis, yo os pido que no castigueis á estos infelices: perdonadlos, Padre mio, porque no saben lo que hacen; ya yo los perdono de Corazon. ¡O amor incomprensible! ¡O caridad infinita! ¿Y podré yo amar á Jesus y no perdonar á mis enemigos? ¿Tendré repugnancia en seguir su ejemplo?

Pacientisimo Jesus, qué bien corresponden vuestras obras á vuestro preceptos. Vos me mandais que perdone á mis enemigos, y vos sois el primero que me daie tan bello ejemplo. Mas, bien mio, si con tanta caridad perdonais á los que os ofenden, aquí estoy á vuestros pies, yo soy una de estos ingratos, que tanto os he ofendido: rogad tambien por mí á vuestro Eterno Padre que me perdone. Es verdad que los judios crucificándoos no sabian lo que hacian, y yo pecando bien sabia que ofendía á un Dios crucificado y muerto por mí; pero vuestra sangre, vuestras penas y vuestra muerte me han merecido á mí tambien la divina misericordia. Mayor seria mi iniquidad, y mayormente os ofenderia, si viendoos morir por mí en una cruz y perdonar á los que os crucifican, desconfiara de la bondad de vues-

tro Corazon, y del perdon que me habeis merecido. Sé y estoy cierta, que si yo arrepentida os lo pido, lo obtendré infaliblemente. Sé que es muy justo, y que vos quereis que perdone yo de corazon á mis enemigos, así como yo quiero que vos me perdoneis. Sí, Jesus mio, solo siento no haber recibido graves injurias, ni tener grandes enemigos que perdonar para haceros este beneficio y daros esta prueba de mi reconocimiento; pero sean los que fueren, yo á todos de corazon los perdono, y os pido por vuestra preciosa sangre que á ellos y a mí nos perdoneis.

Acuérdate de mí, os dijo, Redentor mio, el buen ladron, y fué luego consolado oyéndose responder: *Hoy serán conmigo en el Paraiso. Acuérdate de mí*, os digo yo tambien arrepentida de mis culpas: acordaos, Señor, que soy una de aquellas ovejas descarriadas que venisteis buscando, del cielo á la tierra: acordaos que por salvarme perdisteis la vida en una cruz de tormentos; acordaos que aunque ingrata y pecadora, me habeis amado, y os ha costado mucho el redimirme. Consoladme, pues, amabilísimo Jesus, haciéndome sentir los efectos de vuestra misericordia, y el amor de vuestro Corazon con darme un verdadero dolor de mis pecados, para que en mí no se pierda el fruto de vuestra pasion y muerte.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como el Corazon de tu Divino Redentor enmedio de tantos tormentos y de tantas calumnias, casi olvidándose de cuanto padece, no pensaba sino en haceros mayores bienes. Ya habia hecho por nosotros cuanto un Dios podia hacer, nos habia dado cuanto podia darnos, dándonos sus méritos, su sangre, su vida, y todo á sí mismo, y con todo aun mas desea dar á los hombres cuando tanto mal le hacian. Míralo como inclinando la cabeza ácia la tierra, pone sus moribundos ojos en su santísima Madre, que llena de amargura y de dolor estaba al pié de la cruz. Esta vista, si bien traspasó de parte á parte su afligido Corazon, en parte lo consoló, viendo que aquella alma purísima, la mas fiel, la mas amante, la mas agradecida, la mas santa por ser la mas semejante á él, adornada ya de tantas gracias y perfecciones cuantas pueden caber en una criatura, era el primero, el principal y el mas precioso fruto de sus penas y tormentos.

Se consoló tambien, porque vió que aun tenia aquel incomparable tesoro que dejar á los hombres, conociendo cuán útil y provechoso seria á las almas este precioso don, y así nos dejó en cabeza de S. Juan por Madre y Abogada, por refugio y asilo á su misma Madre, y en ella nos dejó los bienes todos de su misericordia, el amparo mas seguro contra nuestros enemigos, la intercesion mas poderosa para nuestra salvacion. A ella nos encomienda, diciéndole: *Muger, ahí*

tienes á tu hijo; como si le dijera: Madre, yo muero, y voy á mi Padre por última voluntad; y por señas de lo mucho que os amo, os dejo en mi lugar á mi amado discípulo, y en él á todos los hombres: á vos los encomiendo; miradlos como hijos: amparadlos, protegedlos, que para esto poderosa os he hecho: ya sabeis lo mucho que me cuestan y lo mucho que los amo: rogad conmigo á mi Eterno Padre para que ninguno se me pierda, y que todos se salven.

Y volviéndose á S. Juan, y en él á todos nosotros, nos dijo: *Ah tienes á tu Madre*. Hijos mios, para no dejaros huérfanos, en mi lugar os dejo á mi Madre: amadla, reverenciadla, y recurrid á ella en todas vuestras necesidades, que ella como Madre os asistirá, como Reina os protegerá, como Abogada os defenderà, y como tesorera de todos mis bienes os enriquecerá; mas si quereis que ella os sea Madre piadosa, sedles vosotros hijos obedientes y obsequiosos.

Quisiera, amorosísimo Jesus, ser toda lenguas y toda corazones para daros las gracias que os debo por tantos beneficios como me habeis hecho; mas para agradeceros este último que me haceis en dejarme por Madre á vuestra Madre santísima, quisiera tener una lengua y un corazon de serafin. Esta, Jesus mio, la recibo, la agradezco y la aprecio como una fineza propia solo de vuestro amante Corazon. ¿Conque es verdad que Maria es mi Madre? ¡O qué dicha; ¡O qué fortuna es la mia! Perdonad, Jesus mio, un afecto á mi corazon. Yo os amo como á mi único y sumo bien; pero ¡ah! lo confieso.... tambien os temo. Sois mi Padre, mi Redentor y

Salvador, pero tambien sois mi eterno y severo juez. Sois Dios de misericordia, pero tambien sois Dios de justicia. Maria es toda Madre, es toda misericordia, y ella es la que abogará por mí en vuestro recto tribunal. Bendito seais, Dios de misericordia, que para usarla conmigo me habeis dado una protectora y una abogada tan poderosa como Maria.

Y vos, Madre mia santísima, bien sabeis que los últimos recuerdos de un hijo amante que muere son muy preciosos para que una Madre pueda olvidarlos: acordaos, pues, que vuestro divino Hijo, estando para morir, me dejó por hija vuestra, y me recomendó á vuestra proteccion. Por el grande amor conque lo amasteis, por la sangre que por mí derramó, por los grandes dolores que padecisteis al pié de la cruz, amparadme, Madre mia, y protegedme, mayormente en la última hora de mi vida. Salvad mi alma, y no permitais que tantas penas y dolores sufridos con tanto amor, sean inútiles a una que aunque miserable y pecadora, es con todo hija y sierva vuestra. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS

PARA TODO EL MES.

1. El Corazon santísimo de Jesus en el Sacramento, bien que tan ofendido de los hombres, ruega continuamente á su Eterno Padre por ellos: tú á su imitacion no te contentes con solo perdonar de corazon á los que te ofendieren, hazles todo el bien que pudieres, y cuando otra co-

sa no puedas, ruega por ellos al Corazon santísimo de Jesus, y pídele que les conceda aquellas gracias mas conducentes á su eterna salvacion; y esta será la mejor venganza que puedas tomar de tus enemigos, util á ellos, pero mas útil á tí. Si alguno te hiciere alguna injuria, alégrate que se te presente esta ocasion de hacer al Corazon de Jesus un obsequio que tanto de tí desea, cual es el que por su amor perdones á quien te ofende. La venerable Alacoque, verdadera discípula del Corazon santísimo de Jesus, nunca estaba mas contenta que cuando se veia mas perseguida é injuriada de las otras religiosas sus hermanas, porque encontraba en esto la mejor manera de agradar y asemejarse á su divino Maestro, tanto en lo pasivo sufriendo con humildad y paciencia, cuanto en lo activo, no solo perdonando, sino tambien amando particularmente á las que la ofendian y rogando por ellas: imítala tú si quieres ser discípula de Jesucristo.

2. El Corazon santísimo de Jesus en el sacramento está tan ofendido con las vistas vanas y curiosas de los cristianos en su presencia. Consuélalo con guardar particular modestia en la iglesia ó en el coro, y siempre que estuvieres en su presencia, pon un particular estudio en no ver cosa alguna que pueda distraer el pensamiento que debes tener fijo en el sumo bien que tienes presente y actualmente adoras. Si alguna vez, aunque sea inadvertidamente, faltares, pídele luego perdon, confiésale tu miseria, ruégale te dé gracia para vencerte, y ofrécele en satisfaccion de tu falta, los dolores que padeció el Corazon

santísimo de María al pié de la cruz viéndolo tan maltratado de los hombres.

AFECTOS A MARIA SANTISIMA

AL PIE DE LA CRUZ.

Dolorosísima y afligidísima Virgen María, Madre dulcísima de los justos, y piadosa abogada de los pecadores; yo adoro, alabo y bendigo vuestro purísimo Corazon traspasado de dolor al pié de la cruz. ¡O Corazon amabilísimo, Corazon lleno de dulzura, cómo os habeis mudado en Corazon de penas y de dolores! Las amarguras, las penas, los dolores y las llagas todas de vuestro crucificado Hijo impresas las veo en lo íntimo de vuestro Corazon. O Virgen purísima, ¿qué mutaciones son estas tan dolorosas? De Madre del bello amor, os habeis hecho Madre de dolores: de Madre de un Dios humanado, quedais Madre de pecadores. ¡O cambio sensibilísimo! Perdeis en Jesus un hijo el mas justo y el mas amable de todos los hijos, y en su lugar recibis á los pecadores, que con sus culpas lo han crucificado y os han privado de él. ¿Vos, Madre misericordiosa, habeis aceptado el cambio, y recibido con tanto amor por hijos á los hombres? ¡Ah Madre benignísima! no veais nuestra indignidad, ved solo lo mucho que hemos costado á vuestro divino Hijo, que muere en una cruz por salvarnos, que á vos nos encomienda y que en vos deposita los tesoros de su misericordia, para que de ellos useis á favor nuestro. Compadeceos, pues, de nuestras miserias, y alcanzadnos las

gracias que necesitamos para salvarnos, fortaleza para vencer las tentaciones de nuestros enemigos, resignacion y paciencia en todos nuestros trabajos, y principalmente amparadnos en la hora de nuestra muerte, cuando será mayor la fuerza de nuestros enemigos y mayor nuestra flaqueza y desamparo: impetradnos con tiempo la verdadera contricion de nuestros pecados, y no permitais que entremos en agonía manchados de culpa que pueda separarnos para siempre de vos, y de vuestro divino Hijo. Mostraos Madre benignísima con todos los pecadores: socorred á los miserables, consolad á los afligidos, amparad á los atribulados: rogad por el pueblo, intervenid por el clero, interceded por el sexo devoto, para que todos los que en tí esperan gocen de tus misericordias. Amén.

DICIEMBRE.

LECCION ESPIRITUAL.

La religiosa está obligada á amar á Jesucristo, y á ser devota de su Corazon santísimo por obediencia, por justicia, por gratitud y por interes.

Ama á Dios, hermana carísima, para que él se digne amaros en esta y en la otra vida. San Bernardo.

Deseoso de que se impriman en los corazones de las religiosas los motivos y obligacio-

nes que tenemos de amar á Jesucristo y ser devotos de su Corazon santísimo, me ha parecido hacer en esta última leccion un resumen de todas ellas, reduciéndolas á obligacion de obediencia, de justicia, de gratitud y de interes.

Siendo Jesucristo nuestro supremo Señor, debemos entrar en todos sus designios, y el menor indicio de su voluntad debe ser para una religiosa un inviolable precepto. ¿Qué no hace un mundano para indagar y conformarse con la voluntad de su soberano á quien desea agradar? ¿Por qué no hará otro tanto una esposa para contentar y merecerse el amor de su celestial Esposo? Jesucristo nos ha hecho la gracia de manifestarnos que quiére ser honrado con una tierna devocion y particulares cultos á su sagrado Corazon, y que con estos le recompensemos las injurias que recibe en el Sacramento del Altar de la ingratitud de los hombres. Y si esta es su voluntad, ¿puede haber motivo alguno para no obedecerlo?

La manera con que Dios ha revelado á una alma santa esta devocion y estos cultos, el ejemplo de tantos santos, la aprobacion de la Iglesia, la aceptacion de todo el cristianismo, ¿pueden dejarnos alguna duda de que esta es su voluntad? Por otra parte, lo que nos pide es una cosa fácil, justa y conforme á las máximas de nuestra santa religion. ¿Por qué, pues, no ha de ser amado y venerado en esta manera y con estos cultos, cuando él así lo quiera? ¿Puede conocerse á Jesus sin confesar que no hay amor, no hay cultos que no le sean debidos? Desprecien los qúe no lo conocen esta devocion como vana é inútil, que al que la conoce basta saber que es-

te es su gusto, y que asi lo quiere, para que lo abrace con todo su espíritu, y lo practique con todo empeño, mucho mas cuando estamos tambien obligados á hacerlo por justicia.

Esta es una virtud que nos obliga á dar á cada uno lo que se le debe, tanto en los bienes, cuanto en el honor. A una persona cuanto es mas digna, tanto mas honor se le debe, y en la incapacidad de darle todo lo que ella se merece, se le hace injusticia en no darle todo el que se puede. El Corazon santísimo de Jesus, como Corazon del Verbo humanado, es de infinita dignidad, y como tal acreedor á infinito honor y á infinitos cultos: así lo creemos y así lo confesamos. ¿Podrémos, pues, sin injusticia negarle aquellos pocos que nuestra miseria puede tributarle? Si aun estos pocos se los niega la mayor parte de los hombres, que en vez de amarlo y *honrarlo le ofenden y desprecian*, ¿por que una esposa que se vé privilegiada de este Señor en su vocacion, no se ha de empeñar en resarcirle estas injurias de los ingratos?

Uno de los fines que Jesucristo tuvo para quedarse en el mundo en el augustísimo Sacramento del Altar, fué para que los fieles con sus cultos y adoraciones hechas á su humanidad santísima, le resarcieran en alguna manera las injurias y desprecios que en su pasion y muerte recibió de la ingratitud de los hombres. ¿Podia pretender cosa mas justa y mas debida? ¿Y lo ha por ventura conseguido! La experiencia nos dice que no, y que los hombres siguen negándole esta satisfaccion, aun cuando están mas obligados á dársela. Lo vemos continuamente en es-

te Sacramento de Amor tan olvidado, tan abandonado y tan injuriado, que no parece sino que Jesucristo mas se quedó con nosotros para ser despreciado que para ser honrado. ¿Y seremos nosotros insensibles á tanta ingratitud? No podemos sufrir con paciencia ver á un hombre de bien injustamente deshonrado, y menos si este en algo nos pertenece, sin que clamemos: Injusticia, sinrazon, temeridad, &c. ¿Y podrémos ver con indiferencia deshonrarle tan inicuamente á nuestro Padre, á nuestro Esposo, á nuestro Redentor y á nuestro Dios? ¿Y á vista de esta ingratitud en los mundanos, no nace en los religiosos una nueva obligacion de resarcirle estas injurias con particulares cultos y con la devocion á su Corazon santísimo? Péro ¡ah! que en vez de hacerlo, muchas de estas almas religiosas se unen con sus enemigos para mas ofenderlo y despreciarlo. No me atreveria á proferir tanto, si el mismos Señor no se hubiera quejado amargamente de esto con su sierva la venerable Alacoque. *Y lo que mas siento* (le dijo) *es que almas á mí consagradas, me traten y desprecien de esta manera.* Injuria que cuanto viene de mas cerca, tanto mas le traspasa el Corazon. Un príncipe no siente tanto la traicion de un enemigo ó de un extraño, cuanto la de un amigo ó de un familiar.

¿Y no habrá entre las esposas de Jesucristo quien compadecida de su Esposo se muestre sensible á sus quejas, y procure desagraviarlo? ¡Podrá una religiosa oir con indiferencia las quejas que ya otra vez hizo por boca de su Profeta? *Mi Corazon está expuesto á los ultrajes*

mas enormes; esperaba que alguno compadecido de mí, me consolase; pero mis esperanzas fueron vanas. Almas religiosas que leis estas cosas, no sois vosotras del número de estos ingratos que hacen al Corazon de Jesus estas ofensas; pero no basta el no ofenderlo, es necesario tambien el compadecerlo, consolarlo y desagraviarlo. ¿Qué hariais por un amigo que fuese maltratado por causa vuestra y por haberos hecho un gran beneficio? Haced otro tanto por vuestro Esposo y Salvador, que por vuestro amor, y por haceros un bien incomparable, se quedó en el mundo bajo las especies sacramentales, expuesto á mil indignidades. No os contenteis, pues, con llorar que un Dios tan amable sea tan mal correspondido: procurad repararle los ultrajes hechos á su amor, que tanto exigen de vosotras la obediencia y la justicia.

Lo exige tambien la gratitud. El amor infinito con que Jesucristo nos ama, y los infinitos beneficios que nos ha hecho, deben ser la medida de nuestra correspondencia y gratitud. ¿Podremos acaso, por mas que hagamos, llenarla? ¿A qué extremo no ha llegado su amor para con nosotros? ¿Quién pódrá explicar el número y la grandeza de sus beneficios? El fué el primero en amarnos sin mérito alguno nuestro; y con amor tan grande, tan fino y tan constante, que solo cabe en un corazon divino. Este amor lo obligó á hacer los mayores extremos por salvarnos: por esto se hizo hombre, sudó, se fatigó, padeció y murio: parece que con esto yabia ya llegado al extremo á que puede llegar el mayor amor, pues como dice San Juan: *Ninguno tiene mayor amor*

que el que dá su alma por sus amigos. Pero la caridad de Jesus aun hizo mas.

Treinta y tres años que vivió entre los hombres, beneficiándolos en todas maneras, no bastaron para contentarlo los infinitos beneficios que les habia hecho, las gracias y dones con que les habia enriquecido, aun no eran bastantes á saciar los deseos que tenia de hacerles mayores bienes: y despues de haberles dado cuanto tenia, no se contentó hasta que se les dió todo a sí mismo en el adorable sacramento del Altar, quedándose con ellos hasta el fin de los siglos. Bien preveía las horribles profanaciones que los infieles y hereges harian de su adorable cuerpo en las futuras edades: los sacrilegios de los pecadores, las irreverencias de los malos cristianos, y el poco fruto que de él sacarian sus escogidos; y nada de esto puede resfriar el ardiente amor de su Corazon y deseos de quedarse con ellos por tantos siglos.

Beneficios de esta naturaleza, no sé como puedan despreciarse de los hombres y no agradecerse. San Bernardo, que bien conocia su grandeza, no sabia como agradecérselos. Si todo cuanto soy, decia, (Lib. 1. del amor de Dios) lo debo á mi Dios por haberme criado de la nada, ¿qué le deberé por haberme redimido, y redimido de tal modo? ¿Qué, pues, le deberé y cómo le corresponderé por haberse dado todo á mí? Aun cuando yo millares de veces me diera á él y todo me consumiera en amarlo y glorificarlo, ¿quién soy yo! y ¿qué comparacion puede haber entre el dárseme él á mí y darme yo á él? Y en otra parte (Serm. 20: in Cant.) grandísima es, dice, la obligacion que

tengo de amar á quien me dió el ser, la vida y el entendimiento: y si alguno, Jesus mio, despues de esto no os ama, digno es de muerte. Sí, porque como dice San Pablo: cuanto somos y tenemos, á Jesus lo debemos, y todo debemos emplearlo en servirle y amarlo. Y cuando esto no hagamos, estamos obligados á restituirle el precio con que nos ha redimido, esto es, su sangre. ¡O qué restitucion tan terrible! ¡Si esto restituimos, ¿qué nos queda y qué podemos esperar? Mas ello es cierto que la restituiremos si no la sabemos apreciar.

¿Es posible, vuelvo á decir, porque no me acabo de admirar, que siendo nosotros naturalmente inclinados á amar á quien nos ama y á agradecer el bien que otro nos hace, solo con Jesucristo hemos de ser ingratos? La mas pequeña muestra de cariño, el menor beneficio que nos haga alguna persona grande del mundo, nos cautiva y nos hace sensibles á todos sus intereses: no podemos sufrir la nota de ingratos á nuestros bienhechores, ¿y solo los beneficios de un Dios humanado, hechos con tanto amor y bondad, no serán capaces de cautivarnos? ¿Solo para con él la ingratitud no será vergonzosa? ¡O Corazon divino de mi Redentor! ¿cómo es posible que tantos motivos como tengo para amaros no ablanden mi Corazon? Ablandadlo, Jesus mio, y consumidlo todo con los ardores de vuestra infinita caridad.

Mas si ni la obediencia, ni la justicia, ni la gratitud bastan para hacernos verdaderos amantes y adoradores de este benéfico Corazon, baste á lo menos nuestro propio interés. Nosotros

estamos extremadamente necesitados de las especiales gracias de Dios durante nuestra vida, y de una particularísima misericordia en la hora de nuestra muerte, sin las cuales nunca podremos ser felices ni en esta ni en la otra vida. Nuestra miseria y flaqueza nos tienen continuamente en peligro de perdernos para siempre. Solo una especial y continua proteccion del Señor puede librarnos de tantos males que nos rodean, y mantenernos en el bien que una vez abrazamos. La perseverancia final, tan necesaria para salvarnos, es un don puramente gratuito de Dios, á la cual podemos con nuestras buenas obras disponernos; pero no podemos con ellas merecerla. Si el Supremo Juez, en cuyo tribunal hemos de ser juzgados en la hora de nuestra muerte, no uso con nosotros de su bondad y misericordia, ¿cómo podrémos evitar una eterna condenacion que tenemos tan merecida? ¿Cuánto, pues, debe ser nuestro interes para obtener estas gracias que nos son tan necesarias, y para hacernos favorable este Juez que tantos motivos tenemos para temer, y en cuya bondad solo podemos esperar? Ahora pues: el Corazon Santísimo de Jesus es el tesoro y el manantial de todas las gracias que necesitamos: en él solo podemos encontrarlas, porque habiéndonoslas él merecido, él es único dueño y Señor para dispensarlas á quienes, como y cuando gustare.

Los deseos de este Corazon no son otros al presente, que de participarnos todos sus bienes y gracias, y con ellos está continuamente convidándonos: abierto lo tiene para que á él recurramos; sino que nuestra frialdad y nuestra in-

gratitud para con Jesucristo nos están impidiendo el buscarlo y entrar en su Corazon santísimo á proveernos de cuanto necesitamos. Si vivimos pobres de gracias y de virtudes; si morimos llenos de vicios y de pecados, la culpa es toda nuestra, porque no hemos querido con tiempo aprovecharnos de un tesoro que ha estado abierto á nuestra disposicion. El juez que nos ha de juzgar no es otro que Jesucristo, su sentencia será tan justa como irrevocable. Su Corazon santísimo será nuestro abogado: si este le habla á nuestro favor, si él ofrece sus méritos en satisfaccion de nuestras culpas, no hay que temer; pero si este no se interesa por nosotros, no hay que esperar. ¿Y qué manera mejor para ganárnoslo y que se interése en abogar por nosotros, que una tierna y constante devocion para con él. ¿Podrá ser indiferente este Corazon con los que se esmeran en amarlo, en obsequiarlo, en resarcirle las injurias que recibe de la ingratitud de los hombres? Este Corazon que estando en la cruz rogó con tanta fuerza por los mismos que lo crucificaban, ¿podrá cuando es juez condenar á los que lo han amado, honrado y glorificado? ¿Cómo es posible? Amemos pues, y abracemos con todo nuestro corazon una devocion á que nos enseña la obediencia, la justicia, la gratitud y nuestro propio interes.

MEDITACION PARA DICIEMBRE.

Sobre el último abandono que sufrió el Corazon santísimo de Jesus, estando ya para morir en la cruz.

Y cerca de la hora nona exclamó Jesus con una gran voz, diciendo: Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado? S. Mateo cap. XXVII. 46.

PUNTO PRIMERO.

Considera, alma mia, como estando ya para morir tu divino Redentor, su Corazon santísimo sufrió el mayor y mas terrible de todos los tormentos, cual es el abandono y desamparo de Dios. El padecer, cuando el corazon no está abandonado, se hace dulce. Los mártires se alegraban en los tormentos, se recreaban entre las llamas como si estuvieran entre rosas, porque todo su corazon lo tenian absorto en Dios, quien los consolaba y recreaba con su divina presencia: pero cuando este divino Sol esconde sus luces y queda el corazon desamparado y en tinieblas, entónces sí que el padecer es puro y muy semejante al del infierno. A este terrible tormento se vió reducido en la cruz el Corazon santísimo de Jesus; por lo que dijo: *Por todas partes me han rodeado dolores de infierno.* —

Contémplalo, en la mayor afliccion y abandono en que se ha visto hombre alguno en esta vida, y en aquel extremo en que mas se ne-

cesita amparo y consuelo: lo busca en la tierra, y no lo encuentra: sus discípulos y amigos lo habian abandonado: su santísima Madre lo acompañaba en su padecer, pero esta no podia darle ninguna ayuda: antes bien con sus internos dolores le aumentaba su afliccion. Mira á otras partes, y se ve cercado de enemigos que lo burlan, lo insultan y lo blasfeman: alza los ojos y clama al cielo, y el cielo se le hace de bronce. Su Eterno Padre viéndole cubierto de nuestros pecados, parece que lo desconoce y lo abandona al furor de sus enemigos; y este abandono fué para su Corazon santísimo el mayor de sus tormentos. De ninguno se habia quejado; pero este fué tan vehemente y le oprimió tanto el Corazon, que no pudo ménos que clamar con voz alta, diciendo: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me habeis desamparado?* como si dijera: ¿Es posible, Señor y Dios mio, que hasta vos me abandonéis, y os conjureis contra mi? Que mis discípulos y mis amigos me abandonen, que los hombres me persigan como enemigos, no me hace fuerza, al fin son hombres flacos é ingratos que no me conocen ni saben lo que se hacen; pero vos, Señor, que me amais y me conoceis como hijo vuestro, que sabeis que en nada os he dado el mas mínimo disgusto, que padezco por vuestra gloria y por satisfacer á vuestra justicia, y que muero en esta cruz por obedeceros, ¿por qué, mi Dios, me desamparais?

Afligidísimo y abandonado Redentor mio, ¿por qué, Señor, siendo Dios quisisteis padecer tan cruel tormento? y si lo quisisteis, ¿por qué tan amargamente os quejais? ¡Ah! bien mio, ya

os entiendo: quisisteis padecerlo para enseñarme con vuestro ejemplo, que no debo desesperar de vuestra infinita misericordia, cuando me vea abandonado de las dulzuras que causa en mi alma vuestra amabilísima presencia. Si vos, Redentor mio, siendo justo, santo y perfectísimo lo padecisteis, qué mucho que yo, vil pecadora, que tantas veces os he abandonado, lo padezca, pues no merecen otra cosa mis ingratitudes. ¡Ah! conozco lo mal que he hecho en abandonaros, fuente viva de celestiales dulzuras; por eso me halle tan pobre y miserable, porque os he dejado, tesoro de todos mis bienes: ¿qué ha de tener quien de tí se aparta, sino miserias y calamidades? Prueba ya mi corazon lo amargo que es haber dejado á su Criador y á su Salvador. Vos, Señor, pagásteis esta mi ingratitud con vuestro abandono. Seais por ello eternamente bendito, y bendito sea vuestro amante Corazon, á quien únicamente debo no haber sido de mi Dios eternamente abandonada, y la gracia de haberos finalmente encontrado.

Si, bien mio, Esposo dulcísimo de mi alma: he encontrado á mi amado, y no lo dejaré mas. Vos, Señor, por vuestro abandono, no me abandoneis; y si alguna vez por vuestros altísimos fines quisiereis privarme de vuestra sensible presencia, no me priveis de vuestra gracia.

PUNTO SEGUNDO.

Considera, alma mia, como tu divino y abandonado Redentor se va acercando al fin de su preciosa vida: mira aquellos ojos purísimos, cu-

ya vista sola basta á dar vida á los muertos, como se van quebrando: mira aquellos labios purísimos que no destilan sino fragancia y miel, como han perdido ya su natural color; mira aquel rostro, cuya hermosura y belleza será por toda una eternidad la gloria de los justos, como se va cubriendo de una horrorosa palidez. Contempla aquel Corazon, depósito y víctima de la mas ardiente caridad, como palpita, y con sus estraños movimientos da señas que está ya para separarse de aquella alma santísima, de cuyos sentimientos ha sido fiel depósito.

Oye, alma mia, á tu amabilísimo Esposo, á tu Padre, á tu Dios y á tu Señor que con voz trémula dice: *Está ya todo acabado*, como si dijera: O hombres, ya he hecho cuanto debia hacer para salvaros: he cumplido perfectamente con la voluntad de mi Padre, su justicia queda ya satisfecha, vuestra Redencion concluida, vencido el infierno, abierto el cielo: os he dado ya todas las pruebas de mi amor, y solo falta que vosotros me correspondais. ¡Ah! Redentor mio, ¿podré yo decir otro tanto á la hora de mi muerte? Señor, he acabado ya mi carrera, he hecho cuanto me habeis mandado, he cumplido con todas mis obligaciones, os he amado siempre, y en todo me he conformado con vuestra voluntad santísima. Dichosa yo si tal pudiera decir; pero yo sé que si ahora me muriera, no podria decir sino todo lo contrario: Acabé, sí, mi carrera; pero sin haber siquiera comenzado á amaros y serviros: nada he hecho por daros gusto, por hacer vuestra voluntad: y si algo he hecho, lo he hecho tan mal y con fines tan torcidos, que en

vez de agradaros, os he disgustado. ¿Y he de vivir siempre en este tenor de vida? ¿Y espero que me coja la muerte tan vacia de obras como estoy ahora? Ah Jesus mio, ten misericordia de mí, y concedme vuestra gracia, para que los dias que me faltan de vida no sean tan estériles como los pasados, para que en mi muerte pueda decir que á lo menos desde ahora hasta entónces he cumplido con mis obligaciones, haciendo en todo vuestra voluntad santísima.

Contempla, alma mia, como tu divino Redentor, viendo que habia ya perfectamente cumplido la obra de nuestra redencion, y que otra cosa no le faltaba que morir, dió licencia á la muerte, diciendo á su Eterno Padre: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu;* como si dijera: Padre mio, ya he hecho cuanto me habeis mandado, no me falta mas que morir: muera yo cuando vos gustareis, pues en vuestras manos pongo mi vida, mi espíritu y mi cuerpo; y diciendo esto, espiró. ¡O Dios! ¿y quien ha muerto? ¡El autor de la vida, el Unigénito de Dios vivo, las delicias del Padre, la gloria de los ángeles, el Salvador del mundo! ¿Y por qué ha muerto? ¡Por salvar á sus criaturas, por redimir á sus enemigos! ¡O caridad infinita, ó amor incomprensible!

Alma mia, alza los ojos, y mira el mas tierno espectáculo que hizo obscurecer al sol, temblar la tierra y partirse los mármoles. Mira ese sangriento cádaver, ese Señor crucificado, ese Cordero inmaculado; y crée que así te lo enseña la fé, que es tu Dios, tu Esposo, tu Padre y tu Salvador: piensa que ha muerto por lo mucho que

te ha amado. O amor mio crucificado, ¿cómo podré no amaros, viendo lo mucho que os he costado? ¿Como podré no esperar en vos, viendo esas cinco preciosísimas llagas abiertas para salvarme, y oyendo que desde la cruz me decis: *Ven, paloma mia, á los agujeros de la piedra.* ¿Cuáles son, Redentor mio, estos agujeros en que me he de refugiar, sino vuestras llagas? *Los agujeros de la piedra*, dice San Pedro Damiano, *son las llagas del Redentor, porque en ellas fundó nuestra esperanza.* En estas, Jesus mio, os encomiendo mi alma, y por ellas os pido que me hagais con tiempo morir á todos los amores terrenos, para que ya no viva sino para amaros, y muera á todo por amor vuestro, ya que vos os dignasteis morir por amor mio. Amén.

OBSEQUIOS PRACTICOS.

1. El Corazon santísimo de Jesus renueva en el sacramento diariamente el sacrificio que de su vida y cuerpo hizo por los hombres en la cruz: renueva tú todos los dias con particular afecto los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia: renuévale tambien todos los propósitos que en el tiempo de tu fervor le hubieres hecho, prometiéndole ser mas fiel en adelante en cumplirlos y observarlos. Cuando te sintieres seca en la oracion y otros ejercicios espirituales, y como abandonada de la presencia de tu Dios, ofrece esta tribulacion al Eterno Padre, unida al amor y ardientes deseos del Corazon santísimo de Jesus, con esta breve oracion del venerable Blosio: *Eterno Dios y Pa-*

dre celestial, yo os ofrezco el grande amor y ardientes deseos del Corazon santísimo de vuestro divino Hijo Jesus, para suplir con estos la sequedad y tibieza del mio.

2. El Corazon santísimo de Jesus en el Sacramento ofendido de la poca confianza que en él tiene la mayor parte de los hombres, y de los pocos que recurren á él á buscar el remedio de sus necesidades espirituales. Tú consuélalo, haciéndolo tu única fortaleza y refugio, como lo habia hecho su amada sierva la venerable Margarita Alacoque, quien frecuentemente para animarse decia: *Si este corazon es mio, ¿qué puede faltarme? si yo soy toda suya, ¿qué puede dañarme? Todas las amarguras, todas las tribulaciones, no son otra cosa que dulzuras en este adorable Corazon en donde todo se convierte en amor;* por lo que aconsejaba frecuentemente á todas las personas con quienes trataba, principalmente á sus novicias, que en todas sus necesidades recurrieran con confianza al Corazon Santísimo de Jesus, en donde encontrarian cuanto necesitasen de consuelo y ayuda. Aconseja á todos esta práctica de que recurran al Corazon santísimo de Jesus, porque este es una fortaleza invencible á todos nuestros enemigos, un seguro refugio de todos los peligros que nos rodean, y una fuente inagotable de todos los bienes.

ACTO DE CONSAGRACION

AL CORAZON SANTISIMO DE JESUS

Amabilísimo Corazon de mi amado Jesus, asiento de todas las virtudes, fuente de todas las gracias, ¿qué habeis encontrado en mi que haya podido obligaros á amarme con tal exceso, bien que indigna, y para con vos siempre ingrata y desconocida? Un amor tan tierno, mostrádome en el tiempo en que yo no os amaba, me hace esperar que benignamente agradeceréis este pequeño obsequio con que quiero ahora mostraros lo mucho que os amo. Recibid, pues, benignísimo Salvador mio, los grandes deseos que tengo de consagrarme enteramente al amor y cultos de vuestro sagrado Corazon: recibid el don, bien que miserable, que os hago de todo cuanto soy. Os consagro toda á mi misma, mi vida, mis acciones, mi corazon con todos sus afectos, y todo cuanto padeciere, no queriendo ser en adelante mas que una víctima consagrada toda á vuestra gloria, ahora ardiente, y un dia, cuando á vos agradare, consumida en las llamas de vuestro divino amor.

Dios y Señor mio, yo me veo como clavada en vuestra Cruz con los tres votos de mi Religion, que yo ahora libre y gustosamente renuevo en vuestro amante Corazon, y os doy infinitas gracias por haberme inspirado haceros este sacrificio de mi voluntad con el voto de obediencia, de mi cuerpo con el de castidad, y todos mis haberes y esperanzas con el de pobreza. No

me queda ya otra cosa, ni quiero poseer otro bien, que vuestro bien y vuestra cruz. Mas quiero, Redentor mio, vivir con vos crucificada, que reinar en el mundo: no permitais que de vos me separe. Recibid mi corazon, y hacedlo semejante al vuestro, para que de vos sea dígno: abrasadlo con las llamas de vuestro divino amor, para que unido siempre á vos, con vos viva, en vos muera, y por vos reine por los siglos de los siglos. Amén.

SUPLICAS

QUE PUEDEN SERVIR DE CORONA, EN HONOR DEL DIVINO CORAZON DE JESUS.

Al llegar á la iglesia, sígnate con la agua santa, y doblando las rodillas, aviva la fé de la presencia real de Jesus en el Santísimo Sacramento del Altar: humillada la cabeza y con atencion al Señor con quien hablas, dile despacio.

V. Dios mio, sed en mi ayuda.
R. Señor, acudid pronto á socorrerme.

1. Amorosísimo Jesus mio, al reflexionar en vuestro buen Corazon, y verlo todo piedad y dulzura para con los pecadores, me alegro y me lleno de confianza de ser bien oido por vos. ¡Ay de mí, cuántos pecados he cometido! pero ahora cual Pedro, cual Magdalena arrepentido los lloro y detesto, porque son ofensas contra vos, sumo bien. Sí sí, concededme perdon general de ellos: yo os pido por vuestro buen Corazon muera primero que ofenderos, y viva solo para amaros.

Rezaras un Padre nuestro y cinco Gloria Patri en honor de las cinco llagas y del divino Corazon.

A vuestro Corazon, Jesus,
por mi amor así llagado:

alma, vida y corazon
humildemente consagro.

Así dirás al fin de cada estacion.

2. Bendigo, Jesus mio, vuestro humildísimo Corazon, y os doy gracias porque dandomelo por ejemplar, no solamente me excitais á imitarlo con fuertes sufrimientos, sino que á costa ciertamente de tantas humillaciones vuestras me mostrais y allanais el camino. ¡Cuán loco é ingrato he sido! ¡Ah! cuántos estravios. Perdonadme: no mas soberbia y jactancia, sino que con humilde corazon quiero seguiros entre humillaciones, y conseguir paz y salud. Valedme vos, y bendeciré eternamente vuestro Corazon.

Padre nuestro, cinco Gloria Patri.
A vuestro Corazon, Jesus, &c.

3. Admiro, Jesus mio, vuestro pacientísimo Corazon, y os doy gracias de tantos maravillosos ejemplos de invencible sufrimiento que nos dejasteis. Me desagrada, y me avergüenzo de mí mismo al ver que yo no sufro la mas pequeña pena. ¡Ah Jesus amado! infundid en mi corazon amor ardiente y constante á las tribulaciones, á las cruces, á las mortificaciones, á la penitencia, para que siguiéndoos al Calvario, os siga tambien á la gloria.

Padre nuestro, cinco Gloria Patri.
A vuestro Corazon, Jesus, &c.

4. Amado Jesus, á vista de vuestro mansísimo Corazon me horrorizo yo del mio tan diverso del vuestro. Yo á una sospecha, á un gesto, á una palabrita en contra, me inquieto y lamento demasiado. Por amor vuestro perdonad mis transportes, y dadme gracia en lo por venir de imitar en cualquiera contrariedad vuestra inalterable mansedumbre, y así gozar santa y perpetua paz.

Padre nuestro, cinco Gloria Patri.
A vuestro Corazon, Jesus, &c.

5. O Jesus, se cantan muchas alabanzas á vuestro generosísimo Corazon, vencedor de la muerte y del infierno: bien se las merece todas. Yo quedo mas que confuso al ver el mio tan pusilánime, que teme cualquiera aun imaginario; pero ya no será así: de vos imploro fuerza tan vigorosa, que combatiendo y venciendo en la tierra, despues alegre triunfe con vos en el cielo.

Padre nuestro, cinco Gloria Patri.
A vuestro Corazon, Jesus, &c.

Volveos á Maria, y con confianza de hijo decidle.

¡O, no ménos amable que admirable Madre de amor, Maria! por amor de Dios alcanzadme verdadera y firme devocion al Corazon de vuestro Hijo Jesus, con lo que yo encerrado en él con mis pensamientos y afectos, cumpla todos

mis deberes, y con alegria de corazon sirva siempre, pero especialmente en este dia á Jesus.

Todo bien verdadero que pidieren á lo menos con uniformidad y paz, mi Padre que está en los cielos se los concederá, porque cuando se juntan dos ó tres en mi nombre, yo estoy en medio de ellos, dice Jesus (en el cap. 18 de S. Mateo). ¡O que buen Corazon! Así nos anima él, no ménos á la concordia entre nosotros, que á la confianza en él siempre mayor. Sigamos tan dulces convites; y ya que la ingeniosa devocion ha hallado modo bastante fácil para unirse á un tiempo, sigámosla.

Todos los dias por la mañana, al medio dia, á la noche, á la señal de la campana, acostumbramos rezar el *Angelus Domini:* pues bien, entonces unidos todos en el divino Corazon: digámos *Angelus Domini &c.*

Sea todo á mayor gloria de Dios y de la Inmaculada Virgen María.

FIN.